

A romantic couple embracing on a boat deck at sunset. The man is wearing a dark suit and the woman is wearing a red dress with a sequined bodice. They are standing on a wooden deck with several wooden chairs. In the background, there are sailboats on the water and a sunset sky with orange and pink clouds.

se

Alcanzar la felicidad

CARA CÖLTER

Lectulandia

Aquella vez iba a ser diferente.

Todo el mundo se daba cuenta de que no hacían buena pareja. Mac era un advenedizo recién llegado con un misterioso pasado, y Lucy era la hija del médico. Y la marcha inesperada de Mac demostró que tenían razón.

Siete años más tarde, Mac volvió a la vida de Lucy gracias a la gala del Día de la Madre, y una vez más ella sintió el efecto de su encanto. A pesar de que ahora todo parecía distinto, el riesgo de que le destrozara el corazón era más elevado que nunca. Aun así, ¿no se merecía cualquier persona una segunda oportunidad para alcanzar la felicidad... incluso ella?

Lectulandia

Cara Colter

Alcanzar la felicidad

*

ePub r1.0

Piolin 03.07.2017

Título original: *Second Chance with the Rebel*
Cara Colter, 2016

Editor digital: Piolin
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Jazmin

ALCANZAR LA FELICIDAD
CARA COLTER



Capítulo 1

–HUDSON Group, ¿en qué puedo ayudarle?

–Con Macintyre Hudson, por favor.

–El señor Hudson no está disponible en este momento. ¿Desea dejarle algún mensaje?

Lucy reconoció aquella voz. Era la misma recepcionista de tono inmisericorde que había tomado nota de su nombre y de su número unas trece veces en aquella misma semana.

Mac no iba a hablar con ella hasta que le diera la gana, y estaba claro que no le daba. Tuvo que esforzarse para no colgar. Habría sido mucho más fácil, pero no tenía elección.

–Se trata de un asunto familiar grave.

–No está en su despacho. Puedo ver si se encuentra en el edificio, pero tendré que decirle quién lo llama.

Aquella vez sí que notó un tono de sospecha, como si la recepcionista también la hubiese reconocido a ella, y supiera que su nombre estaba en la lista de las personas no gratas para el presidente de aquel grupo empresarial.

–Soy Harriet Freda –le dijo mientras se quitaba una mancha de pintura de color lavanda del pulgar.

–Déjeme su número y se lo pasaré cuando lo localice.

–No hay problema. Espero.

Y mientras esperaba se miró la mano con salpicaduras de pintura roja en la que sostenía una lista de nombres, todos tachados excepto uno.

El nombre que permanecía libre sobresalía de entre los demás como si estuviese escrito con letras de neón.

«El chico que me destrozó la vida».

Macintyre W. Hudson.

Siete años habían pasado y podía verlo tal y como era entonces, el tío más guapo sobre la faz de la Tierra, con unos ojos oscuros y risueños, una sonrisa de medio lado, un cabello color chocolate demasiado largo.

Y bastó eso para que un escalofrío le recorriera la espalda de arriba abajo, y para que Lucy recordara exactamente por qué aquel chico le había destrozado la vida.

Solo que ya no sería un muchacho, sino un hombre.

Y ella, una mujer.

–Macintyre Hudson no te destrozó la vida –se dijo en voz alta–. Solo te robó unos momentos.

«Pero qué momentos», le contestó una voz interior.

–Tonterías –se dijo con firmeza, pero aquellos días no andaba sobrada precisamente de confianza, y sintió que flaqueaba. Sentía como si hubiera fracasado

en todo cuanto se había propuesto, y además estrepitosamente.

No había ido a la universidad como esperaban sus padres, sino que se había empleado en una librería en Glen Oak, una ciudad cercana a la suya.

Había trabajado hasta llegar a dirigir su propia tienda, Books and Beans, codo con codo con su prometido, pero había tenido que desprenderse tanto de él como de su parte en el negocio tras su ruptura, pública y humillante.

Y había tenido que volver, lamiéndose las heridas, a Lindstrom Beach, a la casa que la familia tenía a orillas de Sunshine Lake.

Para colmo, la casa había ido a parar a sus manos por pura caridad. Simple y llanamente. Su madre, viuda desde hacía tiempo, se la había regalado antes de casarse y trasladarse a California con la excusa de que llevaba generaciones en la familia Lindstrom y que así debía seguir.

Y aunque tenía su lógica, y el momento no había podido ser más providencial, tenía la sensación de que lo que en realidad pensaba su madre era que no habría podido salir adelante sin su ayuda.

–Pero tengo un sueño –se recordó. A pesar de sus fracasos, en aquel último año había desarrollado un proyecto y, por encima de todo, se había sentido necesaria por primera vez desde hacía mucho tiempo.

Le molestaba tener que recordárselo mientras tamborileaba con los dedos y escuchaba la música que le ofrecía la línea en espera.

Había empezado a tararear la canción sin darse cuenta. Era un tema que trataba de un rebelde, y que ella siempre había asociado con Mac; la historia de un muchacho que lo arriesgaba todo excepto su corazón. Ese era el retrato exacto de Macintyre Hudson. ¿Quién habría podido imaginarse que el renegado de Lindstrom Beach, el chico malo, iba a acabar siendo la cabeza visible de una empresa millonaria que fabricaba los archiconocidos productos *Wild Side*?

Inesperadamente la música se detuvo.

–¿Mama?

La voz de Mac sonaba preocupada y era más grave que cuando los dos eran jóvenes, pero tenía esa misma cadencia grave y sensual que le provocaba escalofríos por la espalda.

Cuando más necesitaba reafirmar su confianza no era momento para recordar la imagen que aparecía en su página web y que había dado al traste con la esperanza de que el tiempo le hubiera arrebatado el pelo o añadido panza.

Pero no. La instantánea mostraba al fundador de Wild Side a bordo del nuevo kayak que habían lanzado al mercado, cabalgando la espuma del agua que caía entre dos piedras. Macintyre Hudson había sido capturado en toda su gloria de hombre.

Llevaba un chaleco salvavidas, también producto de su empresa, que revelaba la considerable anchura de sus hombros, los músculos perfectos de sus bronceados brazos que brillaban por efecto del agua. Más guapo que nunca, obviamente en su elemento, sus ojos oscuros miraban con intensidad y apretaba los labios en una

expresión de tremenda concentración y determinación formidable.

A lo mejor estaba calvo. Llevaba casco en la foto.

–¿Mamá? –repitió–. ¿Qué pasa? ¿Por qué no me has llamado por la línea privada?

Ya se esperaba algo así. En su cabeza se había planteado todas las posibles líneas de aquella conversación.

Pero no se había imaginado que su memoria fuese a jugarle la mala pasada de materializar ante sus ojos a un Mac Hudson más joven saliendo del lago al pantalán, su cuerpo bronceado y perfecto, el agua recogándose en las líneas de sus músculos, mirándola con la sonrisa en los labios y en los ojos.

–¿Me quieres, Lucy Lin?

Pero nunca «te quiero, Lucy Lin».

Aquel recuerdo endureció la determinación de no mostrarse vulnerable con él. Era un hombre extraordinariamente guapo que utilizaba su atractivo de un modo cruel, como hacían muchos de los hombres concedores de su belleza.

–No, lo siento. No soy Freda.

Hubo un largo silencio al que servía de telón de fondo una algarabía tremenda, como si se estuviese celebrando una fiesta.

–Vaya, vaya –le oyó decir. Por lo menos no le había colgado–. Pero si es la pequeña Lucy Lindstrom. Espero que sea importante. Estoy empapado.

–¿En el trabajo? –no pudo evitar preguntar.

–Estaba en el jacuzzi con Celeste, mi asistente –respondió, cortante–. ¿Qué puedo hacer por ti?

–¡Pero si no tienes jacuzzi en la oficina! –replicó, aun sabiendo que no debía.

–Pues claro que no. Y tampoco una asistente que se llame Celeste. Lo que tenemos es un tanque de pruebas para los kayaks.

Lucy había entrado varias veces en su página web a lo largo de los años. Había logrado canalizar el abandono y la irreflexión y transformarlo en éxito, y seguía divirtiéndose. ¿Quién podía dedicarse a probar kayaks en el trabajo?

Mac siempre había perseguido divertirse, y algunas cosas no cambiaban nunca.

–Esto es importante.

–Lo que yo estaba haciendo también lo es –suspiró irritado–. Algunas cosas nunca cambian, ¿verdad? La niña mimada del médico, la delegada de clase, la capitana de las animadoras, acostumbrada a salirse siempre con la suya.

Aquella chica, con sus vaqueros de diseño, las mechas de más de cien dólares en el pelo, la miró desde el pasado con cierta tristeza.

¡Qué injusto era lo que le había dicho! En los últimos años había sido de todo menos una niña mimada, y ahora estaba intentando transformar su parte de Books and Beans en un negocio en Internet, mientras alquilaba canoas en su pantalán.

Tenía que ocuparse ella misma de pintar su casa y vivía de macarrones con queso. No se había comprado ni una sola prenda nueva en todo el año para ahorrar hasta el último céntimo e intentar poner en marcha su sueño. Y habría protestado airadamente

de no ser por una irrefutable verdad: había mentido para salirse con la suya.

–Es que era imperativo que hablase contigo.

–Imperativo. Ya. Suena muy... regio. La orden que daría una princesa.

Seguía insistiendo en recordarle quién era antes de que él le destrozase la vida: una estudiante brillante y popular que no sabía lo que era un problema y que jamás había hecho nada mal. Ni atrevido. Ni aventurado.

La idea que la joven Lucy Lindstrom tenía, antes de conocer a Mac, sobre lo que era pasar un buen rato era salir en busca del vestido perfecto para un baile, y pasar las perezosas tardes de verano en el pantalán con sus amigas, pintándose unas a otras las uñas de los pies.

–Mimada, sí –continuó Mac–, pero mentirosa, no. Eres la última persona de la que esperaría un engaño.

Ahí sí que se equivocaba. Precisamente había sido él quien había hecho aflorar en ella su lado tramposo el día en que le dijo adiós.

Herida y sufriendo porque no le hubiera pedido que se fuera con él, intentando ocultar su terrible sensación de pérdida, le había escupido:

–Yo nunca podría haberme enamorado de un tío como tú.

Cuando la verdad era que ya lo estaba, hasta tal punto que tenía la sensación de que el fuego que ardía en su interior la iba a derretir, a ella y a cuanto había a su alrededor, hasta que no quedase más que una mancha renegrida y pequeña.

–Necesito hablar contigo –insistió, bloqueando los recuerdos de aquel verano y sus días largos y ardientes.

–Sí, ya lo has dicho. Es imperativo.

Parecía dominar por completo el arte del sarcasmo.

–Siento haber insinuado que era tu madre.

–Insinuado –repitió–. Mucho más fácil de digerir que «mentido».

–¡Es que tenía que pasar por encima del perro guardián que contesta al teléfono!

–Tenía tus mensajes.

–¿Todos menos el de que necesitaba hablar contigo en persona?

–No hay nada de qué hablar –espetó en tono gélido–. Tengo toda la información que querías darme. Una gala el Día de la Madre en honor de la mía por toda una vida de trabajo y por su ochenta cumpleaños. Lo que se recaude irá a parar a sus obras benéficas. Ella ya sabe de la gala y de que se pretende recaudar fondos, pero no sabe que es en su honor, y bajo ningún concepto tiene que enterarse.

En realidad, la recaudación era para su propia obra benéfica, pero es que Freda estaba en el corazón de ese sueño. En el peor momento de su vida, había acudido a Mama Freda y ella la había recibido con los brazos abiertos.

–Cuando sientas tanto dolor que creas que no lo vas a poder soportar, *liebling*, debes dejar de pensar en ti misma y pensar en los demás.

Mama Freda había seguido su propio consejo con ella, animándola, manteniendo encendido el fuego cuando había quedado reducido apenas a un rescoldo.

¿Y no era una ironía deliciosa que ahora fuera ella a beneficiarse de su propio consejo?

–El segundo sábado de mayo –dijo, aburrido–. Cena formal en el Lindstrom Beach Yatch Club.

Su voz estaba cargada de desdén y se imaginó la razón.

–Ah, ya veo por qué te molesta la elección. Más de cien personas han confirmado ya su asistencia y espero que lo hagan algunas más a lo largo de la semana que viene, y el club es el único sitio en el que cabe tanta gente.

–Aún recuerdo cuando no era lo bastante bueno siquiera para servir sus mesas.

–Tú jamás pediste ese trabajo.

Aun siendo joven, llevando vaqueros de segunda mano y siendo uno más de la larga lista de muchachos de acogida que habían encontrado refugio en casa de Mama Freda, Mac se comportaba como lo haría un rey, derrochando orgullo y autoestima, ofendiéndose con la más mínima provocación y escondiéndolo todo tras su encantadora sonrisa.

–Cuando te graduaste, estuviste trabajando para el ayuntamiento, haciendo zanjas para la nueva red de alcantarillado.

–No fue el más noble de los trabajos, pero sí honrado. Y real.

Noble o no, recordaba perfectamente lo que sentía tocando sus músculos, cómo había disfrutado acariciándolo, sintiendo su fuerza bajo las manos.

–Lo llevamos en la sangre en mi familia –repuso, tomando su silencio como una crítica–. Mi padre abría zanjas también. De hecho lo llamaban Dan Zapa.

Saberlo fue todo una sorpresa. Conocía a Mac desde que llegó a vivir en la casa de al lado de la suya. Tenía catorce años entonces, uno más que ella, y cuando sus caminos se cruzaban, tenía la costumbre de atormentarla y tomarle el pelo incansablemente, y de tomarse el silencio en que solía sumirse en su presencia como signo de esnobismo por pertenecer a una familia rica, en lugar de verlo como lo que en realidad era.

Curiosidad. Asombro. Tentación. Nunca había conocido a nadie como él, ni antes ni después. Independiente. Atrevido. Alejado de los convencionalismos. Valiente. Recordaba haberlo visto pasar por delante de su casa solo en su canoa, cargado con material de acampada, y más tarde ver su fuego al otro lado del lago, en una zona boscosa y despoblada.

A veces se pasaba todo el fin de semana allí, solo, y ella no podía ni imaginarse lo que podía ser estar solo a merced de los osos.

La semana en que ella ganó el concurso de lengua, a él lo echaron del colegio por decir palabrotas.

Cuando cumplió dieciséis años, a ella le regalaron un pequeño Ford, mientras que él se compró con su dinero un viejo descapotable al que le desmontó el motor en el jardín y por lo que se atrevió a plantarle cara a su padre cuando le recriminó que lo hiciera en la calle. Mientras ella se pintaba las uñas, él se fabricaba su propia canoa

de madera de cedro en el patio de Mama Freda.

Pero ni una sola vez, ni siquiera en aquel verano en que lo amó, recién graduada en el instituto, le reveló él un solo detalle de la vida que había tenido antes de llegar a la casa de acogida de Lindstrom Beach.

–En realidad, no me importa si asistes o no a la gala –le dijo, intentando aplastar aquella ridícula esperanza que le estaba creciendo dentro.

Todas aquellas personas que le importaban de verdad a Mama, excepto él, habían confirmado su asistencia, pero por otro lado su madre le había dicho que estaba de safari en África y que no podría asistir, y muchas otras personas de su antigua vida aún no habían contestado. Y los que lo habían hecho se habían limitado a ofrecerle un escueto «no».

–Siento haberte estropeado tu Día de la Madre.

–¿Cómo que *mi* Día de la Madre?

–Elegí ese día por su carga simbólica. Aunque Mama Freda nunca ha tenido hijos propios, ha sido madre muchas veces. Ella es el compendio de lo que significa ser madre.

Eso era solo parte de la verdad. Lo cierto es que ella encontraba el Día de la Madre terriblemente doloroso, y estaba siguiendo la receta de la propia Mama Freda para enfrentarse al dolor.

–Me da exactamente igual el día que elijas.

–No es cierto.

–Ahora lo recuerdo –dijo con ironía–. Mantener una conversación contigo es como atravesar un campo de minas.

–Sé que piensas que el Día de la Madre os pertenece a Mama Freda y a ti, y te lo he robado.

–Una teoría interesante –replicó, y el frío de su tono le advirtió que se estaba adentrando en terreno peligroso, pero no pensaba detenerse.

–Siempre das el do de pecho en ese día. Le envías una limusina a recogerla, y la subes a un avión para que se reúna contigo, el año pasado en el concierto de Engelbert Humperdinck en Nueva York. Llevó la pulsera de la entrada hasta que se cayó a trozos y durante días no habló de otra cosa. De dónde estuvisteis, de lo que comisteis, así que no me digas que no es tu día. Y que no te molesta que lo haya escogido.

–Lo que tú digas.

–¡Vaya! ¡Reconozco ese tono! Es el de «ni se te ocurra pensar que me conoces».

–Es que no me conoces. Enviaré un cheque por correo para la causa que haya escogido esta vez. Estoy seguro de que te gustará el importe.

–Y yo estoy segura de que Mama se alegrará. Seguramente ni se dará cuenta de tu ausencia, ya que todos los demás estarán aquí. Todos. Mama Freda ha acogido a veintitrés niños a lo largo de los años. Ross Chillington va a hacer una pausa en la película que está rodando. Michael Boylston trabaja en Tailandia, y también va a

venir. Reed Patterson va a dejar el campamento de fútbol que lleva en Florida para estar aquí.

–Tantas almas descarriadas salvadas por Mama Freda –ironizó con frialdad.

–¡Ha conseguido cambiar el mundo!

–Lucy...

Detestaba que oírle pronunciar su nombre la hiciera sentirse más agotada, que le hiciera revivir el recuerdo en el que se veía a sí misma inclinándose hacia él, temblando de deseo.

–No me interesa formar parte de una especie de *reality show* en versión de Lindstrom Beach. ¿Qué tienes pensado para después de la cena de gala? No, déjame adivinarlo. Los chicos que pasaron por sus manos se irán levantando uno a uno para dar testimonio de cómo su amor los redimió.

Vaya. Eso se parecía demasiado a lo que tenía pensado. ¿Por qué narices tenía que hacer que pareciera algo chabacano y untuoso, en lugar de edificante e inspirador?

–Mac...

–Ya nadie me llama Mac –cortó.

–¿Y cómo te llaman entonces?

–Señor Hudson.

No podía creerle, sobre todo porque seguía oyéndose una especie de jolgorio a sus espaldas. Le estaban entrando ganas de colgarle el teléfono, y lo iba a hacer a no mucho tardar.

–Muy bien, señor Hudson. Ya te he dicho que no me importa que no te presentes. Sé que es demasiado pedir que hagas un hueco en tu apretada agenda para honrar a la mujer que te aceptó salvándote con ello del desastre.

Silencio.

–Pero sé lo mucho que la quieres, y que has estado pagándole las facturas.

Le oyó respirar enfadado.

–Aparte de tu costumbre de celebrar con ella el Día de la Madre, sé que la llevaste a París por su setenta cumpleaños.

–Lucy, estoy empapando el suelo y tengo frío, así que abrevia, por favor.

Hacía mucho, mucho tiempo, había intentado con una desesperación tan cargada de amargura que casi podía sentir su sabor en la lengua, hacerle hablar de sus secretos. Una noche, tumbados en la arena del borde del lago, con sus aguas negras lamiendo despacio la orilla mientras se apagaban las ascuas del fuego que habían tenido encendido, le había pedido que le contara cómo había ido a parar a casa de Mama Freda.

–Maté a un hombre –le confesó en voz baja, y en el silencio atónito que siguió le oyó reír, con aquella risa tan sensual, tan turbadora, esa risa tras la que escondía su verdadera esencia, y añadió–: con mis propias manos.

Y a continuación intentó distraerla con unos besos que quemaban más que aquel fuego.

Pero lo que nunca había sido capaz de darle era lo que ella más necesitaba: su confianza.

Y esa era la verdadera razón de que le hubiera dicho que nunca podría amar a un chico como él. Porque, aun siendo todavía joven, había sabido reconocer que le ocultaba una parte esencial de sí mismo cuando ella no le había escondido nada.

Si él decidía considerarla una esnob que lo miraba por encima del hombro, a pesar del tiempo que habían pasado juntos aquel verano, allá él.

Aun así, recordar los besos prohibidos que habían disfrutado años atrás le provocó un escalofrío, aunque nadie deseaba menos que ella que Mac volviera por allí.

–No te he llamado por lo de la fiesta. Había pensado hablar contigo cuando vinieras, pero dado que no vas a estar...

–¿Qué querías decirme?

–Mac... algo raro está pasando.

–¿A qué te refieres?

–Supongo que sabes que a Mama Freda le han quitado el permiso de conducir, ¿no?

–Pues no.

–El invierno pasado tuvo un pequeño accidente. Nada serio. Se saltó un stop y acabó llevándose por delante la valla y las rosas de Mary-Beth Moqueen.

–¡Ja! Dudo que fuera un accidente. Seguro que lo hizo a propósito –la rivalidad entre Mama y Mary Beth por sus rosas era legendaria–. ¿Y dices que no fue nada serio?

–No, pero tuvo que ir al médico. Le hicieron las pruebas de aptitud y le retiraron el permiso.

–Le abriré cuenta con *Ferdinand's Taxi*.

–No me importa llevarla donde necesite. Me gusta. Lo que me preocupa es que, antes de la visita que tuvo que hacer por el accidente, creo que no había ido al médico en veinte años.

–Treinta. Ya sabes que se toma su «elixir», como ella dice.

–Pues me parece que ha dejado de funcionarle –respondió–. Este mes pasado, la he llevado tres veces al médico.

–¿Y qué le pasa?

–Según ella, nada.

Silencio. Entendía bien el silencio. Se estaba preguntando por qué no le habría contado lo del carné de conducir, ni lo de las citas médicas. Y habría adivinado que Mama Freda no quería preocuparle.

–Y seguramente no sea nada –corroboró él, pero parecía incómodo.

–Eso mismo me digo yo. Tampoco quiero pensar que tiene ochenta años.

–Hay algo que no me estás contando.

Resultaba espeluznante que después de tantos años, y por teléfono, aún pudiera

hacer eso. Leerle le mente. ¿Por qué entonces no habría sido capaz de hacerlo la única ocasión en que importaba de verdad?

«Nunca podría enamorarme de un chico como tú».

Miró por la puerta abierta para recuperar la compostura.

–Vi sobre la mesa de la cocina una lista escrita por ella, y antes de que pudiera esconderla en el cajón, pude ver que se trataba de disposiciones para su entierro.

Pero no le dijo que, antes de que ocultara apresuradamente el documento en el cajón, la había visto mirar por la ventana, pensativa, y que le había oído preguntarse en voz baja:

–Este hijo mío... ¿volverá a casa algún día?

Tantos niños como habían pasado por su casa, y solo uno era su verdadero hijo para ella.

Oyó a Mac contener el aliento y maldecir. Había roto sus defensas.

–Es una de las razones que me ha empujado a organizar esto. Quiero que sepa... –la voz le falló–. Quiero que sepa lo mucho que ha significado para todos nosotros antes de que sea demasiado tarde.

El silencio que siguió fue largo.

–Estaré ahí en cuanto me sea posible.

–¡No! Espera, Mac...

Pero ya había colgado.

Capítulo 2

–BUENO, no ha ido mal.

Lucy colgó, sintiendo un inconfundible alivio. Hasta aquel momento había cargado ella sola con la preocupación que sentía por la salud de Mama Freda y ahora la había compartido, pero ¿con Mac? Él representaba la pérdida de control, una visita al lado salvaje, y se daba cuenta de que nada de eso había cambiado.

Si simplemente se hubiera limitado a asistir a la gala, ella podría haber mantenido la sensación de control ya que, desde el día que la oyó murmurar junto a la ventana, no había dejado de vigilar a Mama Freda como un halcón.

Aparte de la siestecita que se echaba después de comer, lo cierto era que parecía tan enérgica y lista como siempre. Si le habían dado una mala noticia de carácter médico, su atenta observación la había convencido de que debía tratarse de alguna enfermedad de avance lento, desde luego, no de la clase de dolencia que requería que Mac lo dejase todo para salir corriendo.

Aún faltaban dos semanas para el Día de la Madre. Dos semanas que le habrían dado tiempo.

–Tiempo ¿para qué? –se preguntó con sequedad.

Pues para prepararse. Para estar lista. Aunque, en el fondo, era consciente de una incómoda verdad sobre Macintyre Hudson: que no había modo de prepararse para él. Aquel hombre era una fuerza de la naturaleza, como un tornado.

Miró a su alrededor. Hacía un año que había vuelto a casa, y tenía la sensación de que por fin las cosas parecían empezar a encajar. Estaba dando los primeros pasos para alcanzar su sueño.

En la mesa del comedor, que no había usado una sola vez para comer desde su vuelta, había una colección de objetos donados para subastar en la gala del Día de la Madre.

Y también había una montaña de documentos, el aluvión de papeles necesarios para registrar una organización benéfica. También guardaba una fotocopia de la solicitud de recalificación de la zona para poder así abrir su casa, inútilmente grande, y compartirla así con las mujeres jóvenes que necesitasen un santuario.

Uno de sus tres gatos dormitaba al calor de un rayo de sol que venía a parar en la madera del suelo, delante de la vieja chimenea de piedras de río. Un jarrón con tulipanes cortados en el jardín, cuyas pesadas cabezas curvaban airoosamente los finos tallos sobre los que florecían, prestaban su luz a una mesita de centro hecha de madera basta. Un libro descansaba abierto en el brazo de su sillón favorito.

No había ni rastro de catástrofe en aquella escena tan bien ordenada, pero no era algo que ocurriera así sin más, sino que había que trabajarse a fondo aquella clase de vida.

De hecho aquella escena parecía indicar que había conseguido por fin recoger los

pedazos rotos de su vida anterior.

Y por «vida anterior» no entendía su compromiso roto con James Kennedy. No se le aparecía ante los ojos la foto de su prometido corriendo por la calle de Glen Oak sin tener ni idea de lo que ella estaba pensando. Lo que veía era la imagen de un chico marchándose, siete años atrás.

A la mañana siguiente, en el porche, acurrucada en una tumbona, con una taza de café en la mano y tapada con una manta a cuadros, disfrutaba del sabor de su bebida mezclándose con el olor dulzón de la leña de abedul que debía de estar quemándose en la chimenea de Mama Freda y que salía en forma de humo por encima de su tejado.

El canto de los pájaros se mezclaba con el lejano runrún del motor de un avión.

¿Qué querría decir exactamente con «estaré ahí en cuanto me sea posible»?

–Relájate –se dijo en voz alta.

En el mundo en el que él vivía, no era posible dejarlo todo a un lado y salir corriendo. Pasarían días antes de que se viera obligada a enfrentarse a Macintyre Hudson. En su web se decía que su empresa había facturado más de treinta y cuatro millones el año pasado, así que no podía dar media vuelta y marcharse esperando que algo así se dirigiera solo.

Podía seguir centrada en su vida. Apartó la mirada del lago y examinó la muestra de pintura que había aplicado a la pared de la casa.

Le gustaba aquel lavanda como color principal de la fachada. Le parecía un tono acogedor y juguetón, un tono que daría la bienvenida y ayudaría a tranquilizar a las mujeres que algún día llegarían allí, una vez hubiese logrado transformar todo aquello en casa de acogida: la Casa de Caleb.

«Mi madre lo detestaría».

Mejor dejar lo de la pintura y dedicarse a pedir unos cuantos libros y a trabajar en las peticiones de fondos que necesitaría enviar en cuanto la recalificación estuviera lista. Habían llegado varias donaciones para la subasta y aún no había abierto las cajas.

El ruido del motor del avión volvió a llegar a sus oídos. Sonaba demasiado cerca como para ignorarlo. Alzó la mirada y lo vio, rojo y blanco, casi directamente sobre su cabeza, tan cerca que pudo distinguir su número de matrícula. Obviamente pretendía aterrizar en el lago.

Lo vio amerizar suavemente, transformando el agua que rozaba con sus patines en espuma plateada de mercurio. El ruido del motor pasó de ser un rugido a un ronroneo.

Sunshine Lake, situado en el interior más agreste de la Columbia Británica, siempre había sido lugar de retiro para los ricos y, a veces, para los famosos. A su padre le encantaba contar que una vez, cuando era un adolescente, llegó a ver allí a la reina durante una de sus visitas a Canadá, de modo que ver llegar un avión no era cosa rara.

Lo que sí era poco habitual era verle dar la vuelta y que se encaminara

directamente hacia ella.

Aunque el brillo del sol le impedía ver al piloto, Lucy supo de inmediato y sin sombra de duda que era él.

Macintyre Hudson había aterrizado. Había llegado a su mundo.

Y con esa certeza llegó otra segunda: que, a partir de aquel momento, nada iba a salir como ella esperaba. Los días en que elegir el color de la pintura para la fachada era la decisión más difícil de tomar se habían acabado.

Se había imaginado que se presentaría en un deportivo, o quizás en una moto de las más caras. Incluso había considerado la posibilidad de que apareciera en una limusina blanca con chófer, la misma que había enviado a recoger a Mama Freda el Día de la Madre del año anterior.

«Chúpate esa, doctor Lindstrom».

La avioneta se deslizó hasta el viejo pantalán de la casa de Mama Freda, el motor se detuvo y el aparato siguió deslizándose.

Entonces, por primera vez desde hacía siete años, le vio.

Macintyre Hudson abrió la puerta y saltó al pantalán, lanzó un cabo con mano experta para amarrar y tiró de él tras pasarlo alrededor de la bita de amarre.

El hecho de que hubiera llegado pilotando su propio avión dejaba más que claro que era ya un hombre seguro de sí mismo. Llevaba gafas de aviador de espejo, una cazadora de cuero y pantalones caqui, pero era el modo en que se movía, la seguridad que desprendían sus movimientos lo que irradiaba confianza y fuerza.

Sintió una presión en el pecho. El corazón le latía demasiado deprisa.

–No está calvo –murmuró, cuando el sol prendió en su cabello color chocolate. Estaba siendo un placer observarlo desde la distancia y sin que él se supiera observado. Sus movimientos eran pura eficacia mientras amarraba el avión al pantalán.

Le daba la impresión de que había ensanchado de hombros. La delgadez de su juventud había desaparecido, reemplazada por una solidez que a ella le hacía tragar saliva, el físico de un hombre maduro en la plenitud de su poderío.

Alzó de pronto la cabeza y miró a su alrededor con el ceño fruncido, como si hubiera notado que lo observaban.

Crac.

El ruido fue tan fuerte en el silencio de primera hora de la mañana que Lucy se sobresaltó de tal modo que el café le cayó en el pijama. ¿Truenos?

No. Horrorizada vio que la vieja bita de amarre de Mama Freda, gruesa como un poste de teléfono, se había tronchado como si fuera un palillo mondadientes. Ante sus ojos, vio cómo Mac se apercibió del movimiento y logró evitar el golpe, salvando la cabeza, pero no el hombro. El golpe del madero lo lanzó al agua. El poste cayó a continuación.

Un silencio pétreo engulló el lago.

Lucy se había levantado ya de la tumbona cuando la cabeza de Mac salió del agua

y una maldición furiosa y sonora rompió la calma que había vuelto a reinar en la superficie de las aguas.

El grito le quitó la angustia. Al menos el poste no le había dado en la cabeza, ni la gélida temperatura del agua le había dejado atontado.

Con la manta sobre los hombros, corrió descalza por la hierba y entre los pinos que rodeaban la casa de Mama Freda para alcanzar las maderas casi podridas del embarcadero.

Mac se estaba encaramando a uno de los patines del hidroavión, que afortunadamente no parecía querer alejarse. Solo se deslizaba suavemente, apartándose del pantalán.

–¡Mac! –le gritó, dejando caer la manta–. ¡Lánzame el cabo!

Se puso de pie, buscó el cabo y se volvió a mirarla, y aunque tenía que estar congelado, hubo una pausa en las que ambos, simplemente, se miraron el uno al otro.

Había perdido las gafas, y sus ojos oscuros, como de chocolate derretido, no mostraban sorpresa de verla por allí, sino que parecían examinarla como haciendo inventario.

«Ay, Dios», se lamentó. «No le gusta mi pelo. ¡Madre mía! ¡Pero si llevo puesto el pijama de Winnie-the-Pooh!».

–¡Lánzame el cabo de una vez!

La gruesa cuerda volaba por el aire hacia ella. El lanzamiento iba a quedarse un poco corto, pero si se echaba hacia delante un poco conseguiría agarrarlo.

–¡No! –gritó él–. ¡Déjalo!

Demasiado tarde. Lucy se había inclinado mucho, y aunque intentó corregirse, dando un paso atrás, su peso estaba ya demasiado hacia delante y comenzó a girar los brazos como si fueran las aspas de un molino.

Sintió que perdía pie, que el aire frío le rozaba la piel y que caía al lago. Se hundió arrastrada por el peso del pijama de franela empapado. No estaba preparada para el frío de aquellas aguas grises cuando le cubrieron la cabeza. El cuerpo se le quedó rígido. La sensación era de quemarse, no de congelarse, y los miembros se le paralizaron de inmediato.

Casi a cámara lenta, por fin volvió a la superficie. Estaba en estado de shock, demasiado agarrotada siquiera para gritar. Sin saber cómo, logró acercarse al pantalán y aferrarse a los planchones de madera. Intentó auparse, pero tenía una aterradora falta de fuerza en los brazos.

–¡Espera!

Hasta los labios los tenía paralizados. Tuvo que hacer un esfuerzo tremendo para hablar.

–¡No! No lo hagas.

Aunque la cabeza le iba a cámara lenta, se dio cuenta de que no tenía sentido que los dos estuvieran en el agua. A él le ocurriría lo mismo que a ella con el frío. Y además, estaba más lejos que ella del pantalán. En cuestión de segundos quedaría

inerte, como ella, a merced de las aguas.

Oyó su zambullida de inmediato. Intentó mantenerse agarrada, pero no sentía los dedos, y volvió a caer. El agua le tapó una vez más la cabeza.

Lucy se había pasado la vida entera en el agua. Tenía una medalla de bronce en una competición, e incluso habría podido ser socorrista si su padre no hubiera considerado ese trabajo indigno de su posición. Nunca había sentido miedo del agua.

Y en aquel momento, mientras se hundía, no sintió terror, sino una especie de resignación. Los dos iban a morir, lo que pondría un broche trágico y romántico a su historia: tratando de salvarse el uno al otro, tras todos aquellos años de separación.

Inesperadamente sintió sus manos, fuertes, seguras, alzándola por la cintura. La cabeza salió del agua y tosió, antes de sentirse empujada sin más ceremonias a las ásperas tablas del pantalán.

Y allí se quedó, con los brazos pillados bajo el pecho, las piernas colgando, sin fuerzas siquiera para levantar la cabeza. Sintió que la empujaba una vez más por las nalgas, un gesto poco romántico donde los hubiera, y se quedó tirada allí boqueando, tosiendo.

«Mac sigue en el agua».

Giró la cabeza en su busca, pero no lo vio. Sus manos aparecieron desde abajo y logró izarse. Quedaron tumbados el uno junto al otro, respirando a duras penas, y al poco cayó en la cuenta de que su nariz casi se rozaba con la suya, hasta tal punto que podía ver las diminutas gotas de agua que se le habían quedado pegadas a sus espesas pestañas. Tenía unos ojos increíbles, casi negros de puro marrones. La línea de su nariz era perfecta, y la barba incipiente, que también había retenido minúsculas gotitas de agua, realzaba la curva de los pómulos y la firme recta de la mandíbula.

Bajó la mirada a la curva sensual de su boca, y se sintió como drogada, imbuida de un deseo irrepresible de tocarla con la suya.

–Vaya... la pequeña Lucy Lindstrom. Tenemos que dejar de vernos así.

La canoa en la que él remaba volcó y fue ese accidente lo que los unió tantos años atrás, la niña buena y el chico malo, el menos probable de los amores.

Una semana después de la graduación, tras obtener todos los galardones posibles y el reconocimiento de sus compañeros, Lucy cayó en la cuenta de que la diversión se había terminado. Todos los planes estaban hechos, e iba a ser su último verano de libertad, como todo el mundo le decía, medio en broma, medio en serio.

Lucy había salido sola con su canoa, algo que nunca hacía, pero una sensación de vacío la había empujado a hacerlo. Tenía la impresión de que la vida se le escapaba, como si estuviera encajando en los planes que otra persona había trazado para ella, sin preguntarle si era lo que de verdad quería.

Se desencadenó una tormenta, y no vio el tronco que flotaba bajo las aguas hasta que fue ya demasiado tarde.

Mac estaba acampado y la vio remando, y saltó a su propia canoa para ponerse a palear como un poseso intentando alcanzarla antes de que colisionara con el tronco.

La sacó del agua, sin saber cómo lo logró sin volcar su propia embarcación, y la llevó a su tienda, donde se sentaron junto a la lumbre en espera de que las aguas del lago se calmaran para que ella pudiera volver a su mundo.

Pero, en realidad, nunca terminó de volver. Lucy estaba en el punto de madurez justo para apreciar lo que él le ofrecía: una vía de escape de una vida que había sido cuidadosamente diseñada para ella, con un patrón predecible que allí, en la otra orilla del lago, junto a su salvador, le pareció una forma de muerte.

Durante toda su vida, quienes la rodeaban solo habían visto en ella a la persona que querían que fuese, una convicción que llenaba una especie de necesidad que había en ellos.

Hasta que apareció Mac y, sin esfuerzo aparente, logró ver a través de todo hasta llegar a lo real. O así les pareció.

Pero estando en aquel momento allí, empapada, respirando a bocanadas, tirada en un pantalán podrido junto a él, se sintió igual que en aquel momento del pasado.

Como si todo su mundo cobrase vida.

Como si el blanco y negro se volviese de color.

Solo a través de una experiencia cercana a la muerte podía afilarse su percepción hasta ese punto. Solo así podía ser tan consciente de la presencia de Mac, del calor de su respiración, del aliento que se escapaba de sus labios en cortos jadeos. Había un aura palpable de fuerza en torno a él, algo que, sintiéndose tan débil como se sentía, le proporcionaba fuerza.

Con un gemido, apoyándose en las manos, Mac se arrodilló primero, a continuación se puso en pie y luego se volvió para ofrecerle la mano. Ella se agarró y sintió la fuerza con que tiraba, tan natural en él como electrizante en ella, y que la levantó del suelo.

Mac recogió la manta que ella había dejado tirada, la sacudió y la cubrió primero a ella, para luego abrazarla y cubrirse él también.

—No te lo tomes como algo personal. Es pura cuestión de supervivencia.

—Gracias por la aclaración —contestó con toda la dignidad que le permitía el castañear de dientes—. Pero no tienes que preocuparte, que no tengo intención de aprovecharme de ti. En este momento, te encuentro tan sexy como a un salmón congelado.

—Sigues queriendo tener siempre la última palabra, ¿eh?

—Siempre que puedo.

Pero en aquel mismo instante notó un golpe de calor que emanaba de su cuerpo, y se acurrucó a su costado.

Sus cuerpos, con la ropa empapada y fría, temblaban bajo la manta, y ella apretó la mejilla contra su pecho. Mac le apartó un mechón.

—Qué asco.

—No ha sido mi mejor entrada, desde luego.

—No me refiero a eso, sino al pelo.

–Ya lo sabía –sonrió–. Hola, Lucy.

–Hola, Macintyre.

Estando tan cerca como estaban, tanto que podía notar cómo el frío le tenía erizada la piel, también sentía su fuerza innata. El calor estaba volviendo a su cuerpo, y de rechazo, al de Lucy.

La sensación física de aquella cercanía, de aquel calor compartido, la estaba volviendo vulnerable a otros sentimientos, que esperaba ser capaz de controlar.

No era solo desfallecimiento. Su debilidad podía atribuirse a la insensibilidad de sus miembros causada por el frío, que le impedía moverse con rapidez. Incluso la lengua la sentía pesada y rígida.

No era que no quisiera volver a moverse. Eso podía achacarse fácilmente al hecho de que sentía los miembros lentos, torpes, paralizados.

Era otra cosa, peor que sentirse debilitada.

Peor aún que sentirse agarrotada.

En brazos de Macintyre Hudson, calada, con su pijama de Winnie-the-Pooh ofreciéndole una protección tan sólida como una toallita de papel mojada, Lucy Lindstrom sintió la peor debilidad de todas, el deseo que se había ocultado a sí misma: el de no estar tan sola.

Comenzó a temblar incontroladamente y una especie de sollozo se escapó de sus labios.

–¿Estás bien? –preguntó él.

–No del todo.

No le quedaba más remedio que admitir la verdad ante sí. No era el frío lo que la debilitaba, sino él.

¿Acaso era la vida un bucle interminable, en el que las mismas cosas se repetían una y otra vez?

Estaba maldita en el amor. Tenía que aceptarlo, y dedicar su considerable energía y talento a causas que pudieran ayudar a otros, y que, de paso, no le hicieran daño a ella.

Se separó de él haciendo acopio de toda su fuerza física y mental. La manta la sujetaba, de modo que apenas pudo crear una separación de un par de centímetros, pero al menos ya no estaban pegados.

La historia no se repetiría.

Era bueno que por fin estuviera allí. Así tendría oportunidad de enfrentarse a él, de pinchar el globo de las ilusiones que pudieran quedarle y de seguir adelante con su maravillosa vida de hacer el bien a los demás.

–¿Estás herida? –preguntó, apartándola de él y mirándola a la cara.

Ya echaba de menos el escaso calor que había empezado a generar su cuerpo, y hubo de aferrarse a su fuerza física y mental para resistir el deseo de dejarse abrazar de nuevo.

–Estoy bien.

–A mí no me lo parece.

–No estoy herida, sino avergonzada.

Su expresión era de pura exasperación.

–¿Se puede saber quién está a punto de ahogarse y siente vergüenza?

Los dos en peligro de muerte, ¿y a ella le preocupaba su pelo, o que pudiera tener el aspecto de una rata a medio ahogar? ¿El pijama que llevaba puesto?

¡Todo había vuelto a empezar!

La necesidad incapacitante que solo él había sabido ver. ¿No había estado deseándolo desde entonces?

Tanta insistencia en que asistiera a la fiesta en honor de Mama Freda, ¿era en verdad por ella, o por sí misma, por volver a sentir sus brazos rodeándola?

Temblando, intentando ahogar aquella parte de sí misma que lo único que deseaba era volver al abrigo de sus brazos, se recordó que sentirse así había estado a punto de destruirla, que había tenido repercusiones de largo alcance que habían roto su familia y habían dejado su vida tambaleándose.

–Todo esto ha sido culpa tuya –le dijo, y menos mal que él se lo tomó al pie de la letra.

–Yo no tengo la culpa de que no sepas recepcionar un lanzamiento.

–¡Menuda birria de lanzamiento!

–Pues sí. Por eso precisamente no tendrías que haber intentado alcanzar el cabo. Te lo habría vuelto a lanzar.

–Y tú no deberías haberte tirado al agua. El frío podría haberte paralizado. Me sorprende que no haya pasado, la verdad. Los dos nos habríamos visto en un apuro.

–Se tienen diez minutos en un agua tan fría antes de quedarse congelado. Además, yo no soy tan sensible al agua fría como la gente. Remo en aguas bravas, y creo que eso me ha quitado la sensibilidad. No pensarás que iba a quedarme tan tranquilo en el patín viendo cómo te ahogabas, tú o cualquiera.

–No iba a ahogarme –espetó, aunque apenas habían pasado unos minutos desde que estaba convencida precisamente de lo contrario–. Llevo toda la vida viviendo en el lago.

–¡Ah, claro! –exclamó, dándose una palmada en la frente–. ¿Cómo se me ha podido olvidar eso? No solo llevas toda la vida en el lago, sino que tres generaciones de tu familia han estado viviendo aquí antes que tú. Los Lindstrom no se ahogan, y además mueren como han vivido: una muerte respetable que les llega en la misma cama en la que nacieron, y en la ciudad de la que no han salido prácticamente nunca.

–He vivido en Glen Oak seis años –le recordó.

–¡Glen Oak nada menos! A una hora de aquí. Hay quien piensa que Lindstrom Beach es el barrio veraniego de Glen Oak.

¿Por qué demonios habría mordido el anzuelo? ¿Por qué se había dejado reaccionar ante él?

Mac se había marchado de aquella ciudad, cerrando la puerta a la posibilidad de

abrirse a los demás. Aquel verano habían jugado con fuego los dos. Ella se había quemado y él había decidido largarse, sin tan siquiera haberle dicho una sola vez que la quería.

Capítulo 3

–¿QUIERES que te diga una cosa, Macintyre Hudson? Entonces eras un cretino, y sigues siéndolo ahora.

–¿Y tú quieres que te recuerde que has sido tú la que me ha rogado que venga?

–¡Yo no te he rogado nada! Solo he apelado a tu conciencia pero, personalmente, me daba exactamente igual que volvieras o no.

–Eras una mocosa malcriada, arrogante y pija, y sigues siéndolo. Te voy a plantear un concepto nuevo para ti –continuó, molesto–. ¿Qué tal si me das las gracias por haberte rescatado? Por cierto, que ya es la segunda vez que lo hago.

–Si necesitase un héroe –espetó sin alzar la voz–, tú serías la última persona en la que pensaría.

Ese comentario debió de dolerle porque le dio la impresión de que se encogía físicamente, y se alegró por ello. ¿Una pija malcriada y arrogante?

Pero un velo de indiferencia cayó sobre su rostro y vio cómo aquella sonrisa burlona, que era su marca de identidad le aparecía en la cara. Era una sonrisa que parecía decir: «No puedes hacerme daño, así que no te molestes en intentarlo».

–¿Sabes qué? Si yo estuviera buscando a una dama en peligro, tampoco se me ocurriría pensar en ti. Sigues siendo la hija malcriada del médico.

En aquel instante volvió a sentirlo todo. El abandono. El miedo que la había cercado los meses que siguieron a su marcha. La forma en que la miraron sus padres, que siempre la habían mimado, y que entonces la contemplaban avergonzados y dolidos, como si no hubiera podido desilusionarlos más. El desprecio de los amigos a los que conocía desde el jardín de infancia, que dejaron de llamarla y que miraban para otro lado cuando se cruzaban en la calle.

Volvió a sentirlo todo.

Y de nuevo tuvo la certeza de que todo ello, hasta el último segundo de sufrimiento, había sido culpa suya.

–Solo para que quede claro, creo que eres tú quien debería estarme agradecido. He venido hasta aquí para salvarte. Eras tú quien estaba en el agua antes.

–No necesitaba tu ayuda.

En fin, que nada había cambiado. Ella seguía siendo, a sus ojos, la chica rica de ciudad pequeña, la hija del médico, una niña mimada, alejada por completo de la realidad en su opinión.

Y él seguía siendo el tío que jamás necesitaba nada de nadie.

–Ni ese birrioso intento de rescate –apostilló.

La furia que se le despertó ardía de tal manera en su interior que le pareció capaz de derretir el frío que le congelaba los miembros. Ojalá la hubiera sentido al verle caer del patín de la avioneta. En lugar de correr en su ayuda, de preocuparse por él, le habría servido para meterse en su casa y cerrar la puerta.

No lo había hecho, pero a lo mejor no era demasiado tarde para corregir un error.

Fingió un llamativo estremecimiento que a sus ojos pudiera volverla vulnerable, necesitada de su calor corporal. Aunque desconfiado, Mac dejó que se le acercara.

Lucy puso las dos manos en su pecho y le miró parpadeando varias veces, como si lo invitara a ser su héroe, y cuando lo tenía confiado, empujó con todas sus fuerzas.

Gritando sorprendido, Macintyre Hudson perdió pie y cayó desde el pantalán de nuevo al agua. Con qué satisfacción se dio ella la vuelta, aunque la maldición que le oyó lanzar al aire le confirmó que estaba bien.

Miró hacia atrás. ¡Estaba perfectamente! En vez de salir del agua, se estaba quitando la cazadora de cuero que traía y la lanzaba sobre el pantalán para volver nadando al avión,

En cuestión de minutos, volvía a tener la situación bajo control, lo cual debía de estarle complaciendo sobremanera. Amarró el avión al otro pilar del pantalán, que no cedió, y sacó de la cabina una única bolsa de equipaje.

Desde luego no quería que la pillara observándole. Es más, ¿por qué lo hacía? Otra prueba más de la debilidad que le hacía sentir, cuando lo que en realidad debería estar haciendo en aquel momento era meterse bajo el agua caliente de la ducha.

Estaba en su puerta cuando oyó el grito de Mama Freda.

—¿Qué pasa aquí?

Se volvió y la vio caminando por el pantalán, la mano sobre los ojos a modo de visera para protegerse del sol. Y cuando la vio pararse y que una sonrisa iluminaba su rostro arrugado, el frío desapareció de su cuerpo.

—Schatz?

Mac estaba ya de pie en el pantalán, quitándose la camiseta para escurrirla, una vista desafortunada para una chica que intentaba no dejarse impresionar. Tenía un cuerpo absolutamente perfecto, con el agua resbalando por los pectorales y las curvas bien definidas de sus abdominales.

Soltó la camiseta empapada, corrió hasta el césped y se detuvo delante de Mama Freda con una sonrisa tan brillante que habría podido iluminar todo el lago.

Mama Freda le acarició la mejilla y él la tomó en brazos como si fuera una pluma para darle unas vueltas en el aire hasta que la hizo reír como a una jovencita.

—¡Me estás mojando! —protestó, encantada—. ¡Bájame, cabra loca!

Cuando lo hizo, la mujer se colocó el pelo y lo miró con tanto afecto que Lucy sintió algo que le quemaba detrás de los ojos.

—¿Por qué estás empapado? ¡Te vas a poner malo!

—Tu pantalán se ha roto cuando he intentado amarrar el avión.

—Deberías haberme avisado de que ibas a venir —le reprochó.

—Quería darte una sorpresa.

—¿Y ves lo que pasa? Que acabas en el agua. Si me hubieras avisado, te habría dicho que amarrases en casa de Lucy.

—No creo que quiera que deje el avión en su casa.

Solo ella entendió el sentido de sus palabras.

–No seas tonto. Sabes que no le importaría.

Podría haberle jugado una mala pasada contándole a Mama Freda lo que había ocurrido de verdad, sabiendo que su madre jamás aprobaría que, a aquellas alturas de temporada, se lanzase a alguien al agua, pero no lo hizo.

–Estoy congelado. Espero que tengas un *apfelstrudel* recién sacado del horno.

–Tendrías que haberme dicho que venías para que lo tuviera recién sacado del horno. Pero eso no es lo que necesitas ahora.

–¿Y qué necesito, Mama? –preguntó él, y ambos sonrieron compartiendo la misma magia que los había unido siempre.

–Una cucharada de elixir.

Mac se fingió aterrorizado. Volvió a por la bolsa y la camiseta y, pasándole un brazo por la cintura, entraron juntos en la casa.

Lucy entró también en la suya, aún con la picazón en los ojos por el amor y la devoción que había visto entre ellos, y que brillaba con tanta intensidad como el sol de la mañana.

Esa era la razón de que se hubiera tomado tantas molestias para lograr que viniera. Y si había habido un motivo oculto tras ese deseo, había quedado revelado en aquel breve instante en que se había sentido rodeada por sus brazos. Una vez revelado, podía guardarlo en un sitio que le permitiera defenderse de él como si la vida misma le fuese en el empeño.

Como así era.

Por el rabillo del ojo, Mac había visto cómo Lucy presenciaba su encuentro con Mama.

–¿Es Lucy? –preguntó Mama Freda, siguiendo la dirección de su mirada.

–Sí. Tan molesta como siempre.

–Es una buena chica –insistió su madre.

–Entonces, ha llegado a ser lo que quería.

Pero ya no era una chica, sino una mujer. De eso no tenía ninguna duda.

Aun en aquellas circunstancias había notado los cambios. Seguía siendo rubia, pero ya no llevaba la melena suelta hasta rozarle el inicio de los senos.

La verdad es que, pegado al cráneo después del remojón, no parecía gran cosa, pero estaba dispuesto a apostar que llevaba uno de esos cortes de pelo ultra sofisticados que realzaría la belleza de sus increíbles ojos verdes y la perfección de sus facciones. Y era consciente de que había tenido que ignorar con gran esfuerzo la añoranza que le había asaltado de cómo era antes.

Había perdido la constitución fibrosa y delgada de una corredora de larga distancia y redondeado sus formas, un hecho que había notado a su pesar al pegarse ella en busca de calor.

¿Seguiría creyendo que lo más arriesgado que podía hacer una persona era meterse en el lago desnuda bajo la luz de la luna llena, arriesgándose a ser detenida y

quedar expuesta a la humillación pública?

¿Qué le haría reír ahora? En el instituto parecía ser el centro de todo, desenfadada y popular, y su risa era tan honda y feliz que hasta los pájaros se detenían a escucharla.

Mac hizo una mueca para sí mismo. Había roto aquel hechizo hacía ya mucho tiempo. ¿Por qué entonces había sido tan reacio a devolver sus llamadas? ¿Por qué tanta aversión?

Y si eso era cierto, ¿por qué habría tenido que revelarle, a ella precisamente, que su padre se dedicaba a abrir zanjas?

A lo mejor semejante confesión había contribuido al desastre del pantalán.

–¿Qué hace? –preguntó Mama Freda, preocupada–. Me parece que también está mojada, ¿no?

–Los dos hemos acabado en el agua.

–¿Y eso?

–Una comedia de errores. No te preocupes, Mama.

Pero su madre estaba decidida a preocuparse.

–Debería haberse venido a casa para que yo la cuidara. A ver si se va a resfriar.

Mama Freda seguía preocupándose de todo el mundo, excepto, quizás, de sí misma, y miraba la casa de Lucy como si estuviera pensando en ir.

La hierba de las dos casas parecía ser una sola, y eso era nuevo. El doctor Lindstrom se había tomado grandes molestias para marcar los límites de su jardín, con el propósito de evitar cualquier asociación con la casa de al lado.

A pesar de que ahora compartía el césped con la destartada casa de su vecina, el domicilio de los Lindstrom seguía pareciendo sacado de una revista de decoración.

Se habían añadido unas hermosas cristaleras en la parte trasera de la casa, y bajo una hermosa terraza a varias alturas, se extendía un césped de hierba recién nacida que se remataba con un mar de tulipanes amarillos y rojos que se derramaban en una suave pendiente hasta la arena blanca de su playa privada.

El pantalán en forma de ele, cuya madera el sol ya había vuelto gris, estaba rodeado por una docena de canoas puestas boca abajo. ¿Qué pintarían allí? Mama Freda le había contado que Lucy vivía sola desde que volvió a su casa, un año atrás.

Un pájaro cantó cerca y Mac percibió el perfume intenso que las agujas caídas del pino ponderosa desprendían al recibir el calor del sol, y al volverse a mirar las aguas del lago se dio cuenta de lo mucho que había echado de menos aquel lugar. Al contrario que el pueblo, que era un lugar exclusivista. Se era o no se era de Lindstrom Beach.

La familia de Lucy siempre lo había sido. Por supuesto, el pertenecer o no a la comunidad venía determinado por el lugar que ocupase tu casa junto al lago, el tamaño de parcela y vivienda, la clase de barco que se tuviera y las conexiones de la familia. Se pertenecía si se era miembro de la iglesia y del club, y si tus ingresos alcanzaban un determinado nivel del que nunca se hablaba directamente, sino por

referencias veladas.

Él siempre había quedado fuera. Era un crío de origen cuestionable, puesto al cuidado de Mama Freda en su casa, la única cabaña original que sobrevivía de los años cuarenta, poco más que un cobertizo de pesca, la vergüenza del vecindario.

Por ello resultaba tan sorprendente lo del césped compartido.

—¿Habéis contratado a alguien para que se ocupe del césped entre Lucy y tú?

—No. Lo hace Lucy.

Eso le sorprendió. ¿Lucy cortaba con sus propias manos una superficie tan grande de hierba? No se la imaginaba empujando un cortacésped. Solo la recordaba sentada con sus amigas en el pantalán, en biquini, mientras era otro quien sudaba la gota gorda manteniendo immaculado el jardín. Pero no quería que Lucy volviera a colarse en sus pensamientos.

—Tienes muy buen aspecto, Mama —le dijo a modo de invitación para que confiase en él. Debería haberse imaginado que no iba a resultar tan fácil.

—Yo sí, pero tú no —espetó, pellizcándole la cintura—. No eres más que hueso. Seguro que siempre comes de restaurante. Tienes un color horrible.

Más bien era el color que se le quedaba a uno cuando se caía dos veces en un agua gélida, pero sabía por experiencia propia que no habría modo de sacar a Mama de su idea.

Se acercaban ya a la puerta trasera de la casa. El porche estaba ahogado por los lilos, con sus gordas cabezas florales casi tapando la puerta. Mac apartó algunas ramas y abrió la mosquitera, que chirrió escandalosamente. Las tablas que servían de suelo al porche estaban tan podridas como el pantalán.

Alguien parecía haber empezado a repararlo, pero con poca fortuna. ¿A quién habría contratado?

—¿Quién ha hecho esto? —le preguntó, pisando la tabla sustituida.

—Lucy —contestó, contemplando con orgullo aquel desastre—. Me ayuda mucho.

Mac frunció el ceño. Jamás se habría podido imaginar a Lucy haciendo algo así, con los clavos entre los dientes y dando golpes con el martillo.

Aunque Mama no le había dicho nada, sospechaba que llevaba ya tiempo desbordada por la casa, y aquello lo confirmaba.

—Deberías venirte a Toronto conmigo —le dijo a modo de introducción. En la bolsa llevaba algunos folletos de las mejores residencias para mayores.

—¿A Toronto, yo? Eres tú el que debería venirse aquí. Esa ciudad tan grande no es sitio para un chico como tú.

—Ya no soy un chico, Mama.

—Para mí siempre serás mi niño.

La miró con cariño, buscando algún síntoma de enfermedad entre sus arrugas, pero la encontró como siempre. Cuando la conoció ya parecía mayor, y no parecían pasar los años por ella. De hecho, esa falta de cambios, esa inmutabilidad, era un ancla para él en un mundo tan cambiante.

¿Por qué no habría querido decirle que le habían retirado el permiso de conducir?

Cumpliría los ochenta tres días antes del Día de la Madre. Sostuvo abierta la puerta para que pasara y ambos entraron a la cocina.

De nuevo signos de falta de atención: la pintura de los armarios despellejada, una puerta que no cerraba, las losetas de linóleo antiguo que empezaban a despegarse por los bordes. Había un paño de cocina atado fuertemente en un grifo y se acercó a mirar.

Habían intentado contener una fuga.

—¿Obra de Lucy?

—Sí.

La Lucy que él no conocía otra vez.

—Tienes que decirme estas cosas. Habría pagado al fontanero.

—Ya pagas bastante.

Se volvió a mirarla, y sin previo aviso volvió a sentirse un chaval de catorce años, de pie en aquella cocina por primera vez.

La casa de Harriet Freda era su quinto hogar de acogida en otros tantos meses, y a pesar de que el entorno que ocupaba era privilegiado, vista desde fuera parecía más pequeña, más vieja y más oscura que todas las demás por las que había pasado ya.

A lo mejor, pensó entonces con una buena dosis de cinismo, van enviándote cada vez a sitios peores.

Habría parecido una casa muy humilde de estar en un entorno distinto, pero rodeada de aquellas magníficas casas de campo, parecía una choza fuera de sitio en la orilla de Sunshine Lake.

Aquella mañana, de pie en una cocina que difería bastante del exterior de la casa, Mac tenía catorce años y estaba muy asustado, pero había una lección que había aprendido bien desde la muerte de su padre: nunca debía dejar que vieran su miedo.

Le habían presentado a Mama Freda, una mujer que parecía fuerte y bastante mayor, con el pelo de un blanco azulado y más frito que rizado gracias a una mala permanente. Tenía en la cara más arrugas que un Shar-Pei, y Mac pensó que parecía demasiado mayor para cuidar de los hijos de otros.

Pero, por otro lado, su aspecto era totalmente inofensivo plantada allí en su cocina, con un vestido desaliñado, piernas y brazos gordezuelos, tobillos hinchados y zapatos cómodos. Sobre el vestido llevaba un delantal que una vez fue blanco pero que, después de muchos pasos por la lejía, tenía ya el color del té y sombras de manchas de chocolate y arándanos.

Terminadas las presentaciones y las formalidades, la trabajadora social se marchó y él se quedó con una bolsa de papel en la que llevaba dos camisetas, unos vaqueros y una muda. La señora Freda lo miró y Mac notó en sus ojos el brillo de la amabilidad.

Cuanto antes se enterara de que no iban a ser amigos, mejor.

—He matado a un hombre con mis propias manos —espetó.

Lo de «con mis propias manos» lo había añadido de su cosecha pero, en realidad,

era parte de la estrofa de una canción. Así conseguía que la gente se apartara de él, creyéndolo peligroso.

Y si algo quería entonces, a sus catorce años, era que la gente se mantuviera alejada de él. Era como un animal herido que no quería volver a confiar.

Mama Freda levantó la vista de lo que estaba haciendo, que era estirar una enorme masa, y lo miró. El brillo había desaparecido, reemplazado por una lástima inmensa.

–Eso es terrible –exclamó, dejándose caer en la silla–. Matar a un hombre. Yo sé lo que es. Tuve que hacerlo una vez.

Mac la miró con la boca abierta, y cuando ella señaló la silla que tenía al lado, abandonó su bolsa medio vacía y se sentó junto a ella, como si fuera un metal atraído por el imán.

–Fue casi al final de la guerra –dijo, mirándose las manos–. Tenía trece años. Era un soldado –añadió, mirándole y preguntándose cuántos detalles más debía añadir–, y estaba... estaba haciéndole daño a mi hermana. Estaba de espaldas. Agarré una sartén de hierro, me acerqué sin hacer ruido y le di un golpe con todas mis fuerzas en la cabeza. Hubo un ruido terrible. Terrible. Se cayó al suelo. Creo que ya estaba muerto, pero sabía que si volvía a levantarse, todos estaríamos condenados, así que seguí golpeándolo muchas veces más.

Mac nunca había escuchado un silencio tan denso como el que se adueñó de la cocina en aquel momento. El tic-tac del reloj parecía casi una explosión.

–Así que sé bien lo que es –dijo por fin–. Sé cómo se lleva dentro. Cómo recuerdas su cara y te preguntas quién era antes de que el mal se apoderara de él. Me pregunto qué sentiría su madre al no verlo volver a casa, y si sus hermanas siguen echándolo de menos ahora del mismo modo que a mí me duele el hermano que se fue a la guerra y no volvió.

Sacó la mano de debajo del delantal y la puso sobre la mesa, con la palma hacia arriba, invitando. Y Mac se sorprendió al darse cuenta de que no podía resistirla y que ponía la suya también sobre la mesa. Ella la tomó y apretó con una fuerza sorprendente para ser una señora tan mayor.

–Mírame –le dijo, y él obedeció.

No dijo una sola palabra porque no era necesario. Mac la miró a los ojos, y por primera vez en mucho, mucho tiempo, tuvo la sensación de no estar solo. De que alguien más sabía lo que era sufrir.

Más tarde comieron el *apfelstrudel* que terminó de preparar en la mesa de la cocina, y fue como si de pronto sus papilas gustativas se hubieran despertado de un largo sueño, como si también por primera vez, desde hacía mucho, mucho tiempo, probase algo tan maravilloso.

Y con un pedazo de aquel maravilloso pastel deshaciéndosele en la boca, hizo lo que había jurado que nunca volvería a hacer. Pero tuvo cuidado de no pronunciar su nombre, de no decir las palabras que lo volverían sólido y real. Para él, admitir el

amor era lo mismo que empuñar la espada de un samurái en dirección a su propio corazón.

Pero nunca cambió la historia que le contó aquel día, ni siquiera cuando ella le dijo, en una ocasión:

–Sé, *schatz*, que no hay nada en ti que pueda matar a otra persona. Ni siquiera a un pajarillo recién nacido que se haya caído del nido. Si hasta te he visto sacar afuera los bichos que se cuelan en casa.

Mama, con su enorme capacidad para cuidar de todo, lo había salvado.

Y tenía que estar a su lado si lo necesitaba. A juzgar por el aspecto de la casa, estaba claro que no lo había estado, al menos en ese sentido, mientras que Lucy, a la que había llamado mocosa malcriada, sí que lo había estado.

¿Se sentía culpable por ello?

–Date una ducha –le dijo, y Mac volvió al presente con un movimiento de cabeza–. Bien caliente –añadió, y la vio empinarse en las puntas de los pies para sacar del armario de la cocina la vieja botella marrón de jarabe.

Rápidamente subió las escaleras y se metió en el pequeño cuarto de baño.

Cuando volvió a bajar, ya con ropa seca, le tenía ya servido un vaso.

–Bébetelo. Te quitará el frío.

–No tengo frío.

–¡Vas a pillarte un buen resfriado! –protestó, con los brazos cruzados.

No tenía sentido explicarle que los catarros no tenían nada que ver con el frío, sino con ponerse en contacto con los cientos de virus que andan por ahí, y que seguramente no escogerían las gélidas aguas de Sunshine Lake como habitat.

Tomó el vaso y, tapándose la nariz, vació su contenido, que cayó como una bomba en el estómago.

–¡Por amor de Dios, pero si es schnapps! –exclamó con los ojos llenos de lágrimas.

–Es *obstler* –confesó sonriendo–. No ese piperment azucarado que beben aquí. Este lo hago yo con manzanas y hierbas.

Desde luego si había algún virus despistado navegando por su organismo, fuera cual fuese su origen, habría quedado aniquilado.

–Con la receta de mi abuela –continuó explicando–. Anda, llévale un poco a Lucy. Ya se lo tengo preparado.

Y le entregó una pequeña botella marrón de su elixir secreto.

–No pienso ir a ver a Lucy.

Después de su encuentro en el muelle, cuanto menos tuviese que ver con ella, mejor.

Hubiera querido pensar que, después de todo aquel tiempo, la chica para la que no había sido lo bastante bueno, no tendría poder alguno sobre él. Había visto mundo. Había alcanzado éxito. Estaba convencido de que Lucy y su universo no serían más que una mota de polvo del pasado.

Lo que de ninguna manera se esperaba era el aluvión de sentimientos que había experimentado al verla. Aun calada hasta los huesos, medio congelada, verla en el pantalán llamándolo le había provocado una sensación tan fuerte que el corazón había estado a punto de salirse del pecho. Seguía teniendo la misma cara de una belleza fuera de convencionalismos, pícara, que inspiraba confianza, lo bastante para lograr que un hombre bajase de inmediato la guardia y quedara en un estado tal de indefensión que pudiese hacerle acabar en el lago por el empujón de una persona que pesaba, como poco, treinta kilos menos que él.

Una pena antigua afloró a la superficie, con bordes afilados como cuchillos.

«Jamás podría enamorarme de un tío como tú».

Ese era el problema de volver a un sitio que se creía haber dejado atrás: que las viejas heridas no acababan nunca de sanar, sino que esperaban. Y aquellas palabras, viniendo de labios de Lucy, la chica a la que le había confiado su corazón maltratado...

—¡Tiene que tomárselo! No querrás que se pille una pulmonía.

Dado que no quería contarle por qué no quería ver a Lucy, quizás había llegado el momento de explicarle cómo funcionaban los virus, aunque por otro lado, sabía que esa explicación caería en oídos sordos.

—Es hija de un médico. Seguro que sabe lo que necesita.

Pero ella siguió mirándolo, inflexible.

—Mama, seguramente sea ilegal fabricar este brebaje, y mucho más dárselo a beber a nadie.

Seguía con los brazos cruzados y, de pronto, le atacó por otro flanco:

—¿Has intentado hablar con tu madre, *schatz*?

Él la miró sin saber qué contestar.

—El Día de la Madre está a la vuelta de la esquina. Apenas faltan dos semanas. Debe de echarte mucho de menos.

Lo único a lo que su madre podía echar de menos era al saldo de su cuenta corriente. Pero no estaba dispuesto a meterse en esa conversación. Y estaba claro que Mama se había aferrado a la idea como un perro que arrancase la carne de un hueso a dentelladas.

—¿Cuántos años han pasado? —insistió.

Mac no quiso contestar, pero mentalmente hizo la cuenta.

—Ya es más que hora.

Su madre era la única parcela de su vida a la que se había negado a darle acceso a Mama desde el día que llegó a su casa. No iba a haber reconciliación alguna con su madre.

—Solo una tarjeta para empezar —le dijo ella, como si no hubieran tenido aquella misma escena cientos de veces—. Creo que tengo una perfecta por aquí.

Mama siempre tenía un cajón dedicado a las tarjetas de felicitación de un tipo u otro, adecuadas para cada ocasión.

Para todas menos para una madre y un hijo que llevaban separados catorce años.

Sin decir palabra, agarró el bote de schnapps y salió por la puerta, que lo despidió con un chirrido. Cuando miró hacia atrás, Mama estaba de espaldas con el cajón abierto ante sí, canturreando satisfecha.

Qué encogida estaba. Qué frágil, a pesar de su corpulencia.

Y qué estropeada estaba la casa. Volvió a sentirse culpable por haber permitido que llegara a aquel estado.

Apenas llevaba media hora en Lindstrom Beach y ya se sentía ahogado por todos aquellos incómodos sentimientos. No le gustaba sentirse así.

Lucy había estado allí y él, no. Pero aquello iba a cambiar.

–¡Asegúrate de que se bebe un poco! –le gritó Mama desde la cocina–. Y no vuelvas hasta que lo consigas.

Y a pesar de que detestaba tener que darle la razón a Lucy, por mucho que le molestaran aquellos inesperados sentimientos, tenía que admitir que había acertado con su insistencia para que volviera.

Mama lo necesitaba.

Capítulo 4

MAC cruzó el jardín que unía ambas casas y volvió a pensar que la propiedad de Lucy era todo lo que la de Mama no. Aun estando unidas por la hierba, eran muy diferentes: la de Mama, salpicada de altos árboles, que complicarían el corte del césped, y la de los Lindstrom, cuidadosamente mantenida y con el sabor perfecto del dinero abundante durante generaciones.

Por lo poco que le había contado Mama, sabía que Lucy había heredado la propiedad hacía poco más o menos un año, y algo creía haber oído él sobre un compromiso roto y algo así.

¿De dónde sacaría el tiempo para llevar a buen término todo el trabajo que antes hacía un ejército de jardineros?

Pensó en ir por la puerta principal para que resultara más formal y correcto, pero al final optó por la parte de atrás y el pantalán. Se detuvo y contempló la casa. La pintura blanca de la fachada se veía hueca por algunos puntos y desconchada en otros, y en un lado habían hecho pruebas de color.

Parecían haber elegido el lavanda, y en una tabla más abajo, habían probado con los colores de las molduras, que oscilaban entre el lila y el rojo oscuro.

El color elegido le hizo sospechar que no conocía en absoluto a Lucy.

Lo cual era cierto. Ya no era la chica que dejó al marcharse, del mismo modo que él no era ya el mismo hombre. Oyó el ruido del agua al caer y pensó que estaría duchándose, lo cual era una suerte porque le ahorra otro encuentro con ella.

Ya no eran críos. Respetaba a Mama, pero no podía tomarse todos sus deseos como una orden. Lucy se encontraría con la botella y ya decidiría.

Si tardaba un rato en volver, no le preguntaría si había cumplido o no el encargo, y con un poco de suerte, se habría olvidado también de lo de su madre.

Dejó el frasco delante de la puerta y se acercó a ver las canoas. No eran particularmente buenas, y tenían calidades y colores dispares. Entonces vio el cartel, bastante nuevo, adosado a un poste como el que se había roto en casa de mama.

Lucy's Lakeside Rentals.

La línea siguiente detallaba precios y normas.

¿Lucy alquilaba canoas? Desde luego, estaba claro que no la conocía. Ni de lejos. De hecho, parecían haberse intercambiado los papeles. Él había logrado alcanzar el éxito que anhelaba, mientras ella cortaba la hierba de su casa y la ajena y se ganaba el sustento alquilando canoas.

Debió de experimentar al menos un momento de satisfacción por ello, un poco de resarcimiento. Pero fue preocupación lo que se despertó en él, lo cual era un asco.

Miró la casa. Aún se oía correr el agua. Empujó una de las canoas con el pie. Los remos estaban dentro.

Subió, de un empujón se separó del pantalán y comenzó a palear hacia el otro

lado del lago.

Aún más que el abrazo de Mama, el deslizarse silencioso de la canoa sobre el agua despertó en su interior lo que más temía: la sensación de haber echado de menos aquel lugar, la convicción de que, por mucho que hubiera intentado dejarlo atrás, aquel era su hogar.

Una hora más tarde, después de examinar la casa en busca de rastros de vida y convencerse de que no había nadie dentro, devolvió la canoa al pantalán. Se sentía como un ladrón al recorrer los metros que le separaban de la puerta trasera de su casa. El elixir ya no estaba. Podría decírselo a Mama con la conciencia tranquila, pero la sensación de ser un ladrón no se alivió ni siquiera dejando un billete de veinte dólares debajo de una piedra en la canoa.

—¡Eh! —gritó Lucy—. ¡Espera!

Se volvió con las manos en los bolsillos. Parecía molesto e impaciente.

—¿Qué haces?

—Me he llevado una de tus canoas y te he dejado el dinero del alquiler debajo de una piedra —explicó, como si fuera obvio.

—No te he dado permiso para llevártela.

—¿Es que tengo que hacer un test de personalidad?

Por debajo del sarcasmo creyó detectar una nota de dolor. Después de tanto tiempo, ¿todo iba a seguir igual entre ellos?

«Jamás podría enamorarme de un tío como tú».

No. Él era un hombre de éxito y de mundo, y llevaba escrito en cada poro de su piel que le importaba un comino lo que pudieran pensar de él.

—Yo no he dicho eso, pero no puedes llevarte una canoa sin más.

—No me la he llevado sin más. Te he pagado por ello.

—Es que tenías que haberme dicho dónde ibas. ¿Y si no hubieras vuelto?

—Llevo recorriendo estas aguas desde los catorce años, y he bajado en kayak por las aguas más peligrosas del planeta. Creo que me puedes confiar una de tus canoas, ¿no te parece?

«Confiar». Esa era la palabra mágica, el ingrediente que faltaba entre ellos.

—No me preocupa eso. Tenías que haberte llevado un chaleco salvavidas.

—¿Te preocupas por mí, Lucy Lin?

—¡No!

—¿Entonces?

—¡Pues que tenías que habérmela pedido!

—Es posible, pero los dos sabemos que no soy uno de esos hombres que lo hacen todo según dictan las normas.

Suspiró.

—No quiero tu dinero, Mac. Si quieres llevarte una canoa, hazlo, pero por lo menos dile a alguien adónde piensas ir. A Mama, si no quieres hablar conmigo.

—No necesito caridad —espetó él—. Prefiero pagarte.

–Yo tampoco la necesito.

–¿Sabes lo que te digo? Que voy a pedir que me envíen mi propio equipo.

–Hazlo.

Le vio marcharse, tieso como un palo, y sintió lástima. Por lo menos deberían ser capaces de hablar de Mama. Pero no le había devuelto las llamadas y tampoco ahora parecía más predispuesto a hablar.

Fue en busca del billete de veinte dólares, lo metió en un sobre y garabateó su nombre en él. Sin molestarse en vestirse, atravesó la hierba que unía las dos casas pero no llamó a la puerta, sino que, siguiendo su ejemplo, lo dejó debajo de una piedra y dio media vuelta. Cuando volvió a su casa inspeccionó las canoas y, tras localizar la que había utilizado, colocó un chaleco salvavidas en su interior.

–¿Esto qué es? –preguntó Mama Freda, entregándole un sobre.

Mac suspiró irritado. Siempre tenía que tener la última palabra.

Pero aquella vez no se iba a salir con la suya, se dijo, doblándolo y guardándoselo en el bolsillo antes de salir por la puerta de atrás. La última persona en el mundo de la que aceptaría un regalo sería de ella. Los días en que Lucy, o cualquier otra persona de aquella ciudad, podían sentirse superiores a él, se habían terminado.

Levantó la mano para llamar a la puerta, pero no lo hizo porque unas voces airadas salían por el ventanal.

–¡Vas a cargarte la zona! –decía alguien muy enfadado.

–Es solo una prueba –respondió Lucy en tono conciliador.

–¿Morado? ¿Vas a pintar la casa de morado? ¿Me tomas el pelo? ¡Es un horror! Cuando Billy y yo lo vimos desde el barco, casi me caigo por la borda.

Lucy había tenido ahí la oportunidad perfecta de decirle: «Qué pena que no te cayeras». Pero se limitó a defender su elección.

–Me parece un color muy actual.

–¿Actual? ¿En Lakeshore Drive?

A eso no hubo respuesta.

Fue a llamar por fin a la puerta, pero se la encontró abierta, de modo que entró. Lucy estaba de pie en la puerta principal, aún en bata, los brazos cruzados sobre el pecho en actitud defensiva, mirando a una mujer más alta que ella y delgada, con esa clase de delgadez que solo se consigue con dolor.

Su rostro le era conocido. Claudia Mitchell-Franks. Vestida con traje de chaqueta de pantalón de lino, el maquillaje y el peinado de quien asiste a una fiesta, miraba a Lucy con la cara desfigurada por la rabia.

El aspecto de Lucy era todo lo contrario al de Claudia. Acababa de salir de la ducha, tenía el pelo mojado, y la sofisticación brillaba por su ausencia, perdida como estaba en aquel enorme albornoz, de esos que cuelgan en la puerta del baño de los hoteles caros.

Iba descalza, y por absurdo que pareciera, le pareció mucho más sexy que las sandalias de tacón de aguja de su visita.

–¡No pienses ni por un momento que este año vas a volver a alquilar canoas! El verano pasado el tráfico se puso imposible en la zona, y no tienes aparcamiento. La calle de tu casa era una pesadilla. Y hubo un montón de gente en mi playa.

–No existe ninguna ley que diga que no puedo alquilar canoas –respondió, pero sin demasiada fuerza.

¿Aquella era la misma Lucy que lo había tirado al agua? ¿Por qué no mandaba a paseo a aquella idiota?

–¡Hubo una pareja que desembarcó de la canoa y se puso a comer en mi césped!

–Qué horror, sí.

«Vamos, Lucy», pensó, haciendo causa común con ella. «¡Tú puedes hacerlo mejor!».

–No pienso pasarme otro verano explicándole a la gente lo que es una playa privada.

–Es que eso no existe –respondió con calma–. Tu parcela llega hasta la línea de la marea, que en tu caso queda a un metro escaso del cenador. Esas personas tenían todo el derecho de quedarse a comer ahí.

Mac sintió un orgullo no deseado. Esa información se la había dado él años atrás, cuando había tenido que enfrentarse a gente como Claudia, que pretendía ser la dueña de las playas.

–Espero que eso no se lo hayas dicho a ellos...

–No. Lo tengo impreso en el folleto que les entrego al alquilar la canoa –espetó–. Bueno, a eso no he llegado, pero ¿no crees que podríamos compartir el lago con quienes vengan a conocerlo?

A la buena de Claudia, tan perfectamente peinada, estuvo a punto de darle una apoplejía ante la posibilidad de compartir su lago.

–¡Te advierto que este año no vas a andar repartiendo por ahí esos folletos tuyos! ¡Ni lo sueñes! Vas a necesitar un permiso para tu negocio, y no lo vas a conseguir. ¿Y quieres saber otra cosa? Que ya te puedes ir olvidando del club náutico para tu evento.

–Ya he depositado la reserva –respondió, molesta.

–Me ocuparé de que te la devuelvan.

–¡Pero si tengo a más de cien invitados, y solo faltan dos semanas!

Su voz había adquirido un tono de súplica.

–Es a lo que vas a tener que enfrentarse, aunque intentes cambiar de sitio. Esta zona es residencial. Siempre lo ha sido y siempre lo será.

–Es por eso, ¿verdad? Todo se reduce a eso.

–Cuando por fin no teníamos que soportar el interminable desfile de delincuentes que entraban y salían de casa de tu vecina, ¿vas y haces esto?

Ya había oído suficiente.

–Lucy –saludó, haciéndose notar–, ¿va todo bien?

Lucy se dio la vuelta. Le brillaban los ojos. Ojalá fuera él la única persona que supiera que estaba a punto de echarse a llorar.

Creyó que iba a enfadarse por encontrarlo allí, pero lo que vio en sus facciones fue alivio. A pesar de la valentía con la que se estaba defendiendo, por alguna razón parecía desbordada. Quizás porque el ataque provenía de una mujer que antes era amiga suya.

–Te acordarás de Claudia –se la presentó, cuando en realidad lo que a él le habría gustado era que la hubiera echado de allí.

Claudia lo estaba mirando con malicia. ¡Dios, cómo recordaba esa mirada! La primera vez que salió con Lucy en público, a tomar un helado en el centro, se la encontraron, y la expresión despectiva de sus facciones huesudas era la misma.

–Yo te conozco –dijo, llevándose un dedo de manicura roja y perfecta a los labios. Esperó a que lo reconociera, a que su desprecio se acentuara.

Pero cuando supo quién era, toda su expresión corporal cambió, y con una sonrisa se acercó a él, agarrándole un brazo y mirándolo a los ojos.

–¡Claro! Macintyre Hudson. Tú eres el dueño de Wild Side, ¿no?

Aquel momento debería resultarle muy grato, sobre todo estando delante de Lucy, pero lo que sintió fue incomodidad, aunque duró poco porque Lucy, que había quedado un paso por detrás de Claudia, lo miró e hizo una mueca como si vomitara.

–Soy uno de los delincuentes que entraban y salían de la casa de al lado, y el vándalo que tuvo la desfachatez de pasar ante tu casa, e incluso de comer en tu playa.

Claudia se echó a reír con entusiasmo.

–¡Ay, Mac, qué sentido del humor tienes! Pero si yo siempre te he adorado. Mis chicos, que tengo dos niños, no quieren llevar otra cosa que no sea Wild Side. Si no lleva el simbolito ese de la canoa naranja, ni se lo prueban.

No quiso que se le notara lo que le fastidiaba que su marca fuera la elección de los pijos que vivían en el lago.

–¿Qué te trae por aquí? –ronroneó.

Por encima del hombro de Claudia vio a Lucy agarrarse el cuello con las dos manos y hacer como si se estrangulara. Le costó Dios y ayuda controlar el temblor de los labios.

–Lucy ha organizado una fiesta en honor de mi madre, y no me la perdería por nada del mundo.

Teniendo en cuenta la satisfacción que había obtenido de decirle a Lucy que no pensaba asistir, el cambio de opinión le sorprendió incluso a él mismo.

–Ah, eso. No esperaba que fueras a venir por algo así. Además, ha habido un pequeño problema con el sitio, y como ella no es tu verdadera madre... Verás, el comité ha decidido revocar la autorización que le dio a Lucy para la fiesta –continuó, sin plantearse siquiera lo cruel que había sido su comentario–, y como no vuelve a reunirse hasta el mes que viene, y la fiesta es dentro de unos días... Pero creo que el

gimnasio de la escuela está disponible. Puedo indagar si quieres.

–No, gracias.

–No quiero que te molestes conmigo, porque en realidad es culpa de Lucy. Norman Avalon es el presidente del club náutico este año. ¿Te acuerdas de él?

El desagradable recuerdo de un chaval que le lanzó una tarrina de helado medio derretida encima mientras él estaba cavando una zanja le volvió a la memoria.

–Viven un poco más adelante. Si Lucy pinta de violeta la fachada de su casa, Ellen... te acordarás de ella. Es una Polson. Pues Ellen la tendrá enfrente todo el día. Está un poco molesta. Bueno, mucho. Y con razón. Y eso fue antes de la solicitud de recalificación. En fin... ha sido un placer verte.

No respondió, como también intentó no mirar a Lucy, que tenía los ojos bizcos, la lengua colgando fuera de la boca y las manos aún en el cuello.

–Enhorabuena por el éxito de tu empresa. Sé que a Billy le encantaría conocerte si tiene ocasión. Los viernes suele haber un cóctel en el club antes de la cena.

Lucy se dejó caer de rodillas y se tambaleó hacia delante y hacia atrás, sin quitarse las manos del cuello.

–¿El club?

–Sí, ya sabes. El club náutico.

–Ah, ya. El que le ha denegado el alquiler a Lucy para celebrar la fiesta en honor de mi madre.

–Oh –con esfuerzo, ya que se había borrado las líneas de expresión con Botox, Claudia compuso una mueca de conmiseración–. Si quieres, pásate el viernes y habla con Billy. A lo mejor puede usar sus influencias.

Lucy se dejó caer de espaldas, boqueando como un pez fuera del agua.

–¿Qué Billy?

–Billy. Billy Johnson. ¿Te acuerdas de él?

–Vagamente.

Recordaba perfectamente haber estrellado su puño en la cara de un tal Billy que se atrevió a hablar de su herencia.

–Ahora yo soy la señora Johnson –dijo, mostrándole una mano cargada de anillos–. No lo olvides: cóctel el viernes. Hay que ir vestido, por cierto.

–No me digas que no se puede entrar desnudo.

–¡Ay, Mac, qué cosas tienes! ¡Chao, chao, chicos!

Y al volverse se encontró con Lucy en el suelo, fingiendo estar muerta.

–¡Por amor de Dios, Lucy! –la reprendió, levantando delicadamente una pierna por encima de su cuerpo inerte–. A ver si creces, que este hombre es el dueño de una empresa multimillonaria.

Y se marchó dejando tras de sí un rastro asfixiante de perfume.

–¡Por amor de Dios, Lucy! –la imitó Lucy–. A ver si creces.

Y volvió a reír. Las defensas de Mac se derrumbaron estrepitosamente, como lo haría un castillo levantado con bloques de construcción infantiles, y cedió a la

tentación de jugar un poco.

–Oye, que soy el dueño de una empresa multimillonaria. Un poco de respeto.

Y también se echó a reír. Era curioso lo bien que se sentía riendo con Lucy.

–Se te da de maravilla el teatro –le dijo mientras se acercaba para ofrecerle una mano y ayudarla a levantarse. Tiró con tanta fuerza que colisionó con él al ponerse en pie, y por segunda vez en el mismo día, sintió la suavidad de sus curvas.

–¡Mac –imitó entre risas–, siempre te he adorado!

–La última vez que me miraste así, a continuación me tiraste al lago.

Lucy dejó de reír.

–¿De qué iba todo eso? –le preguntó él, secándose las lágrimas de risa.

–Pues, al parecer, si se te ocurre pintar las paredes de tu casa de malva, ya no puedes alquilar los salones del club náutico.

No le parecía que esa fuera la historia completa, pero no indagó más.

–¡Chao, chao, chicos!

Y volvieron a reírse.

–Hacía mucho tiempo que no me reía tanto.

–¿Ah, no? ¿Y eso por qué?

Inesperadamente, protegerse a sí mismo dejó de parecerle tan importante como veinte minutos antes, cuando cruzaba el césped para devolverle el dinero.

–La verdad es que no tiene gracia ninguna –dijo ella, seria de pronto–. La he cabreado, y no...

–Mucho –añadió él, pero Lucy no rió más.

–Y tengo un servicio de comidas que viene a ocuparse de la fiesta desde Glen Oak, pero necesitan tener unas instalaciones certificadas en las que poder manipular alimentos, y la escuela no dispone de ellas.

–No te preocupes. Lo arreglaremos.

–¿Arreglaremos?

–Le he dicho a Claudia que he venido por la fiesta.

–Pero no es cierto.

–He visto el estado en que se encuentra la casa de Mama, así que creo que me voy a quedar un poco más de lo que había pensado.

–La verdad es que está hecha una pena. Me quedé de una pieza al verla cuando volví. He hecho cuanto he podido, pero...

–Y te estoy agradecido. Muy agradecido. Aunque te aconsejo que sigas con tu trabajo y no cambies de profesión.

–Se pondría loca de contento si te quedaras unos días. Y si además asistes a la gala, ni te cuento.

Sí, Mama se alegraría muchísimo, pero la posibilidad de quedarse unos días obedecía a algo más que a darle una vuelta a su casa. Ver a esa barracuda atacar a Lucy le había despertado el instinto protector, y eso no era lo que pretendía. Solo quería devolverle el dinero y largarse. Quería saborear el hecho de que hubiera

perdido el favor de sus amigos pijos.

Pero le asombró darse cuenta de que no solo no le sentaba bien descubrir el alejamiento entre Lucy y su círculo, sino que era un hallazgo doloroso. Mama Freda se sentiría orgullosa: a pesar de su inclinación natural al mal, parecía estar ganando peso su tendencia también innata a la bondad.

Lucy pareció darse cuenta de pronto de que estaba en bata y demasiado cerca de él, y dio un paso atrás.

–Claudia tiene razón. Qué vergüenza. No sé por qué me he comportado así. A lo mejor ha sido por tu culpa. Siempre has sabido sacar lo peor de mí.

–Vamos a dejar las cosas claras: ni Claudia tiene razón, ni yo he sacado nunca lo peor de ti.

–¿Ah, no? ¿Y quién me animó a mentir a mis padres, o a escaparme de casa? Me invitaste a fumar, me bebí mi primera cerveza contigo. Incluso...

Por un momento creyó que iba a mencionar lo innombrable, pero no lo hizo.

–Me convertí en la clase de chica a la que nadie quiere ver sentada en el primer banco de la iglesia.

–Eso revelaría más de la iglesia en cuestión que de ti. Yo te recuerdo riendo, despertándote como la Bella Durmiente cuando la besa su príncipe. No es que yo pretenda ser ese príncipe, claro...

–Eso está bien.

–Recuerdo que eras como un reo al que habían puesto en libertad, asfixiada con tanta regla y tanta norma, y que aprendía a ser espontáneo. Creo que era tu mejor versión.

–Esa idea me asusta un poco –dijo, pasándose la mano por el pelo alborotado.

–Creo que las semillas de la mujer que es capaz de pintar su casa de lavanda se sembraron entonces.

–¿Te gusta el color? –preguntó, esperanzada–. Lo habrás visto al entrar, ¿no?

No le gustó la pregunta, ni la sensación de que necesitase la aprobación de alguien para hacer lo que quisiera.

–Lo único que importa es que te guste a ti.

–Ojalá fuese así.

–Recuerdo bien que la señora de Johnson antes era amiga tuya.

–Cierto, pero no pienso admitir responsabilidad alguna sobre la clase de persona que es ahora.

Había pretendido parecer despreocupada, pero no lo había conseguido.

De pronto, todo aquello dejó de parecerle divertido. Lucy había cambiado, y mucho, pero las personas de su entorno no lo habían aceptado. Y tenía la sensación de que era una transformación que iba mucho más allá del color de la fachada de su casa.

–¿Puedo usar tu teléfono? –le preguntó–. El móvil se me ha escacharrado en el agua.

La expresión de Lucy había cambiado de pronto. Parecía deseosa de deshacerse de él pero, después de mirar un momento a su alrededor, le ofreció un inalámbrico. Ahora que había decidido ser un hombre mejor, iba a seguir hasta el final.

Pondría a Claudia en su sitio y ayudaría a Lucy al mismo tiempo.

–¿Casey? –se dirigió a su asistente–. Sí, me he tomado unos días... en mi pueblo... ¿no sabías que tengo pueblo?... ¿en una cesta en el río? Gracias, colega.

Enarcó las cejas mirando a Lucy, pero ella fingió no estarle escuchando.

–Oye, necesito veinte mil dólares en ropa, talla de niño hasta adolescente, y que la repartas entre bancos de alimentos, clubes de chicos y chicas y servicios sociales de Lindstrom Beach, en la Columbia Británica. Asegúrate de que parte llegue a todas las organizaciones benéficas que trabajan con niños en un radio de setenta kilómetros de la ciudad... sí, donaciones... pues claro que nunca has oído hablar de Lindstrom Beach... cuando hayas terminado con ello, si puedes tenerlo todo organizado para mañana, contrata un par de anuncios en la tele y en la radio en los que le des las gracias al Club Náutico de Lindstrom Beach por ceder sus instalaciones para la Gala del Día de la Madre.

–Gracias, chaval. No sé cuándo volveré, y no te molestes en llamarme al móvil. La he cagado al no traerme una de nuestras cajas estancas. Por cierto, incluye algunas con la donación de ropa. Me compraré un móvil nuevo en unos días.

Lucy había dejado de fingir que no le escuchaba. Muy al contrario, lo miraba con los ojos muy abiertos cuando él colgó el teléfono y se lo devolvió. Parecía estar intentando no mostrarse impresionada.

–Admítelo –le dijo–. Ha sido genial. He matado dos pájaros de un tiro.

–No todo el mundo te llama señor Hudson –comentó ella, complacida–. ¿Dos pájaros?

–Sí. Los niños pijos de Claudia ya no van a ser tan exclusivos, y a no ser que me falle mucho el ojo, vuelves a tener el salón del club a tu disposición.

–Pero si tú odias ese sitio.

–Siempre acaba gustándome lo que me dicen que no puedo tener.

La vio cruzarse de brazos y sus ojos volvieron a brillar.

–No me refería a ti.

–No nos engañemos. Eso era parte del atractivo. Romeo y Julieta. El chico malo y la niña buena. Verte pasar de oruga a mariposa.

–Creo que en mi caso no era así –contestó, despacio–, pero no quiero seguir con esta conversación.

Y se irguió como lo hacía antes de que él le enseñara que no se iba al infierno por decir alguna que otra palabrota.

–Tengo que vestirme.

–Y yo tengo que darte esto. Entrega especial –anunció, entregándole el sobre del dinero–. ¿Qué era eso de la recalificación?

Lucy no hizo caso del sobre.

–Tiene que ver con las canoas. Hay que recalificar los terrenos para poder tener un negocio.

Pero ya no le miraba, y a Mac le sorprendió darse cuenta de que estaba siendo evasiva. ¿Qué tenía que ver el alquiler de canoas con el hecho de que se hubieran librado al fin de los delincuentes de la casa de al lado? Aunque no podía olvidar que se trataba de Claudia, semejante salto en la lógica de un argumento no podía ser una torpeza suya.

–Puedo ofrecerte los servicios de un abogado si lo necesitas.

–No necesito que me arregles nada. Ya te he dicho que no ando buscando héroe.

–Quédate con tu dinero.

–No. Y te recuerda que estás en mi casa sin haber sido invitado.

–O sea, que te salvo de morir ahogada, y de Claudia, y tu gratitud apenas dura unos minutos...

–¡Vaya, hombre!

–Cualquiera podría entrar en tu casa sin haber sido invitado. Si echases la llave a la puerta...

–¡Ni se te ocurra decirme lo que tengo que hacer! Aquí no estamos en la ciudad, y nadie se presenta aquí después de un montón de años intentando jugar al hermano mayor. Sobre todo porque no lo necesito.

Resultaba evidente, por lo que acababa de ver, que necesitaba algo o a alguien en su campo. Aun así, él estaba tan poco dispuesto a hacer de hermano mayor como ella lo estaba a ponerlo en ese papel.

Pero si era eso lo que hacía falta hacer para ser un hombre mejor, lo haría. Y nada de mirarle a los labios, ni a la abertura de la bata, cuyo escote se había abierto lo bastante para ofrecer la tentadora curva de un pecho deliciosamente desnudo.

–Puede que Lindstrom Beach no sea la gran ciudad –se explicó, cerrándole las solapas de la bata–, pero tampoco es el cuento en el que tú te empeñas en creer.

Lucy le apartó las manos de un manotazo y se cerró la bata.

–Hace mucho tiempo que dejé de creer en los cuentos.

–¿Ah, sí? –preguntó, escéptico.

–Sí.

La miró con detenimiento y volvió a ver rabia en su interior. Echaba de menos a la chica que se había tirado al suelo echándose mano al cuello, y volvió a experimentar la intensa incomodidad que había sentido al ver sus torpes intentos por reparar el porche de Mama. Sí, había algo muy distinto en ella.

En el instituto derrochaba confianza en sí misma, era popular, lista, extrovertida y guapa. Había nacido entre algodones y con todo el mundo a sus pies. Pero Claudia siempre había tenido una especie de caparazón exterior duro y brillante, como la de una piedra pulida en exceso, mientras que en Lucy recordaba una especie de inocencia, la mirada soñadora de una chica capaz de creer en el príncipe azul, un puesto que, durante algunos de los momentos más felices de su vida, creyó que

podría ocupar él.

Pero Lucy Lindstrom ya no tenía el aire de una mujer que espera a su príncipe.

De hecho, desde detrás de la barrera en la que se había convertido su bata cerrada, parecía terca y ofendida. Vale. ¿Que ya no quería un héroe, ni un príncipe? Pues mejor para ella. Él tampoco buscaba a una damisela en apuros. O una princesa.

Así que, ambos estaban a salvo, aunque no podía ignorar una vaga sensación de peligro.

–¿Qué ha sido de tu prometido?

–¿Qué prometido?

–Mama me dijo que ibas a casarte.

–Cambié de opinión.

–Eso también me lo dijo.

–Pero no te contó los detalles, ¿no?

–Pues no. ¿Por qué iba a conocerlos ella?

–Tú no eres de aquí, ¿verdad, hijo? –le preguntó, usando la frase célebre de un médico que salía por la tele.

–No sé qué quieres decir.

–Pues que mi ruptura salió en todas las portadas después de que a mi marido lo persiguieran a tiros, desnudo, por una calle de un tranquilo barrio residencial de Glen Oak. El que disparaba era el marido cornudo de una mujer que era amiga mía y que llevaba la cafetería de nuestra librería.

Así que su caída había sido completa... Mac se recordó que tenía que sentirse satisfecho. Es más, se lo ordenó. Pero no se sentía así. Ni siquiera fue capaz de fingirlo.

–Ay, Lucy.

Los ojos volvían a brillarle y deseó abrazarla, pero sabía que si llegaba a hacerlo, ella nunca se lo perdonaría.

–No sientas lástima de mí, por favor. Además, todo queda registrado hoy de algún modo. Alguien lo grabó con la cámara del móvil y fue la sensación local durante unos días.

–¡Ay, Lucy! –volvió a lamentarse.

–¿No vas a preguntarme si no sospechaba nada? Es lo que todo el mundo me ha preguntado.

–No. Lo que voy a preguntarte es si quieres que lo busque y me lo cargue.

–¿Con tus propias manos? –preguntó, y sus ojos volvieron a brillar.

–¿Es el que hizo que dejases de creer en los cuentos?

–No, Mac. Eso ocurrió antes.

Durante un segundo miró su boca. Luego se humedeció los labios y desvió la mirada.

Tuvo que apartarse de aquella inesperada intensidad y se centró en la casa. Cualquier cosa valía con tal de apartar de su cabeza la idea de que hubiera sido cosa

suya que dejase de creer en los cuentos.

–No es así como yo lo recuerdo.

En una ocasión, había cometido el error de ir a buscarla a su casa, y al entrar pensó en un viejo castillo: oscuro, polvoriento, tan lleno de antigüedades que casi era difícil respirar. Supo que lo habían hecho pasar para que su padre pudiera decirle un par de cosas, y fue entonces cuando descubrió que Lucy había estado saliendo con él a espaldas de sus padres.

«Te prohíbo que te veas con mi hija».

Por supuesto, bastó con la prohibición para que idease artimañas cada vez más creativas para poder pasar tiempo con ella. Y que incrementase el disfrute de colarse en aquella misma habitación mientras sus padres estaban dormidos y besarla hasta que los dos se quedaban sin aliento de deseo.

Aquel primer encuentro con su padre no fue nada comparado con el último.

–Ha habido una serie de robos en las casas del lago –le dijo–, y en mi casa también va a entrar un ladrón. Después del asalto, la policía encontrará la mercancía robada en tu casa. Serás arrestado y será la gota que colme el vaso para esa casa de los demonios. Siempre he querido comprarla. Algún día, Lucy y el hombre con el que se case, vivirán en ella.

Hacía tiempo que Mac sabía que tendría que marcharse. No había sitio para él en Lindstrom Beach y nunca lo habría.

Le contó a ella la amenaza que había recibido de su padre y le dijo que no podía soportar aquella ciudad ni un minuto más. Fue entonces cuando ella le dijo:

–Yo nunca podría enamorarme de un tío como tú.

¿Le habría convencido su padre de que era un ladrón? ¿Que de verdad era él quien estaba detrás de los asaltos padecidos aquel verano? ¿O habría recuperado la cordura y había acabado dándose cuenta de que no podía funcionar? ¿Que un tío como él nunca iba a poder darle las cosas a las que ella estaba acostumbrada?

Había mucho espacio entre ellos, un vacío demasiado traicionero para aventurarse a cruzarlo. Se habían hecho daño el uno al otro, pero tenía la impresión de que él le había hecho más a ella que al contrario.

A lo mejor había sido él quien le había arrebatado el sueño de vivir su propio cuento de hadas.

Pero es que, cuando la conoció, él ya habitaba en un universo en el que los cuentos no existían.

Mejor centrarse en el aquí y ahora.

–Antes, ahí había una pared –dijo. «Y un sofá», añadió mentalmente. No quería mencionarlo. Ni siquiera recordarlo había sido buena idea, pero cayó en la cuenta demasiado tarde.

–Mi madre tiró las paredes cuando mi padre murió.

Lo cual significaba que, técnicamente, ni siquiera estaban en la misma habitación en que lo hicieron. Los fantasmas de su juventud, jadeantes de necesidad, ya no

moraban allí.

Seguramente no habría sido su madre la que había conseguido la calidad casi tangible de santuario que poseía aquella estancia. Su madre, si no recordaba mal, se parecía bastante a Claudia, y aquella habitación habría pasado por las manos de un diseñador de interiores, un profesional que querría lograr el sitio perfecto para recibir a las visitas. E impresionarlas.

Pero Lucy había creado un espacio ligero y acogedor, un sitio donde leer un libro o pasarse el día en bata. No obstante, la habitación provocaba algo en él que no terminaba de identificar.

Se acercó a la mesa del comedor a dejar el sobre con el dinero.

Había varios montoncitos de papel bien colocados. Aquella no era la casa de alguien que recibía a los amigos, o que celebraba multitudinarias cenas. Entonces lo entendió. Su espacio emanaba soledad.

¿Lucy, la misma que estaba siempre en el corazón del grupo, dirigiendo la acción sin saber tan siquiera que lo hacía?

¿Lucy, la chica que siempre estaba *in*, ahora tenía que rogar que le dejaran utilizar el club náutico que llevaba el nombre de su abuelo?

¿Lucy, la joven tan conservadora como sus padres, se estaba planteando pintar la casa de color malva para escándalo de la comunidad mientras dirigía una aventura comercial desde su propio pantalán?

–¿Qué te ha pasado? – le preguntó suavemente.

Y vio algo más que secretos en sus ojos, tan grandes, verdes e intensos. Pero no se permitió que ejercieran sobre él su hechizo porque creyó ver en su mirada algo que ella no quería que viese: su miedo.

Capítulo 5

DURANTE un instante, sintió la tentación de contárselo. Que, después de que él se marchase aquel verano, todo su mundo había cambiado irrevocablemente y para siempre.

Pero había decidido no ceder a los impulsos, pues lamentaba las payasadas que había hecho a espaldas de Claudia, y menos aún en lo concerniente a Mac.

–No me ha pasado nada. He crecido. Eso es todo.

No quería que posara más tiempo la mirada en los papeles que tenía sobre la mesa. Los documentos para el registro de fundaciones sin ánimo de lucro estaban allí, lo mismo que la solicitud para la recalificación que le permitiera acometer la transformación necesaria para convertir aquella casa en un refugio para madres solteras.

No quería hablar de ello, y menos con él. Nunca.

Aun sosteniendo cerrados los delanteros de la bata, se interpuso entre él y sus secretos.

–¿Hay algo sobre la mesa que no quieres que vea?

Estaban tan cerca que podía olerlo. El aroma del agua del lago no se había borrado del todo de su piel; el jabón no había logrado erradicarlo.

–No.

–A diferencia de Claudia, se te está arrugando el entrecejo –le dijo, rozándole entre las cejas.

Cómo desearía poder apoyarse en esa mano y compartir sus cargas con él.

–Siete años –resumió él, mirando por encima de su hombro–. ¿Qué puede haber en tu mesa, después de siete años, que no quieras que yo vea? –preguntó, alzando las cejas de ese modo tan particular suyo–. ¿Un catálogo de lencería?

Aquello tenía que terminar. Con un movimiento rápido de la mano, agarró el sobre y lo miró con interés exagerado.

–No lo quiero.

Mac se encogió de hombros.

–Dónalo a tu organización favorita

–Está bien –suspiró. Nunca podría llegar a imaginarse la ironía que había en aquella sugerencia.

–En fin... tengo que vestirme. Si me disculpas...

–¿Tienes una organización favorita?

–¿Por qué? No querrás un recibo.

Le vio darse la vuelta y pensó que quizás se había sentido insultado e iba a marcharse. Qué alivio. Pero lo que hizo fue acomodarse en uno de los sillones. O mucho se equivocaba, o había decidido quedarse solo por el placer de verla incómoda.

Por lo menos, se había alejado de la documentación.

Parecía totalmente relajado, contemplando el paisaje que se colaba por su ventana.

Lucy ladeó la cabeza. A ver quién cansaba a quién.

Un libro descansaba abierto sobre uno de los brazos, y Mac hizo ademán de ir a curiosearlo, pero ella se lo arrebató, aunque no con la rapidez necesaria.

–Una lectura interesante tratándose de una chica que ha dejado de creer en los cuentos. *¿Bailar con un príncipe?*

Iba a defender su elección cuando él cambió de asunto.

–Me gusta cómo has dejado la casa –dijo–. Tiene el encanto de una cabaña de esquí, en lugar de parecer una casa victoriana. Dudo que haya sido cosa de tu madre. Y mucho menos la elección del color de la fachada, sorprendentemente bohemio para este rincón del bosque.

–Apenas se ha secado la pintura y los vecinos ya me han hecho saber que no les gusta que me deje llevar por mi lado salvaje y secreto.

Y volvió a cobrar cuerpo el peligro, haciendo crepitar el aire. Su lado salvaje y secreto se entretejía con su historia común. Con aquellas noches calurosas de verano en que habían descubierto sus cuerpos, fundiéndose el uno en el otro. Vio que él tenía la mirada puesta en sus labios y el recuerdo le resultó abrasador. La sorpresa de lo que deseaba fue absoluta, porque quiso ser salvaje, saborearlo solo una vez más, olvidarse de las precauciones.

–Nunca me habría imaginado que tu vida sería así, Lucy.

–¿Ah, no?

–Me habría imaginado algo más tradicional: una casa grande, un marido siempre ocupado y un montón de críos: niñas que llevar a clases de ballet, chicos a los que convencer de que no dejen ranas en el fregadero de la cocina...

Lucy no contestó.

–Pensaba que llevarías una vida muy parecida a la de tus padres, rodeada por la gente con la que creciste. Copas los viernes en el club náutico, esquí acuático los fines de semana del verano, esquí en las montañas en invierno.

Ella lo miró alzando las cejas.

–Me sorprende que pensaras en mí.

Entonces le tocó a él quedarse callado. La vista que se contemplaba a través de la ventana parecía retener su atención.

–Un hombre nunca olvida su primer amor –dijo al fin.

–No sabía que yo hubiera sido tu primer amor.

–¿Cómo no ibas a saberlo? Aquellas semanas fueron una locura, Lucy. Me despertaba pensando en ti, me dormía pensando en ti. Pasábamos juntos todos los momentos del día. Tenía la sensación de no poder respirar si tú no estabas allí para darme aire.

–Nunca llegaste a decirme que me querías –replicó en voz baja.

–Es que nunca se lo he dicho a nadie. Ni siquiera a Mama.

–¿Nunca se lo has dicho?

–Creo que no.

–¡Ya te vale!

–En fin... esos días quedan ya en el pasado.

Sí, así era, y remover aquellos recuerdos no traería nada bueno. Ya el corazón le latía acelerado con oírle admitir que se había pasado día y noche pensando en ella.

–¿Y qué hace la Lucy adulta para divertirse?

La pregunta la pilló desprevenida.

–¿Para divertirme?

–Recuerdo que siempre estabas en el centro de todo, aunque las diversiones de aquel entonces a mí me parecieran un poco ridículas: la guerra de agua en el césped del instituto, el lavado de coches con fines benéficos, la excursión de tres días en bici a Bartlett, o en canoa hasta Point. Recuerdo una noche que estaba yo en casa de Mama y que tú tenías aquí un grupo de chavales. ¿Sabes lo que me resultaba increíble? ¡Que consiguieras hacerles cantar a todos! Ellos, que se creían lo más de lo más, cantando canciones infantiles...

–Creía que esos días formaban parte ya del pasado –argumentó–. Además, tú nunca participaste.

–No.

–¿Por qué?

–Porque tenía la sensación de que no encajaba.

Era una admisión que no se esperaba de él porque se trataba de algo real, y fue la segunda sorpresa de aquella conversación. Le había contado más de sí mismo en aquellos últimos diez minutos que en todo el tiempo que pasaron juntos.

–Pues no lo demostraste nunca. ¡Parecías tan seguro de ti mismo! Todo el mundo pensaba que eras tan genial, tan valiente, en cierto modo. Atrevido. Si llevabas unos vaqueros con un desgarrón en la rodilla, la mitad del instituto te lo copiaba a la semana siguiente.

–No es que careciera de lo necesario: la ropa, la moto... es que la gente con la que salías era tan *normal*: padre y madre, un perro, pagas, gente que desde que nacía sabía cómo iba a comportarse y qué iba a llegar a ser. Me sentía excluido de todo eso; como si nunca fuera a pertenecer a vuestro grupo. Como si siempre fuera a estar de visita.

–Espero que yo nunca te hiciera sentir así.

–No, Lucy, tú no. Es más: durante aquellas semanas...

–¿Qué? –lo animó.

Pero él hizo el movimiento que haría un púgil que quisiera esquivar un golpe.

–Nada.

Y el velo volvió a caer delante de sus ojos. Así era como ella lo recordaba: acércate, pero no demasiado.

–Así que has acabado dándole la espalda a todas las expectativas que tenían puestas en ti, ¿no?

Sí, pero solo porque, antes de Mac, tenía una vida y, después, le quedó otra completamente distinta.

–Puede que mi vida no sea lo que mis padres esperaban, pero yo estoy encantada. Me gusta lo que hago.

–Mama me ha mantenido al corriente.

«Qué vergüenza», pensó Lucy, y al ver él su expresión mortificada, Mac se echó a reír.

–No te preocupes, que no me ha contado ningún rumor interesante. Solo pequeñas pinceladas aquí y allá. Me enteré de que habías abierto una librería *online* y que te iba muy bien.

–Ah, eso. Ya conoces a Mama. Si te quiere, nada de lo que hagas está mal.

–¿Cómo es que estáis tan unidas? Cuando yo vivía aquí, siempre había una especie de barrera entre tu familia y ella, impuesta por el señor doctor. Mama y tú erais corteses la una con la otra, y buenas vecinas, pero ni le cortabas el césped, ni le hacías reparaciones en casa.

–No recuerdo los detalles –mintió. Bien que los recordaba... había corrido sobre la hierba de noche, con un dolor interior tan grande que ni siquiera se dio cuenta de que había pisado una piedra y que le sangraba un pie.

La puerta de Mama se había abierto y ella apareció en su rectángulo de luz.

¡Liebling! ¿Qué te pasa?

–Entonces, volvamos a la pregunta original: ¿qué haces para divertirte?

–Mi trabajo es divertido.

–Imagino que estás de broma.

–¿Y tú? ¿Cómo te diviertes?

–Mi trabajo sí que es divertido. De hecho, he creado una empresa que precisamente trata de la diversión. Creo que las raíces de Wild Side se hunden en eso.

–Entonces, también tu trabajo es tu modo de divertirte.

–*Touché*. Pero me encanta bajar por aguas bravas con el kayak. Es muy físico, y requiere concentración absoluta. Me hace sentirme más vivo que cualquier otra cosa que haya hecho en mi vida.

Pero un recuerdo apareció como un relámpago ante los ojos de Mac, y fue como si ella también pudiera verlo: tumbados en la arena, uno al lado del otro, con la luz de la luna coloreándolos, sintiéndose más vivos que nunca.

O que después.

–Supongo que eso es lo que te estoy preguntando, Lucy. ¿Qué te hace sentir así?

–Así, ¿cómo? –balbució.

–Como me siento yo en un kayak. Vivo. Completamente concentrada. Con toda tu intensidad puesta en ese momento. ¿Qué te hace sentir así?

Si no contestaba, pensaría que era una fracasada. Y en cierto modo, se sentía así.

–Tengo algo –confesó a regañadientes–. Hace que me sienta viva, aunque a ti no te parecerá divertido.

–Prueba.

–Hoy no.

Contárselo la dejaría demasiado vulnerable.

–Bébetelo el schnapps y volveré a preguntártelo.

Entró en la cocina a por un vaso, se sirvió el licor de Mama y volvió al salón. Una vez allí, apuró el vaso.

–Bien –dijo él–. ¿Qué haces para divertirte, Lucy Lin?

–Ya lo sabes –le contestó–: trabajar. Y ahora, fuera, que tengo mucho que hacer hoy.

Él la miró fijamente. «Fuera». Ojalá hubiera empleado otra palabra.

–Volveré –dijo, al darle la espalda.

–Me lo temía –murmuró mientras lo veía alejarse.

Aunque se ordenó no hacerlo, aunque sabía que no debería, se quedó viendo cómo cruzaba el jardín hacia casa de Mama.

Iba silbando, y la melodía le llegó por la puerta abierta, mezclada con el perfume de los árboles, y le recorrió la espalda.

El rebelde. La palabra encarnaba en sí misma una advertencia, pero no podía sino reconocer que se sentía viva como no lo había estado en mucho, muchísimo tiempo.

Mac cruzó la hierba pensativo. Había algo muy diferente en Lucy. ¿Qué la habría hecho cambiar?

Parecía haber adquirido el estatus de marginada en el grupo de Lindstrom Beach, lo cual le resultaba increíble, casi tanto como que anduviera segando hierba, reparando suelos o alquilando canoas.

Y ese extrañamiento de la comunidad, ¿sería por decisión propia, o de ellos?

En su fuero interno había una mujer que quería pintar su casa de malva, y que seguramente acabaría por no hacerlo.

Si alguien no lo remediaba.

Él iba a ser el hombre que Mama esperaba que fuera, y antes de marcharse, ayudaría a Lucy a divertirse un rato.

* * *

Lucy se sentía algo mareada.

Debía de ser el schnapps, y no la llegada arrasadora de Mac Hudson. Subió a su dormitorio y se miró con ojo crítico en el espejo de cuerpo entero. ¡Primero calada hasta los huesos, y luego, en bata! Su intención era parecer sofisticada y profesional,

aunque tuviera un trabajo en el que podía pasarse el día en pijama si quería.

A medida que fue avanzando el día y el calor se hizo notar, salió a trabajar al porche, como hacía a menudo. El día era precioso, pero le molestaba su incapacidad para dejar de echar una mirada hacia casa de Mama. Se oía en ella una gran actividad, sierras y martillazos, pero no vio a Mac.

Deseaba acercarse y ver qué estaban haciendo, pero el orgullo se lo impidió.

Cuando por fin consiguió quitárselo de la cabeza, tenía la radio puesta y oyó el anuncio de la donación de Wild Side en agradecimiento al ofrecimiento del club náutico para que se celebrase en sus instalaciones la Gala del Día de la Madre.

En cuestión de una hora, recibió varias llamadas de representantes del club náutico, por supuesto no de Claudia, invitándola a celebrar en sus instalaciones la Gala del Día de la Madre, insistiendo en que se haría de manera gratuita.

Ya se había hecho tarde, y volvía a estar acomodada y en pijama, intentando concentrarse en ver una película. Pero que él estuviera en la casa de al lado no dejaba de molestarla. Mama y ella solían ver una película o un programa juntas por las noches.

Se sentía sola y le daba mucha rabia, lo mismo que estar evaluando su vida con un prisma diferente. ¿Cómo se había permitido llegar a ser tan aburrida?

El teléfono sonó.

–Hola, Lucy.

–Mac... iba a llamarte para darte las gracias. El club náutico me ha confirmado la reserva.

Él se rio quedamente. Ella, también.

–No me habías dicho que el coche de Mama no tiene seguro.

–¿Para qué iba a tenerlo, si no puede conducir?

–He ido con él tres veces al pueblo a buscar materiales antes de que ella se acordara de decírmelo. ¡Me podrían haber detenido por ir sin seguro!

De la soledad a la risa que pugnaba por salir.

–En fin, que a Mama le gustaría ver una película. ¿Podrías llevarme al centro a por una?

–Puedes usar mi coche cuando quieras.

–Gracias, lo tendré en cuenta, pero es que Mama dice que no me deja elegir la peli si tú no estás. Que voy a traer una de esas de hombres. Ya sabes: de acción, con mucha sangre y palabrotas.

–Puaj.

–Lo mismo que ha dicho ella. Y si vas tú sola, será de esas lacrimógenas y con mucha música de violines.

–¿Y por qué no vais Mama y tú?

–Está haciendo *apfelstrudel* –reveló, satisfecho–, y dice que está en un momento delicado. Lo tendrá listo para cuando volvamos con la peli. Tienes que venir a por un trozo.

Era una de las órdenes de Mama a las que no podías decir que no. Como si fuera posible decirle que no a su pastel de manzana...

–No ha dejado de cocinar desde que has vuelto, ¿verdad?

–Pues no, porque también he ido a la compra con el coche antes de saber que era ilegal. Ha hecho *schnitzel* para cenar –explicó, obviamente encantado–. ¿Sabes una cosa? Vale la pena arriesgarse a acabar en la comisaría por su *schnitzel*. Ya tiene preparada otra lista de la compra. ¿Te importaría que parásemos a comprar un momento antes de volver?

Sí que le importaba. Le importaba muchísimo reconocer que se había estado sintiendo sola hasta aquella llamada. Que la vida pareciese vibrar de pronto con mil posibilidades, que abarcaban desde alquilar una película hasta ir al supermercado.

No quería engañarse: esa nueva vibración no tenía nada que ver con el cine, ni con la compra.

Ya no era una adolescente para la que la compañía de Mac tornaba todo en una realidad mágica. Pero entonces era una inocente. Él mismo le había recordado que antes creía en cuentos de hadas. Que era una romántica incurable, una soñadora, una optimista.

No estaría mal poder comprobar cómo era Mac de adulto y conseguir derribarlo del pedestal al que lo había encaramado cuando no era más que una cría. Estaría bien poder comprobar cómo se sentía ella, ya una mujer adulta, en su compañía.

–Recógeme en la puerta dentro de diez minutos.

¿Dedicaría mayor cuidado del habitual a lo que se iba a poner? ¡Por supuesto! Era humano desear, por un lado, romper la fascinación que sentía por él y, por otro, que la que él pudiera sentir por ella aumentara.

Quería ser ella quien ocupara la posición que propiciara el cambio.

En realidad, ese había sido siempre su problema: que le había dado demasiado poder sobre su vida a los demás. Que se había dejado la piel intentando obtener su aprobación.

Si tenía un defecto capital, era el de confundir la aprobación con el amor.

–¿Sabías que dicen que la elección de coche revela mucho de su propietario? –comentó Mac poco después cuando iban ya de camino al pueblo.

Lucy miró su coche, un compacto de seis años de un indefinible color gris, y frunció el ceño. La verdad es que era un reflejo casi perfecto de la vida que parecía estar reevaluando.

–Es seguro –lo defendió.

–De la lista de cosas que haces para divertirte, ya puedo tachar conducir.

–¿Qué coche tienes tú?

–¿Tú qué crees?

–Un deportivo que se traga el doble de lo que te corresponde de los recursos del planeta.

–Pues aciertas. Tengo dos coches: un deportivo y un monovolumen que me viene

de perlas para llevar el equipo.

–Rojos, ¿a que sí?

–Por supuesto. Uno es descapotable. Te gustaría.

–Ostentoso.

–No me gusta ser ostentoso –respondió–. Solo quiero que entre con facilidad en el aparcamiento. Están siempre abarrotados.

Montaron en el coche, y Lucy no le invitó a conducirlo. No es que su coche fuera a desilusionarle después de lo que tenía por costumbre conducir, sino que no iba a permitirle tomar las riendas. Un detalle, sí, pero esperaba que revelase también algo de él.

–Me alegro de que me acompañes –le dijo para romper el silencio que se había creado tras su comentario sobre lo ostentoso de un descapotable rojo.

Su actitud se suavizó. ¿Qué sentido tenía seguir molesta con él cuando, al fin y al cabo, había sido precisamente él quien había requerido su compañía? Lo miró. Estaba leyendo la lista de la compra con el ceño fruncido.

–No querría tener que preguntar en la tienda dónde está todo esto. Co... mi... no –leyó.

–¿Comino?

–¿Qué es?

–Una especia.

Mac se rascó la frente.

–¿Lo ves? Yo creía que era un producto de higiene femenina.

–¡Mac, eres la pera! ¿Cómo se te ocurre decir eso?

–¿Y tú por qué te ríes?

–Tengo los dientes apretados. No es una sonrisa. No me gustan los comentarios de mal gusto.

–Hablas como si acabaras de salir de una escuela para señoritas. No te tomes la vida tan en serio, Lucy. Se acaba en un abrir y cerrar de ojos.

Sus palabras le molestaron doblemente porque era lo mismo que se había dicho ella un momento antes.

Capítulo 6

–Esto está como siempre –dijo Mac cuando entraron en el pueblo por Lakeshore Drive. Flanqueaban la calle hermosas casas victorianas que desembocaban en un arco de madera que marcaba el inicio de Main Street.

La casa de Lucy quedaba a tres kilómetros y a un mundo de distancia de Lindstrom Beach. A un lado de Main Street se sucedían comercios, tiendas de antigüedades y heladerías, y allí se podían alquilar bicicletas y motos. De las antiguas farolas colgaban cestas rebosantes de petunias. Al otro, un bosque de álamos de Virginia rodeaban el parque, y bajo sus ramas se habían colocado mesas de picnic para disfrutar de su sombra y sobre la arena que se extendía hasta la orilla del lago.

–Tan encantador como siempre –corrigió ella.

–Adormilado. No. Agotado, mejor.

Las tiendas abrían por la tarde durante el verano, pero en aquel momento estaban cerradas, los toldos de brillantes colores recogidos, las mesas y las sillas de las terrazas apiladas contra las paredes. Había dos adolescentes sentados a una de las mesas de picnic. Seguro que los dos llevaban camisas de Wild Side.

Dejaron atrás el centro del pueblo. La carretera cortaba en dos una zona residencial. Lucy adoraba aquel pequeño pueblo, fundado por su abuelo. Aquella parte tenía hermosos bulevares sombreados por árboles añejos, y en ella se mezclaban casas habitadas todo el año y encantadoras residencias de verano.

Bajo las altas copas, a la luz del atardecer, los chicos habían colocado redes y jugaban al hockey en la calle, y se oyó el grito de «¡coche!» antes de que corrieran a quitar las porterías.

–Seguro que eso no lo ves en la ciudad.

–¿Lo ves? Sigues creyendo en los cuentos de hadas.

–No creo que sea tan cuento –se defendió–. Esta ciudad, mi casa, el lago, me dan la sensación de estar rodeada por una especie de santuario. Me dan seguridad. De cosas que no cambian.

En unas semanas, en cuanto la primavera se fundiera con el verano, el lago cobraría vida. La playa de Main Street, que Lucy podía ver desde su pantalán, aparecería salpicada de sombrillas de brillantes colores, generaciones reunidas para disfrutar: bebés rollizos con sombrero llenando cubos de arena, madres untando de protección solar a sus hijos y ofreciendo patatas fritas y refrescos, abuelas y abuelos adormilados a la sombra, o pasando perezosamente las páginas de un libro.

–Yo tampoco cambio. Sigo tan incorregible como siempre.

–¿Es que nunca estás serio?

–No veo para qué.

–Me encanta este pueblo –recondujo la conversación–. ¿A quién no le gustaría?

Añadido al encanto que tenía en sí Lindstrom Beach, Lucy tenía su propio sueño,

tejido en la trama de la paz, la belleza y los valores de aquel pueblo. Era allí donde su sueño debía florecer, pensara lo que pensara Claudia Johnson.

–¿A quién podría no gustarle?

–Lo mucho o lo poco que te guste Lindstrom Beach depende de tu pedigrí.

–Eso no es cierto.

–Mira quién habla. La que tiene el pedigrí adecuado. No tienes ni idea de lo que es ser un chaval del otro lado de la calle en Lindstrom Beach.

–Es posible, pero desde luego no fue porque no se intentara.

De pronto el dolor volvió a palpar fresco entre ellos, como si se tratara de una piel frágil que se hubiera quemado poco antes. Tenía razón. No tenía sentido ponerse tan serio.

Si pudiera habría dejado las cosas tal y como estaban, viviendo tan contenta en la mentira de haberlo superado todo: el verano que había pasado queriendo a Mac, que en realidad no había sido más que el loco enamoramiento de una mujer que seguía siendo una muchacha aún. Al fin y al cabo, solo tenía diecisiete años. Y su paseo por el lado salvaje había sido un error, cuyas repercusiones habían deshecho la tan cacareada estabilidad de su familia. Y además, estaba aquel lugar en lo alto de una loma que quedaba detrás de la casa, a la sombra de pinos centenarios, un lugar al que ella solía ir y que le recordaba hasta qué punto se había equivocado.

«Ya basta», le dijo una voz dentro de su cabeza. Pero no estaba segura de ser capaz de dejarlo.

–Tu casa estaba junto a la mía, y no al otro lado del mundo.

Pero detrás de esa reprimenda, ¿seguía esperando poder sacar algo de él? ¿Ser capaz de lograr lo que no había conseguido tiempo atrás? ¿Averiguar quién era en realidad, qué había detrás de la fachada de incorregible que mostraba al mundo?

–No se trata de ninguna división física. Tu padre detestaba la casa de Mama más que si hubiera sido una chabola de pescadores. Y todavía más que llevara a ella chavales de antecedentes cuestionables. Pero fracasó en dos de sus propósitos: no consiguió cerrarle el garito a Mama, ni tampoco logró presionarla lo suficiente para que decidiera largarse.

Mac no lo sabía, pero al final incluso su hija había acabado siendo uno de sus fracasos.

–Pero, al parecer, Claudia Johnson, de soltera Mitchell-Franks, ha recogido el testigo –añadió con sequedad, pero al instante sonrió, como si nada de todo aquello le importase–. Creo que deberíamos asistir a su guateque el viernes por la noche en el club náutico.

Al ver su sonrisa supo que no había logrado hacer blanco bajo su línea de flotación. Una vez más. Ni siquiera debería haberlo intentado.

–No asistiría ni aunque mi vida dependiera de ello.

–¿Ah, no? ¿Por qué?

–En primer lugar, no me han invitado.

–¿Es que tienen que invitarte?

Sintió un escalofrío. ¿Sería posible que Mac no hubiera creído necesario invitarla a marcharse de allí con él cuando lo hizo, años atrás? ¿Habría pensado quizás que, si quería ir, simplemente habría tomado la iniciativa de hacerlo?

No quería pensar más en aquel tiempo. No quería seguir ahondando en lo que podría haber sido.

–Pues sí, necesito que me inviten.

–Pero si tu abuelo fue quien lo construyó.

–No renové mi carné de socia cuando volví.

–¿Vas a dejar que Claudia te haga el feo? Yo iría solo por molestarla. Sería divertido.

–Pues presentarme en un sitio donde no se me quiere no es precisamente mi idea de pasar un buen rato.

–Me parece que tengo mucho que enseñarte –dijo–. Ah, ya hemos llegado. Abierto a las... –miró el reloj– ¡siete y media! Dios bendito –y abriendo los ojos de par en par para simular horror, añadió en voz baja–: ¡Lucy! No irás a decirme que también abren los domingos, ¿no?

–Pues sí.

–Seguro que alguien firmó una petición para que se cerrara a las cinco, porque hacer la compra a esas horas de la noche no puede ser bueno para el pueblo. Arruinaría a los otros negocios, obligaría a cerrar a las iglesias, corrompería a los niños.

Ella suspiró.

–Pues sí que la hubo.

Bajaron del coche.

–Anda, Lucy, vamos a buscar los cominos. Y para divertirnos, tenemos que comprar una cosa de la que ninguno de los dos haya oído hablar.

–¿Quieres dejar de pronunciar la palabra «divertirse» constantemente, como si yo no supiera lo que significa? Estamos en Lindstrom Beach, y no creo que en el supermercado encuentres una sola cosa de la que no hayas oído hablar.

–Te equivocas, porque nunca había oído hablar de «cominos». ¿Quieres que apostemos? Si encuentro algo de lo que no hayamos oído hablar nunca, tendrás que comértelo, sea lo que sea –la desafió.

–¿Y si no?

–Elige tú algo que yo tenga que comerme.

Aquello era una tontería de marca mayor, pero lo cierto es que parecía que podía ser divertido.

–Vale. Te voy a comprar huevos encurtidos.

–¿Todavía te acuerdas de que los detesto?

Por desgracia se acordaba de todo.

Y de pronto volvió a aparecer entre ellos su historia. Una tarde de remar, una

merienda en una playa virgen en la orilla más alejada del lago. Ella colocando sobre un mantel el picnic que había preparado con esmero: cesta, manta, platos, pollo frío y bebidas. Y el tarro con los huevos. De perdiz, robados de la despensa de su madre, siempre bien provista.

Le hizo probar uno, y él montó todo un numerito de lo horribles que le parecían. De hecho, hizo una pantomima en la que se ahogaba que dejó en mantillas a la que ella había hecho el día de antes con Claudia.

–No me preocupa tener que comérmelos –dijo–. Soy demasiado competitivo. Encontraré algo de lo que nunca hayas oído hablar. A diferencia de ti, que eres bajita, soy lo bastante alto para ver lo que guardan en los estantes más altos.

Soltaron un carrito del grupo y Lucy sintió la tentación de quitarle la lista de las manos y hacer la compra como tenía por costumbre. Pero insuflar algo de diversión en las tareas diarias lograría que, después, la vida cotidiana pareciera muy tediosa. ¿Y con Mac? Con él, más aún, porque era un hombre inquieto que nunca podría ser feliz en un lugar como aquel.

–Aquí hay una cosa nueva –dijo nada más llegar al primer pasillo–. Pan sasquatch. ¿En serio?

–Lo hacen en una panadería local. Es el favorito de Mama.

–Entonces nos llevaremos un poco. ¿Y esto? –preguntó, mostrándole una caja–. *Chapelure de blé*.

–¿Qué?

–Lo sabía. No llevamos aquí ni treinta segundos y ya te he ganado.

Lucy examinó el envase.

–Estás leyéndolo en francés. Son migas de pan.

–Nadie como los franceses para conseguir que las migas de pan suenen como algo romántico. Nos las llevamos también. Quién sabe cuándo podemos necesitar unas románticas migas de pan.

No debería estar hablando de romanticismos con Mac, pero es que era difícil resistirse a él. Incluso quienes no lo conocían lo encontraban irresistible. No le había pasado desapercibida la mirada de una madre con un bebé en su carrito junto a la que habían pasado, o la descarada sonrisa de una mujer de piernas largas con unos vaqueros cortos.

Pero daba la impresión de que todo su mundo era solo ella, y tanta atención resultaba intoxicante. No parecía darse cuenta de que existían más mujeres.

Más le valía estar preparada contra él.

Pero aun conociendo la intensidad de su encanto, hacer las cosas más triviales con él, como ir a la compra, resultaba... ¡divertido! Lo veía recorrer la tienda en busca de las cosas más raras, soplando el polvo a los botes más escondidos en las estanterías de arriba.

Lo más curioso de todo era pensar que en aquel supermercado en el que estaba descubriendo un mundo nuevo ella había estado ya cientos de veces.

–¡Lo tengo! –exclamó, mostrándole un tarro grande–. ¡De esto no has oído hablar en tu vida!

–Piruletas de pepinillo relleno. ¡Puaj!

–¡Te pillé!

Compró el bote más grande que había antes de seguir buscando los artículos de la lista, aparte de los ingredientes que les parecieron indispensables para la noche de cine: palomitas, licor rojo y uvas recubiertas de chocolate.

–Preferiría comerme las migas de pan.

–Entonces no deberías haber dicho que sabías lo que era. Esto por los huevos en conserva de hace tantos años –sentenció mientras cargaba lo que habían comprado, la mayoría cosas que no estaban en la lista y casi inservibles, en el maletero del coche.

En la tienda de alquiler de películas también pasaron un buen rato peleando por el título que iban a llevarse. Se había olvidado por completo de lo fácil que era estar con él.

Siempre les había sorprendido a ambos lo buenos amigos que se habían hecho en tan poco tiempo. Creían ser muy diferentes y, sin embargo, se hacían reír. Pensaban que sus mundos distaban kilómetros, pero en realidad se sentían muy cómodos en el mundo nuevo que creaban entre los dos.

Al final, tras mucho tira y afloja, se decidieron por una comedia romántica.

Cuando volvieron, a Lucy no se le pasó por la cabeza quedarse en su casa y no ir a la de Mama a ver la película y tomar una porción de tarta.

El strudel resultó excelente, la película un petardo, y Mama se levantó del sofá mucho antes de que acabara y se fue a la cama.

De pronto estaban solos, y ya era demasiado tarde cuando Lucy recordó qué otra cosa fluía con suma facilidad entre ellos.

Tiempo atrás, habían explorado qué era lo que cargaba de tal manera el aire entre ellos. Ella, sintiéndose culpable; él, con intensidad; los dos, con una increíble sensación de descubrimiento. El recuerdo le hizo temblar.

Lo tenía tan cerca que su olor le saturaba los sentidos. Si movía la mano, podría tocar su brazo.

–Tengo que irme –dijo, levantándose de golpe.

–¿Tienes algo urgente que hacer? ¿Darle de comer a los peces? ¿Hacer otra prueba de pintura en la fachada?

–Algo así.

–No te olvides de que estás en deuda conmigo. Tienes que comerme el pepinillo.

Ella hizo una mueca.

–Voy a tener pesadillas, pero en fin... una apuesta es una apuesta.

–Pues sí, pero te indulto por esta noche. Me gusta que estés endeudada conmigo.

Insistió en acompañarla hasta su casa, y cuando caminaban sobre la hierba totalmente a oscuras, se escuchó el canto del colimbo posado sobre las aguas del lago, y ambos se detuvieron a escuchar su música inolvidable.

–He visto a Mama muy cansada esta noche –comentó Lucy mientras seguían allí de pie–. Nunca se deja una película sin terminar. Dice que hay que darles la oportunidad de redimirse.

–A las personas, a las películas... siempre está dispuesta a ofrecer una segunda oportunidad. Lo que me preocupa es que se esté cansando demasiado de tanto cocinar para mí. Le he dicho que pare, pero no me hace caso.

–A mí lo que me preocupa es que precisamente no sea cocinar lo que la esté cansando.

–Ya.

Qué bien sentaba tener con quién compartir las preocupaciones.

–¿Te ha dicho algo? ¿Te ha hablado de su salud?

–No. He intentado tirarle de la lengua, pero no suelta prenda. Mientras estaba arreglando el baño, he mirado en el botiquín. Había un frasco, pero como no tiene Internet, no he podido mirar para qué es.

–Yo sí puedo.

–Lo sé, pero es que no me siento bien haciéndolo. Es como si la estuviera espionando, así que he decidido quedarme por aquí e irle arreglando la casa mientras espero a que me diga algo.

Mac se paró en el porche.

–Buenas noches, Lucy.

–Mac.

De pronto tuvo la sensación de que estaba muy lejos de su intención de demostrarse que ya no tenía poder alguno sobre ella.

De hecho, tenía la sensación de que, con él, lo ordinario se volvía extraordinario. Como si hubiera estado dormida y él la hubiera despertado con el palpito de la vida.

La luz de la luna y el canto de los colimbos la habían envuelto en su hechizo, y sin pensar, se acercó a él. Tenía que saberlo. Se puso de puntillas. Tenía que saber si era el mismo.

No es que supiera por qué esa necesidad de conocer la respuesta. Quizás porque él la consideraba demasiado predecible, desde el coche que conducía, pasando por su lealtad hacia el pueblo en el que vivía y hasta llegar a la falta de diversión que había en su vida.

Había besado a otros hombres desde entonces. Ahora tenía con qué comparar, a diferencia de entonces. Ya no sería tan fácil deslumbrarla, una virgen cuya única experiencia con los besos se limitaba al juego de la botella en las fiestas.

O quizás tenía algo que demostrarse a sí misma.

Que podía tener el poder. Que no necesitaba que fueran otros los que la empujaran.

Fuera cual fuese su intención, quedó perdida en el instante mismo en que sus labios se rozaron. Mac gimió y la abrazó contra su cuerpo, rendido a ella y haciéndola suya al mismo tiempo.

Oh, no... era exactamente igual que había sido siempre.

Nunca lo había experimentado así antes, ni tampoco después. Y sin duda había estado ausente en su relación con el hombre con el que había estado a punto de casarse.

Ay, Dios... ¿habría elegido a James precisamente porque no le hacía sentirse así? ¡Ahora comprendía perfectamente que hubiera ido a buscar la pasión en otra parte!

Cuando la boca de Mac se posó en la suya fue como si el mundo se derritiera, como si las estrellas comenzasen a bailar en el cielo oscuro, girando cada vez más rápido hasta que se desintegraran, fundiéndose y formando un todo único: estrellas, cielo, colimbos, el lago, ella, Mac. Una corriente de energía tan intensa como solo podía ser la misma vida.

¿Cómo era posible que hubiera logrado convencerse de que podía vivir sin ello?

–Maldita sea –murmuró, separándose de él inmediatamente.

–Vaya. No es la reacción que suelen tener las mujeres cuando las beso.

¿Lo haría con frecuencia? ¡Pues claro! ¡No había más que mirarlo!

–Qué machote –replicó, intentando esconder lo alterada que estaba.

–Tengo la impresión de que, si hubiéramos estado en el pantalán, habría acabado otra vez en el agua. ¿Por qué estás tan enfadada conmigo, Lucy Lin?

–¡No estoy enfadada!

Y era cierto. En realidad, ese era el problema: que no estaba enfadada con él. Le encantaba que la estuviera haciendo reír, consiguiendo que las cosas corrientes parecieran divertidas, y llevando entre ambos la carga de Mama.

Le gustaba el sabor de su boca y su modo de abrazarla, que le hacía sentir como quien vuelve a casa después de haber pasado demasiado tiempo lejos.

Le gustaba cómo lo habían mirado las mujeres en el supermercado. Confirmaba lo que ella siempre había sabido: que Mac Hudson era el tío más guapo sobre la faz de la Tierra.

Y se odiaba a sí misma por estar sintiendo todas esas cosas. Se odiaba por sentir que su vida estaba vacía y carecía de pasión, a pesar de todas sus buenas causas.

Entró en casa y cerró la puerta.

Cuando Mac volvió a su casa, Mama estaba levantada viendo el final de la película.

–¿No estabas cansada?

–A mi edad, estar cansada no es sinónimo de poder dormir, y he pensado que a lo mejor la peli se redimía.

–¿Y lo ha hecho?

–No. ¿Qué tiene de divertido ver cómo la gente se trata tan mal?

–No lo sé, Mama –contestó, sentándose a su lado.

Mama apagó la televisión.

–¿Qué pasa, *schatz*?

–Mama, ¿alguna vez te he dicho que te quiero?

–Pues claro –contestó sin dudar–. Y no solo con palabras. Con lo ocupado que estás, has sacado tiempo para venir a ayudarme. ¿Qué es eso sino amor?

–Es una pena que no todas las mujeres sean tan listas como tú.

–Cuando tengas tantas arrugas como yo, serás sabio.

–Pues yo te veo la mar de guapa.

–¿Lo ves? ¿Qué es eso sino amor?

–Estoy preocupado por ti, Mama. Vives aquí sola, y esta casa empieza a ser demasiado para ti. Me preocupa que puedas estar enferma y no se lo digas a nadie.

–Eso está bien, hijo. Que te preocupes por otra persona. Significa que no piensas solo en ti.

Era difícil sentirse ofendido por algo que era cierto. Su vida era puro hedonismo, autoindulgencia. Su negocio le permitía viajar por todo el mundo, coleccionar todos los juguetes. Buscar un nivel cada vez más alto de aventura para sentirse lleno, al menos durante un tiempo. Su falta de compromiso le hacía responsable únicamente de sí mismo.

Cuando empezaba a sentirse vagamente vacío, se lanzaba a su siguiente carrera con la esperanza de encontrar lo que por fin le hiciera sentirse pleno.

–Cuando sientes dolor, tienes que hacer algo por otra persona.

–Puedo construirte una casa nueva.

–¿Eso haría que te sintieras mejor?

–¿Es que no te gustaría?

–Tener más de lo que se necesita, es otra forma de robar.

Ya. ¿No había dicho Lucy algo parecido? Sobre los coches. Que consumía más de lo que le correspondía de los recursos naturales del planeta.

–La gente no hace más que llenar sus vidas de cosas y más cosas. ¿Qué es lo que quieren calmar con eso?

–La soledad, quizás –respondió casi sin pensar–. Sentirse menos solos – reflexionó, sorprendido.

–Para no sentirse solos, hay que hacer algo por los demás.

–Yo lo estoy haciendo. Quiero hacer algo por ti.

–Deberías hacer algo por Lucy.

¿No era eso lo que había decidido? Pero el beso lo había cambiado todo.

–Creo que está enfadada conmigo.

–¿Y eso te detiene? ¿Solo eres capaz de ofrecer tu mano si vas a llevarte algo a cambio? ¿Por qué está enfadada contigo?

–No lo sé. Bueno, ya sabes que tuvimos algo el verano antes de que yo me marchara. Yo sabía que no podía venirse conmigo. Ella tenía su vida aquí, y las semanas que estuvo conmigo la indispusieron con sus amigos y con su familia. Su padre le amenazó con hacer que me detuvieran, de tan cabreado como estaba. Los dos

éramos jóvenes y estúpidos. ¿Cómo iba a poder funcionar?

Mama guardó silencio, y al rato dijo:

–La dejaste para que pudiera seguir con la única forma de vida que había conocido. A lo mejor eso fue amor, ¿no, *schatz*?

Inesperadamente le cegó una imagen de cómo había sido estar con Lucy. Despertarse con una sonrisa en los labios, necesitando estar con ella, sintiendo un fuego interior que era la sensación de estar vivo.

–No estoy seguro de ser capaz de tanta nobleza –suspiró–. Quería de mí más de lo que yo podía dar.

–Ah.

–A lo mejor no es conmigo con quien está enfadado. Me parece que su prometido se le ha llevado un buen mordisco de autoestima. Y sé también que algo pasa con sus amigos de siempre. Me molesta que esa idiota de Claudia Johnson se crea mejor que ella.

–No. Lo que te molesta es que Lucy le permita hacérselo saber.

Se le estaba poniendo dolor de cabeza. Todo aquello era demasiado hondo y complicado para un tío como él.

–Antes no me has contestado, Mama. ¿Estás enferma? –le preguntó, y aún se atrevió a más, a pesar de la angustia que le provocaron sus propias palabras–. ¿Vas a morirte, Mama?

–Sí, *schatz*. Más tarde o más temprano, todos morimos. Desde el momento en que nacemos, nos encaminamos hacia nuestro final. ¿Por qué todo el mundo se sorprende tanto cuando llega ese momento? ¿Por qué todo el mundo malgasta tanto tiempo, como si fuera algo infinito, cuando es la más finita de todas las cosas?

–No lo sé.

–Haz algo bueno por Lucy. Te sentirás mejor. Y envíale una tarjeta a tu madre.

Capítulo 7

LUCY estaba sentada en el pantalán trabajando en el portátil. Su madre le había enviado un correo desde África con una fotografía adjunta. Parecía feliz. No iba bien peinada y el sol le había achicharrado un poco la piel. Lo del pelo era llamativo, porque no la recordaba despeinada, y de ella nunca habría dicho que fuera una persona feliz.

Tenía varios mensajes más en la bandeja de entrada, dos más de gente del instituto que le decía que no, que no iba a poder asistir a la gala.

–¡Eh, Lucy Lin! –Mac estaba al otro lado del pantalán, mirándola entre las tablas de la barandilla. Habían pasado varios días sin verse—. ¿Hablas sola?

Menos mal que aquella vez no estaba en pijama.

El corazón se le aceleró y las mejillas se le arrebolaron al comprobar, una vez más, lo increíblemente guapo que era. Y sexy.

Mac no esperó a que le contestara.

–No has hecho muchos progresos con la pintura.

–Es que ya no estoy segura de querer ese color –respondió un poco de mala gana.

–Ven a ver lo que he encontrado en el cobertizo de Mama.

Lo que llevaba, que podía ser cualquier cosa, desde una serpiente a una tabla de lavar, era la estructura de un tándem. En su origen debió de ser dorado, pero ahora estaba lleno de herrumbre. Los asientos estaban resquebrajados.

–Si prometes no besarme, te llevo a dar un paseo.

–Vamos a dejar una cosa clara: yo no te besé porque te encontrase atractivo.

–¡Oye! ¡Eso ha sido una maldad por tu parte!

–No es que no lo seas...

¡Dios! Se estaba metiendo en un berenjenal.

–Te besé para darte las gracias por preocuparte tanto por Mama.

–Vale, pues me alegro de que lo hayas aclarado. Vámonos a dar un paseo.

Lo miró a él. Miró la bici. Había aclarado lo del beso. Bueno, en realidad no, pero él había aceptado su explicación. Hacía un día precioso, y el paseo era un regalo inesperado.

«Estás cediendo a la tentación».

–No.

–Mira, princesa, tú eliges: la bici o los pepinillos.

Sonrió a su pesar. Hubo un tiempo en el que, durante varias semanas, tuvo la sensación de que Macintyre Hudson era su mejor amigo. Podía decirle cualquier cosa, ser ella misma con él, siempre. En muchos sentidos era como si con él hubiese aprendido qué era ser ella misma.

Y lo echaba de menos.

¿Podían ser amigos, sin la complicación de ser amantes? ¿Qué podía tener de

malo averiguarlo?

–Incluso llevas la ropa perfecta –añadió, sintiendo que se debilitaba–. ¿No son pantalones de montar en bici?

Pues no. Eran unos pantalones de ochenta dólares, su última adquisición antes de iniciar su programa de austeridad.

–En la tienda *online* los llamaban «capri».

–Ah, vaya. Nunca te acostarás sin saber una cosa más.

Y aunque mentalmente había ensayado montones de veces a decirle que no, tenía la impresión de que no lo había practicado lo suficiente.

Además, estaba en posesión de un tándem, y ella no estaba de humor para pepinillos. Y encima llevaba puesto un pantalón de ochenta dólares que parecía perfecto para montar en bici. Sería una pena no probarlos, ¿no?

Bajó del pantalán y empujaron la bici, que pesaba como un muerto, cuesta arriba hasta Lakeshore Drive.

–Sube.

Mac ocupó el puesto de delante.

–¿Se puede saber por qué tienes tú que ir delante? –protestó, cruzándose de brazos.

–Pues porque es donde hay que hacer más fuerza.

–Y donde están los frenos y la dirección. Lo que tú quieres es tener el control.

–¡Tú eres la que lo quiere!

–Podría ser.

Mac suspiró.

–Hala, para ti el primer puesto. Hasta vas a poder tocar el timbre –dijo, accionando un timbre viejo y oxidado.

Los dos se montaron y, tras varias intentonas, consiguieron ponerse en movimiento.

Tenía la sensación de ir cargando con él, porque aunque el manillar del asiento de atrás era fijo, él intentaba girar, de modo que la bici temblaba amenazando con caerse.

–¡No intentes girar!

–Es que no puedo evitarlo.

–¿Vas dando pedales?

–Con todas mis fuerzas. Toca el timbre y saluda, que vamos a pasar al lado de tu vecina.

Lucy se rio, tocó el timbre y saludó con la mano. El tándem se desvió un poco y él intentó corregirlo con su manillar, con lo que estuvieron a punto de volcar. La señora Feldman levantó la vista y, ajena a los problemas que estaban teniendo con la bici, sonrió y saludó con la mano.

Dejaron atrás casas con nombre propio en placas colocadas a la entrada: *Bide Awhile*, *Casa Costillota*, *The Cliff House*, *Eagle's Rest*... a veces se podía ver la casa

desde la carretera; otras, solo extensiones de césped, árboles, el lago, alguna pista de tenis o alguna piscina.

Si se lo hubieran preguntado, Lucy habría dicho que Lakeshore Drive era llana, pero ahora que la estaba recorriendo a golpe de pedal, le estaba quedando bien claro que el recorrido hasta el pueblo ascendía.

Se estaba quedando sin resuello.

–Soy una bocazas.

–¿Te cambio el sitio?

Se lo cambió encantada.

–Hay que fastidiarse. A ti te ha tocado la parte fácil –se quejó. La carretera había empezado a tener una leve inclinación hacia abajo.

–¡Mira! ¡Sin manos!

–Sujeta la bici, haz el favor.

–No. Suéltala tú también. ¡Vamos, Lucy, vuela!

Y lo hizo, gritando como una loca cuando sintió que bajaban a toda velocidad, los brazos abiertos en cruz y la cara mirando al cielo.

–Un poco más despacio –dijo cuando los dos volvieron a poner las manos en el manillar. Se acercaba el final de la colina y la carretera giraba abruptamente a la derecha.

–¿Crees que no lo estoy intentando?

Se inclinó hacia delante y horrorizada pudo verle apretar las manillas del freno con todas sus fuerzas.

–¡Prueba a pedalear hacia atrás!

Mac lo hizo, y ella también. La bicicleta no aminoró la marcha. Se acercaban a la última curva antes de Lindstrom Beach.

Mac bajó los pies al suelo para intentar frenar, y Lucy temió que pudiera partirse una pierna. Lo que consiguieron sus pies fue alterar la dirección de la bicicleta, y mientras la carretera describía una curva a la derecha, el tándem lo hizo a la izquierda.

Abandonaron el asfalto y entraron en una zona de helechos. Lucy salió despedida hacia él y juntos cayeron sobre las plantas, ella encima de él y la bici encima de ella.

Mac puso una mano con indecible ternura sobre su mejilla para preguntarle:

–¿Estás bien, Lucy Lin? –le preguntó con tanta delicadeza que Lucy sintió que el corazón se le encogía.

–Sí, estoy bien. No lo he estado desde hace mucho tiempo, pero ahora me siento bien.

–Me alegro. Es perfecto. ¿Te había dicho dónde íbamos antes de que nos interrumpieran con tanta brusquedad?

–Creía que solo íbamos a dar una vuelta.

Apartó la bici, Lucy se incorporó y se levantó. Sus pantalones no iban a sobrevivir a la experiencia: tenía una mancha oscura en una pierna, seguramente de

aceite, y un restregón de hierba en la otra.

–La verdad es que no. Íbamos a tomar un cóctel en el club náutico.

Ella lo miró. Debía de estar de broma.

–Hay que ir vestidos.

–Estamos vestidos –respondió, inspeccionando la bici.

–No me refiero a eso.

–Claudia tuvo la ocasión de aclarar las cosas y no lo ha hecho, así que o vamos vestidos así o desnudos. Tú eliges.

–No pienso ir. Me he desollado la rodilla y tengo el pelo lleno de hojas.

Puso la bici en pie, le quitó las hojas del pelo y agachándose le besó la rodilla.

–Sí que vas a ir.

–Se me han ensuciado los pantalones por delante.

–Por delante y por detrás.

–¡No pienso ir así! ¿Qué iban a pensar de mí?

–¿Y a ti qué te importa lo que piensen?

–Preferiría que no me importase, pero no es así, ¿vale? Por ahora, ninguno de ellos me ha dicho que vaya a asistir a la gala.

–¿Por qué no?

–Nunca les ha gustado Mama. Mi padre puso la primera piedra de todo eso hace años. Sobre el papel, todos quieren hacer el bien, pero no en el patio de su casa.

–Por eso precisamente quiero yo asistir al cóctel de hoy.

–Pero yo no.

–Vamos a ir. Y tú vas a entrar en esa sala como una reina. ¿Me entiendes?

–No quiero ir.

–En la vida siempre hay que hacer cosas que no se quieren hacer, así que vas a ir.

Inesperadamente Lucy supo que, estando a su lado, podría hacer cualquier cosa que le pidiera. Iría. Y con la cabeza bien alta.

Suspiró.

–Me gusta cuando te pones tan mandón.

–¿Ah, sí? Tengo que probar con más frecuencia. Vamos, a la bici.

Y así, sin más, se dirigía hacia el lugar que llevaba tanto tiempo temiendo. Pero sin sentir temor alguno.

Avanzaron con su temblorosa bicicleta hecha para dos. Lucy la habría dejado en la puerta de atrás, pero Mac era el que tenía el control, y había decidido tomar el camino que llevaba tras varias curvas a la puerta principal frente al lago. Ya había unas cuantas personas bien vestidas disfrutando de la terraza.

Hubo una sonora pausa en la conversación mientras dejaban la bicicleta.

Mac le pasó un brazo por los hombros mientras subían las escaleras, y ella se volvió a mirarlo.

Sonreía.

Y si no lo conociera bien, esa sonrisa podía tener el efecto de un hechizo.

Saludó quedamente a las personas congregadas en la terraza y respirando hondo, con Mac a su lado, entró en el club.

–¡Macintyre Hudson! –graznó Claudia, por si acaso alguien no lo había reconocido–. Cuánto me alegro de que hayas venido. Mirad, chicos... –anunció, colgándose de su brazo–, ¡Mac ha vuelto!

Si le importaba ir en pantalón corto cuando el resto de hombres llevaban americana y pantalón de vestir, no dio muestras de ello.

Como siempre, se comportaba como si fuera un rey.

Y ella hizo lo mismo. Claudia la ignoraba ostensiblemente, y ella la imitó.

–¡Ellen! –exclamó al ver una cara conocida–. Hacía años que no te veía. ¿Qué es eso que he oído de que no te gusta el color con el que voy a pintar la fachada?

–¿No te gusta, Ellen? –le preguntó su marido, Norman–. A mí, sí.

Claudia apretó los dientes.

–Déjame traerte algo de beber, Mac.

–Limonada, por favor. ¿Y tú, Lucy?

–Lo mismo –sonrió. ¡Había forzado a Claudia a que le llevara una copa!

Mac le guiñó un ojo.

De pronto, entre aquella gente que antes era su amiga, se sintió despreocupada. ¿Se habría golpeado la cabeza al caer de la bici? Todas aquellas personas habían sido amigas suyas tiempo atrás. Las chicas que conocía desde el jardín de infancia habían dejado de llamarla. Incluso cambiaban de acera cuando la veían.

Pero inesperadamente había dejado de importarle. ¿Por qué no había intentado llamarlas? ¿Cuándo se había olvidado de quién era?

Todas parecían tan estiradas... La atmósfera en aquella habitación resultaba asfixiante y aburrida, y recordó la pregunta que le había hecho Mac: ¿qué haces para divertirte?

–¿Por qué estamos todos aquí metidos? –preguntó–. Hace un día precioso. Mac y yo hemos traído una bici para dos.

La gente la miraba. ¡Bien!

–¿Alguien quiere probarla?

Silencio. Era obvio que ninguno de los presentes iba vestido para andar en bicicleta, pero aun así ¿cómo era posible que fueran tan jóvenes y tan rancios? ¿Dónde estaban sus hijos? ¿Es que no les gustaba estar con ellos? Eso les hacía casi dignos de lástima.

Sintió que su determinación crecía. No de cambiarles a ellos, sino de no esconderse ella. Ya no.

–Habrá un premio. ¡Es más difícil de lo que parece!

Silencio aún. ¡Iban a rechazarla, y no le importaba, y la libertad que estaba sintiendo con esa certeza era increíble!

–El premio es una entrada más para la Gala del Día de la Madre. Me quedan unas cuantas.

Algunos parecían incómodos.

—A lo mejor añado un alquiler gratis de una de mis canoas para una tarde. Es mucho más romántico que esas lanchas a motor. Es decir, si puedo mantener abierto mi negocio.

Estaba disfrutando como una loca...

—¡No dejéis pasar la oportunidad! Mac os cantará esa conocida canción sobre una bicicleta para dos mientras montáis.

Vio que Mac la miraba fijamente, pero que también sonreía.

—¡A eso sí que no puedo resistirme! —exclamó la tímida Beth Adams, que siempre le había caído bien—. Yo quiero probar —y tras darle a Lucy un largo abrazo, le dijo en voz baja—: Cuánto me alegro de verte.

Sus palabras le sonaron tan sinceras que las lágrimas le escocieron en los ojos.

Fue como si se hubiera roto una presa. La gente comenzó a acercarse a abrazarla, a estrechar la mano de Mac, a decirles lo mucho que se alegraban de verlos.

El grupo se trasladó al césped, todos esperando ver a Beth subida a la bici. La joven se quitó los zapatos y se subió la falda, Lucy ocupó el asiento de atrás y jaleadas por las risas de los espectadores tomaron el camino.

—¡Canta! —le gritó a Mac.

Y él obedeció.

—Toca el timbre —le dijo a Beth cuando giraban al final del camino para volver hacia donde les esperaban—. No vayas muy deprisa, que los frenos no funcionan.

Y Beth hizo sonar el timbre mientras Mac seguía cantando.

Por el modo en que la miraba tuvo la sensación de que casi cantaba para ella. Parecía sentirse tan orgulloso.

Beth llamó a su hermana Prue para que probase con ella, y Prue se descalzó a toda prisa.

Mac empezó de nuevo con la canción y Lucy lo siguió.

¡Todo el mundo cantaba! Y sin dejar de reír, iban probando la bici. Primero, mujeres. A continuación, parejas.

Parecía que todo el mundo tenía que dar una vuelta.

Mac estaba disfrutando de la limonada que les había traído a Lucy y a él la mismísima Claudia, enfurruñada como nadie. Era un alivio estar de nuevo al aire libre.

El club náutico le había sorprendido. Antes era el lugar que indicaba que lo habías conseguido, que formabas parte de las familias exclusivas y poderosas de Lindstrom Beach. Nunca le habían invitado a visitarlo mientras vivió allí, ni había asistido a las funciones de entrada libre.

Y ahora, pasados los años, él había estado en lugares que de verdad eran exclusivos, y en comparación, el Club Náutico de Lindstrom Beach parecía un tres

intentando ser un nueve. Estaba alfombrado, siempre una mala idea en un lugar tan cerca del agua, los paneles de la pared eran demasiado oscuros y los cuadros, téticos.

Había un buen montón de gente con la que él había ido al colegio, algunos casi igual que entonces, otros bastante peor. La mayoría habían llegado en los potentes barcos de motor amarrados al pantalán, y la mayoría de las mujeres iban muy vestidas. Debían de haber aprovechado la ocasión de lucir sus caros modelitos de cóctel que de otro modo no tendrían oportunidad de ponerse.

Billy Johnson había envejecido mal, lucía uno de esos peinados cortinilla para ocultar la calva y había echado tripa.

Lucy estaba, por fin, tal y como él la recordaba: en el corazón de todo, animando a todo el mundo a divertirse. Con sus pantalones manchados, la camiseta sin mangas y una rodilla sucia de barro, parecía una reina.

Le encantaba presenciar cómo había logrado que todo el mundo se subiera a esa bici, y que todos cantasen esa canción mientras ella movía los brazos como si fuera un director de orquesta.

Claudia, a su lado, parecía hervir a fuego lento.

–Deberíais probar, Billy y tú.

–¿Por qué iba a hacer tal cosa? –espetó.

–¡Vamos, Claudia! –la animó Billy–. Todo el mundo lo ha probado menos nosotros. ¡Podríamos ganar el premio!

Mientras Lucy anunciaba el premio, Claudia había ido a por las bebidas, de modo que Mac tuvo que contenerse para no reír.

Aunque estaba claramente molesta, no quería estropear la diversión, y a Billy aún le quedaba algún resto de sangre de capitán del equipo de fútbol. O quizás, demasiadas copas, porque mientras los demás habían subido por el camino hasta el aparcamiento, él dirigió la bici hacia la rampa que la gente utilizaba para llegar hasta el agua. Una vez en lo alto, desaparecieron.

–Querrá ir hasta el pueblo –aventuró alguien.

–Pues se la van a pegar –sentenció otro.

–¡Ah, ya vuelven!

Habían dado la vuelta en la carretera. Claudia no debía haber oído lo de los frenos, y Billy llevaba demasiadas copas encima para enterarse de nada.

Cuando empezaron a descender, la gente volvió a la vieja canción. Aunque temblorosa, la bici ganó velocidad. Billy pedaleaba furioso y Claudia, con su vestido de cóctel al viento, le gritaba que fuese más despacio, mientras la gente cantaba y cantaba saludando a la pareja con sus copas de vino.

El tándem se lanzó por la rampa de cemento que se utilizaba para meter los barcos en el agua, y Mac tuvo la impresión de que Billy ni siquiera intentó frenar.

Fue el agua lo que los frenó entre espuma, con lo que Claudia saltó de su sillín y fue a parar contra él, igual que le había pasado a Lucy, y los dos aterrizaron en el agua con un enorme estruendo.

Claudia gritaba y braceaba furiosa hasta que Billy la sacó del agua. La gente se reunió alrededor de ellos. El vestido de Claudia parecía hecho de papel del baño, el pelo le colgaba en guedejas pegadas y el maquillaje se había corrido.

–¡Qué divertido! –exclamó su marido–. Lucy, ¿hemos ganado el premio?

–¡Por supuesto! –respondió la aludida, doblada por la cintura de la risa.

–¿Qué... qué premio? –balbució Claudia.

Mac no podía apartar la mirada de Lucy. Así era como la recordaba: en el centro de todo. Pero en aquel momento era todavía mejor, porque antes no había sombras en ella y ahora, que sí las había, resultaba doblemente gratificante ver cómo era capaz de espantarlas, tanto como ver salir el sol tras varias semanas de lluvias.

Una absoluta belleza.

Lo más bello que había visto jamás.

Capítulo 8

–TENGO que hacer algunos cambios en la gala –comentó Lucy, jadeando. Iba en el sillín delantero, pedaleando con todas sus fuerzas. Habían salido del club náutico y tomaban ya la última colina–. Lo había planteado todo mal. Era como si quisiera ganar su aprobación, cuando prácticamente ninguno de ellos había aceptado la invitación.

–Pues ahora van todos.

–Eso ya lo veremos. Podrían recuperar la cordura antes.

–Yo creo que han recuperado la cordura ahora.

–No quiero que sea algo soso.

–¿Como el cóctel antes de que tú llegaras?

–Exacto. Necesitamos algo más divertido para la gala. O sea, que siga siendo una cena, y ya es demasiado tarde para cambiar lo de la vestimenta de etiqueta, pero ¿qué te parecería si contratásemos a algún humorista?

–¡Lucy, calla y pedalea!

No parecía estar cansada, sino más bien lo contrario: llena de energía. ¿Qué demonios se habría desencadenado en ella?

La última cuesta abajo la hicieron andando. Ahora que había visto la llama de su luz interior, Mac se sentía obligado a avivarla, a alimentarla; y no le costó demasiado lograrlo.

Durante los días que siguieron, hizo cosas sencillas: llevar un paquete de salchichas a su casa, y unos palitos en los que ensartarlas para asarlas en un fuego que encendieron en el jardín. Luego pincharon nubes dulces, las tostaron y se las comieron hasta que notaron la cara y las manos pegajosas.

Llevó a arreglar el tándem y fueron al centro a comer helado.

Hizo que le enviaran su kayak doble y se fueron a explorar el lago.

Todo aquello estaba siendo genial, pero quería enseñarle más. Quería enseñarle un mundo más ancho que el de Lindstrom Beach. Quería enseñarle que ya no era solo aquel muchacho que una vez conoció. Que había alcanzado el éxito en otro lugar y que se movía en ese entorno cómodamente.

En algún momento se le ocurrió pensar que aquella necesidad suya no obedecía solo a su deseo de que Lucy se divirtiera, pero dado que ya sabía cómo hacerlo, no quiso plantearse la pregunta de si no se estaba metiendo en demasiadas profundidades.

–¿Señorita Lindstrom? –preguntó una voz profunda y algo distorsionada.

–¿Sí?

Estaba todavía dormida, pero decidió seguirle el juego. Eran las seis de la

mañana, y una chica podía vivir para despertar por las mañanas con el sonido de su voz, por más que intentase disfrazarla.

–Acaba de ganar un viaje a Vancouver con todos los gastos pagados. Su vuelo sale del pantalán Freda dentro de diez minutos.

El plan parecía divertido. Y excitante. ¿Cómo era posible que hubiera cambiado tanto en los últimos días?

–¡Mac!

Su voz volvió a ser la de siempre.

–¿Cómo lo has sabido?

–Porque eres la única persona que conozco que tiene un avión amarrado al pantalán de Mama. No puedo irme ahora, Mac. ¡Si apenas faltan unos días para la gala!

–Voy para allá.

Lucy suspiró. Mac iba para allá. Pasaban de una casa a la otra como si fuera la cosa más natural del mundo.

La verdad es que estaba deseando verlo. La primera vez que lo veía cada día era un momento maravilloso. Un momento maravilloso al que tenía que ponerle punto final, porque estaba jugando con fuego.

Deseaba saborearlo, abrazarse a él, besarlo. Pero no. Eso era lo que lo había destrozado todo la última vez.

Se puso la bata y fue a abrir. Mac estaba increíble, cómo no, con camisa y pantalón caqui.

–Pasas demasiado tiempo con esa bata puesta, Lucy Lin.

–Es que son las seis de la mañana.

–Bueno, entonces, ¿qué me dices? ¿Te animas a jugar?

–Uno de los dos tiene que ser responsable y adulto, ¿no? La gala...

–Esa es una de las razones para hacer el viaje.

Ella se cruzó de brazos, convencida de que la explicación no iba a servir.

–Mama se ha dado cuenta de que no es solo por el Día de la Madre, sino en su honor. Está muy impresionada de que algo que es para ella se vaya a celebrar en el club náutico.

–¡Pero si tenía que ser una sorpresa!

–Vamos, Lucy, tú sabes bien que en Lindstrom Beach no hay secretos.

Vaya si lo sabía.

–¿Se lo has dicho tú?

–No. Agnes Butterfeld. Al parecer, se le escapó. Mama piensa que es mejor que se haya enterado porque dice que no tiene nada que ponerse para una ocasión tan ostentosa.

–¿Te importaría cambiar de adjetivo? Nos haces parecer un puñado de provincianos intentando darse aires.

–Lo borro de mi vocabulario si vienes.

¿En serio? ¿Un viajecito así, de compras, a la gran ciudad? ¿Cómo iba a decir que no? Pero era divertido verle intentar convencerla de algo que ya tenía más que claro que iba a hacer.

–Mama dice que un cabeza hueca como yo no puede ayudarla a elegir vestido.

–¡Pero si tiene más vestidos y sombreros a juego que la reina!

La expresión divertida de Mac desapareció y se volvió a mirar las aguas del lago.

–Me ha dicho que no le vale nada de lo que tiene. Que el invierno pasado perdió mucho peso.

Lucy sintió las garras del miedo.

–No me había dado cuenta.

–Yo tampoco. Creí que era por no haberla visto desde hacía unos meses. Ella dice que es porque camina más, ahora que no puede conducir.

Lucy cerró los ojos intentando tragarse el miedo y pensar racionalmente, porque, en realidad, se estaba enfrentando a dos clases de miedo: por un lado, a la pérdida de peso de Mama y al hecho de que estuviera planeando su propio funeral, y por otro, al hecho de que Mac, allí de pie en su pantanal, siguiera haciéndola derretirse por dentro.

Había algo tremendamente sexy en un hombre que sabía pilotar un avión.

–Le dije que le regalaría un vestido nuevo para su cumpleaños, Lucy. Si salimos ya, podemos ir de compras, invitar a Mama a comer por su cumpleaños y estar de vuelta en casa por la tarde. Será divertido.

Ah, más diversión. ¿Y cuando él se marchara y cesara la diversión a la que se estaba acostumbrando? Si pasaban de ser amigos a algo más, le iba a destrozarse el corazón. No podía ser. Pero ¿cuándo había sido la última vez que había hecho una escapada así?

Y, por otro lado, también ella iba a necesitar un vestido, ¿no? Pensándolo bien, tendría que ser un vestido que le demostrase a Mac que no era el fósil tedioso que él parecía considerarla. Él, y seguramente, ella misma.

Escogió con cuidado la ropa que iba a ponerse. Al final se decidió por unos vaqueros con tacones, una camisa blanca y entallada, y cazadora de cuero. Remató con un poco de maquillaje, unos rizos en el pelo y unos aros de oro en las orejas. Esperaba que el resultado fuera desenfadado pero favorecedor.

Y al ver la expresión un tanto sorprendida, pero definitivamente interesada de Mac, supo que lo había logrado.

Mama insistió en ocupar el asiento trasero del avión. Al parecer tenía miedo de volar.

Mac la ayudó con el cinturón de seguridad, pero no quiso ponerse los cascos que la ofreció, sino que del insondable bolso rojo que llevaba sacó un enorme walkman, un cuaderno de sopas de letras y un lápiz, y con todo ello se acomodó en el asiento.

Luego ayudó a Lucy con su cinturón y los cascos. Había algo tremendamente sexy en Mac a los controles del avión. Se le veía confiado y profesional,

transmitiendo por radio el plan de vuelo, haciendo comprobaciones en el aparato.

Cuando el avión comenzó a avanzar sobre el agua del lago, Lucy miró hacia atrás. Mama había subido el volumen de su walkman y miraba sin pestañear su cuaderno.

–¿Es Engelbert Humperdinck? –preguntó Mac.

–Seguro.

La avioneta se desprendió de la gravedad, se separó del agua y flotó en el aire, y Lucy tuvo que contener la respiración cuando se alzó por encima de los árboles que cerraban el lago.

–¿Alguna vez has volado en avioneta?

–No, nunca.

–¿Estás nerviosa?

Lucy tardó en responder.

–No –decidió–. ¡Me encanta!

Mac pasó por encima de su casa y supo que lo había hecho por ella. Se veía tan mona desde el aire, casi como si fuera una casita de muñecas, con sus canoas alienadas como juguetes junto al pantalán.

Pensó que se vería muy bonita de lavanda y blanco.

–¿Que el lavanda va a ser un error? –preguntó por el micrófono–. ¡De eso, nada!

La sonrisa que él le devolvió fue como si le diera su aprobación. Una sonrisa auténtica, tan real que sintió que las lágrimas se le agolpaban detrás de los ojos.

Se volvió e intentó llamar la atención de Mama para que pudiera ver su casa desde el aire, pero la encontró canturreando en voz baja y buscando palabras con el ceño fruncido, decidida a no mirar por la ventana.

–¿Qué es eso de la Casa de Caleb?

Pasó de sentirse segura y contenta a pisar en terreno cenagoso.

–¿Qué? ¿Por qué lo preguntas?

–Mama me ha dicho que quiere que el dinero que se recaude en la gala vaya a parar a esa casa, y que te preguntara a ti.

Podía decírselo ya. Había algo en su modo de referirse al proyecto que le hizo desear librarse del peso de llevar el secreto en solitario.

Pero aquel no era el momento, y quizás nunca lo habría. Mac no tardaría en marcharse. ¿Por qué compartir con él aquella parte tan significativa de su vida?

En otra ocasión confió demasiado en él, contándole todos sus secretos. Todos, menos uno.

Cuando se marchó, hacía ya siete años, descubrió que estaba embarazada y, aterrorizada, decidió confiar en una amiga: Claudia.

Claudia creyó que debía decírselo a sus padres, quienes a su vez se lo dijeron a los suyos, y quizás a algunos miembros más de su iglesia.

La familia de Lucy quedó destrozada.

–¿Cómo has podido hacernos esto? –gimió su madre–. No podré mirar a nadie a los ojos.

El disgusto de su padre se mostró en un gélido silencio. Sus planes para la universidad se evaporaron. Sus amigos la abandonaron. Estaba aterrorizada y sola, un náufrago en mitad de la ciudad.

Jamás se había sentido tan sola.

Y sin embargo, la vida que crecía en su interior no era motivo de vergüenza para ella, sino que más bien le aportaba la idea de que el amor que había conocido no había desaparecido del todo. Le hablaba en susurros a su hijo. Cuando se enteró de que era niño, fue y le compró unas diminutas deportivas azules y un monito del mismo color.

Pero cuando todo terminó como terminó, en un aborto, todo el mundo quiso fingir que nunca había ocurrido.

Para entonces, ella ya le había puesto nombre, le había hablado dirigiéndose a él para que se sintiera bienvenido a un mundo en el que nadie le aguardaba excepto ella. Aquella fue la noche en que corrió a casa de Mama descalza, empujada por la necesidad de estar en algún sitio en el que se pudiera sentir, sufrir, reconocer que ella era incapaz de fingir que nunca había ocurrido.

Aquella fue la noche en que dijo en voz alta el nombre del bebé que no había sobrevivido: Caleb.

–Es una casa para chicas embarazadas. Pero aún está en mantillas.

–Mama es increíble –respondió con cierta ironía–. Siempre hay una causa que apoyar.

Para él no era más que una causa, una de tantas. Respiró hondo. ¿Era posible que hubiese cambiado tanto como ella?

–Mac, háblame de ti.

Esperaba que se lo tomase por lo que era: una invitación a ir más al fondo. Y si así era, ¿podría ella hablarle de la Casa de Caleb?

–¿Recuerdas la canoa de cedro que construí?

Lucy asintió.

–Mis primeras ventas fueron de ese tipo de canoas. Era difícil ganar dinero con ellas por la cantidad de trabajo que requerían, pero me encantaba hacerlo. Empecé a tener más pedidos de los que podía atender, de modo que comencé a fabricarlas. Poco después, empecé a experimentar con kayaks, y logré diferenciarme del resto en dos cosas: primero, en una pintura que nadie había visto nunca. Hasta entonces eran todas verdes, rojas o amarillas, dentro de tonos propios de la naturaleza, y empecé a decorarlas con otra clase de dibujos, más locos, que llamaron la atención de otro sector del mercado.

A pesar de que le gustaba oírle hablar de su negocio, no le parecía una conversación lo que se dice íntima.

–La otra es que, al comprar una de nuestras canoas, entras a formar parte de una comunidad. Así se mantienen en contacto conmigo y con otros usuarios. Terminé por tener que hacer una página web con noticias, redes sociales y todo eso. No era

consciente de que me estaba embarcando en algo que se iba a convertir en una mina de oro del marketing. La gente no solo compraba una canoa, sino que entraba a formar parte de algo. Parte de Wild Side. Todo el mundo quiere pertenecer a algo.

–Es un tanto irónico, ¿no? Porque tú precisamente no parecías desear pertenecer a nada.

–Supongo que no encontré en Lindstrom Beach nada a lo que desear pertenecer.

Lucy se volvió a mirar por la ventana.

–Me ha sonado mal incluso a mí –se corrigió.

–No pasa nada. Yo no fui más que un devaneo de verano. Estoy segura de que encontraste cosas mayores y mejores. Vamos, que no me cabe duda.

–Es cierto que he logrado llegar a ser un hombre de negocios con gran éxito, pero nunca se me han dado bien las relaciones, Lucy. No he mejorado con el tiempo, porque la gente sigue queriendo algo que yo no puedo dar.

¿Era una advertencia o un ruego? Se volvió a mirarlo.

–¿Y qué es?

–Quieren conectar conmigo a un nivel profundo y significativo –dijo, con esa sonrisa suya desafiante–, y yo solo quiero divertirme.

Esa sonrisa no la engañó.

–Suenas a que estás muy solo.

–Busco alguien que me rescate –bromeó.

Lucy volvió a mirar por la ventanilla. La vista era hermosa: agua, tierra y cielo. Mac siempre había sido así: en cuanto las cosas amenazaban con llegar hondo, encendía el brillo de su sonrisa y con eso se escapaba.

–¿No vas a intentar rescatarme, Lucy Lin?

–No –contestó y volvió a mirarlo–. Te voy a regalar un gato.

–Las últimas tres plantas que tuve en casa se me han muerto.

–Vaya. Has conseguido llevar la fobia al compromiso a una nueva dimensión. ¿Ni siquiera eres capaz de cuidar de una planta?

–Me temo que no, así que lo del gato no es buena idea.

–Eso parece –suspiró. Pero de pronto cayó en la cuenta de que estaban en un avión, y que Mac no podía escapar aunque quisiera. A lo mejor era el momento de meter el dedo en la llaga.

–Siempre me ha parecido que te mantenías al margen de todos los demás deliberadamente, casi como si te burlaras de la superficialidad de la gente.

–No sé si la palabra «burlarse» es la más adecuada. Siempre me ha gustado estar solo. Sigue gustándome más que nada irme con una tienda a orillas de un lago donde no se vea un alma.

–A mí me parece que alguien ha debido de hacerte daño.

Su expresión se volvió distante.

–Y que no confías en nadie, aparte de ti mismo.

Mac no la miró. Parecía de pronto muy concentrado en pilotar el avión.

–Estoy segura de que la actitud de mi padre no te fue de mucha ayuda. Lamento que la gente de Lindstrom Beach te tratase como lo hizo, y mi padre en particular. Cuando me contaste cómo te amenazó con denunciarte por ladrón, me quedé atónita, pero aún más al darme cuenta de que permitiste que se saliera con la suya. Dejaste que te obligara a marcharte. Siempre había creído que eras de esa clase de hombres que deciden quedarse y plantar cara para lograr lo que desean.

–Yo me imaginaba que dirías algo en mi defensa, pero no lo hiciste, ¿verdad?

Todos aquellos años había estado alimentando el rencor sin pararse a pensar que también ella podía haberle hecho daño.

–Aquel verano... –continuó él– nunca me había sentido así con otra persona. Tan unido. Tan cerca.

Lucy sintió que no le llegaba el aire. Era la primera vez que le hablaba de sus sentimientos.

–Y el hecho de que tú fueras una niña rica, la hija del médico, y que me quisieras... No encajabas en el papel. Eras tan real, tan auténtica... y yo lo era también contigo. Era yo mismo. Fuera quien fuese esa persona.

–¿Por qué no me pediste que me fuera contigo, Mac?

–Al ver qué postura tomabas con tu padre, pensé que ya sabía lo que me ibas a decir si te lo proponía. Que al final, nunca podrías enamorarte de un chico como yo. Que el salto era insalvable, y puede que hasta hubiera sido injusto que te lo pidiera.

Le sorprendió descubrir dolor, aunque fuera solo por unos segundos, en su expresión. Había confiado en ella, y le había fallado. Su confianza había sido para él el regalo máspreciado que podía hacerle.

Lucy intentó explicarse.

–Fue cuando me di cuenta que de verdad ibas a irte, y que no ibas a pedirme que me fuera contigo, que ni siquiera te lo habías planteado, cuando dije eso de que nunca podría enamorarme de un chico como tú.

Él la miró.

–Me dolió en el alma, Lucy. Me hizo tremendamente consciente de todo lo que nos diferenciaba. Supongo que, antes de que dijeras eso, pensaba que nos mantendríamos en contacto. Que podríamos llamarnos por teléfono y escribirnos. Incluso vernos de vez en cuando.

Era el momento de decirle que aquella frase nunca había significado que no fuera lo bastante bueno para ella, sino que era demasiado cerrado.

–Mac, lo siento.

Pero él parecía incómodo de pronto, como si le hubiera revelado demasiado sobre sí mismo.

–Ha pasado mucho tiempo ya. Y mira dónde estoy ahora. Bueno, dónde estamos. Casi hemos llegado. Mira por la ventanilla, que vamos a pasar por encima del Océano Pacífico en dos minutos.

Su rostro parecía completamente cerrado. Si insistía, era capaz de saltar del avión

en paracaídas. Bueno, aún quedaba el viaje de vuelta. Y a lo mejor necesitaba de verdad que alguien lo rescatara.

–¡Solo hemos tardado dos horas! En coche son por lo menos diez.

–Lo sé. Es genial, ¿eh?

–Y que lo digas.

De pronto sintió una predisposición a olvidarse de todo y disfrutar de las sorpresas que el día pudiera depararle, el hecho de que, por una razón desconocida, el destino había vuelto a ponerla junto al hombre que la dejó embarazada tantos años atrás. Junto al hombre que la había hecho daño.

Y al que ella había hecho daño a su vez. ¿Se les estaría ofreciendo una segunda oportunidad?

Una limusina les esperaba cuando aterrizaron para llevarlos al Pacific Centre Mall.

Mac las metió en una tienda de aspecto imaculado. Los vendedores en esa clase de tiendas reconocían de inmediato el poder y el dinero, aunque proviniera de alguien vestido con el desenfado de Mac.

–Mis dos señoritas favoritas necesitan el mejor vestido de noche –anunció.

Lucy y Mama fueron conducidas a probadores privados, y a Mac lo acomodaron en un sillón de cuero, donde le llevaron una bandeja con café.

–¿Quiere leer algo? Tenemos una buena selección de periódicos.

–No, gracias.

Pero una vez se habían probado los primeros vestidos, desapareció. Debía de estar inquieto, y era comprensible.

–El negro para Mama, el rojo, para ti –sentenció. Había vuelto a aparecer con dos vestidos colgados del brazo.

–Rojo –repitió, arrugando la nariz–. Ya sabes que no me gusta demasiado llamar la atención, así que debe de ser que tienes miedo de perderme de vista en el aparcamiento. ¿Tienes idea de lo que pueden costar estos vestidos?

–La dependienta me ha pedido la Visa Oro antes de descolgarlos siquiera.

–No debería probármelo.

–Sí que vas a probártelo.

–¿Qué te voy a decir? Ya sabes que me encanta cuando te pones mandón.

Y se lo probó. Desde luego no iba a comprárselo, ni iba a permitir que lo comprara él, pero ¿por qué no disfrutar de la experiencia?

Mama fue la primera. Lucy y él se admiraron, alabaron la elección de diseñadores que le habían ofrecido, pero aquel último era el mejor. Sencillo y de seda negra, todo un clásico. Lucy y Mac aplaudieron el pase de modelos de Mama, que se detenía al final de la alfombra y, con la mano en la cadera, daba la vuelta y se echaba sobre el hombro el echarpe a juego.

La vendedora, Mac y Lucy aplaudieron. Mama sonrió de oreja a oreja.

–Este –anunció.

La dependienta entró con ella para ayudarla a vestirse.

Incluso antes de mirarse en el espejo, Lucy supo que aquel era el vestido con el que soñaban todas las mujeres.

–Ese hombre tiene gusto –comentó la dependienta.

Lucy se dio la vuelta y se miró en el espejo. El vestido llevaba unos finos tirantes y un escote en forma de uve que resultaba sensual sin pasarse de la raya, y de su talle imperio partían millones de pliegues hasta el suelo.

–Camine como una reina –le dijo la dependienta cuando iba a salir del probador.

Eso mismo le había dicho Mac cuando la obligó a ir al Club Náutico: camina como una reina. Con un vestido como aquel, era fácil hacerlo.

Cuando Mac la vio su reacción fue todo lo que habría podido desear.

Nunca le había visto fuera de control y sin embargo, en aquel momento, parecía aturullado.

–No eres una reina, Lucy Lin –dijo con voz ahogada–, sino una diosa.

Y caminó moviendo las caderas, girando sobre los tacones y lanzándole un guiño tras humedecerse los labios. Pretendía añadir un toque divertido pero, por primera vez, Mac no lo encontró gracioso.

Esperó fuera de la tienda a que Mac pagase el vestido de Mama, que salió con el paquete pegado al pecho, regañándole mezclando palabras en alemán por haberse gastado tanto dinero en ella. Pero los dos sabían que estaba encantada.

Disfrutaron de una maravillosa comida en un restaurante al borde del mar y poco después, casi como si todo aquello hubiera sido un sueño, estaban de nuevo en el avión.

Llegaron a casa antes de la hora de cenar.

Mac la ayudó a bajar del avión y juntos vieron a Mama caminar feliz sobre la hierba hacia su casa con todas sus bolsas.

–Gracias por este día tan bonito, Mac. Ha sido un sueño, de verdad.

Terminó de amarrar el avión y se volvió.

–Me alegro. Pues eso ha sido todo. Yo ya te he enseñado lo que hago para divertirme, y aún no me has enseñado nada de lo que haces tú.

–Ah.

Tenía sus dudas, pero decidió ser valiente. ¿Y si, al mostrárselo, conseguía desprenderle de ese escudo de soledad que siempre llevaba pegado al pecho?

–Déjame hacer unas llamadas. Hablamos mañana por la mañana.

–¿Llamadas? ¿Es que vamos a saltar en paracaídas? ¿A montar a caballo? ¡No, ya lo tengo! ¡Vamos a hacer puenting!

–Me temo que te vas a llevar una buena desilusión, Mac.

¿Acaso no iba a ser bueno que entendiera hasta qué punto le hacía sentirse unida a otro ser humano lo que iba a mostrarle? Con ello, además, conseguiría quizás

recuperar su vida tal y como había sido antes de que él llegara, aunque, por desgracia, tenía la sensación de que no iba a ser tan simple.

Mac contestó al teléfono tras el primer timbrazo.

–¿Preparado, señor Hudson? En diez minutos paso a por ti.

–¿Me visto para hacer puenting o para ir de paseo a caballo?

–Vístete como siempre.

«Como siempre» podía variar de traje de chaqueta a traje de neopreno, así que decidió ponerse un pantalón de loneta y una camisa con un pequeño kayak bordado.

Intentó adivinar lo que iban a hacer a partir de lo que Lucy llevaba puesto, y llegó a la conclusión de que no iba a ser algo excitante, ya que con la ropa que llevaba podían pasarse el día en la biblioteca. Ya no era la diosa que había visto el día de antes con aquel vestido.

¿Y no era eso una bendición?

Aun así, cuando montaron en el coche, se sentía muy consciente de su presencia. Consciente de que le gustaba estar con ella.

–Vamos a Glen Oak.

Compraron café para llevar y la conversación fluyó con facilidad entre ellos: hablaron de Mama, de las reparaciones que necesitaba su casa, de los detalles de la gala. Se rieron con la escenificación que hizo Mac de la cara que se le quedó a Claudia cuando le entregó personalmente las invitaciones.

–Jugar al golf –dijo, pensativo–. Te advierto que no me gusta mucho. Demasiado lento para mí.

–No importa, porque no vamos a jugar.

–¿Ni siquiera al minigolf? –preguntó desilusionado cuando pasaron junto a un campo, y frunció el ceño cuando, acto seguido, se detuvieron en el aparcamiento de un hospital.

–¿Vamos a divertirnos a un hospital? –preguntó–. Por Dios, Lucy, estás peor de lo que me imaginaba.

Perplejo, la siguió por la puerta principal. Dejaron atrás el mostrador de recepción, desde el que la recepcionista la saludó como si fueran viejas conocidas.

¿Y si estaba enferma? ¿Y si era eso lo que intentaba decirle? Un miedo visceral le atravesó de parte a parte, pero se disipó al ver que entraban en la zona de Obstetricia.

Entró en un despacho en el que una mujer de mediana edad se levantó al verla y fue a abrazarla con una sonrisa.

–¡Mi abrazadora favorita!

¿Abrazadora?

–Te presento a Macintyre Hudson, el amigo del que te hablé esta mañana. Mac, Janice Sandpace.

–Encantada de conocerle, señor Hudson. Venid por aquí.

Entraron en una pequeña sala de espera. Por un ventanal se veían pequeñas incubadoras con bebés.

–Estos niños son prematuros –explicó Janice–. O están muy enfermos. A veces tenemos bebés que han nacido adictos a la cocaína que consumió su madre en el embarazo. Organizamos lo que llamamos un Programa de Abrazos hace años porque se ha demostrado que si un bebé tiene contacto físico se desarrolla mejor, madura mejor, sana mejor y tiene una estancia hospitalaria más corta. También alivia el estrés de los padres que saben que si ellos no pueden estar aquí veinticuatro horas al día, siete días a la semana, y muchos no pueden porque tienen otros niños en casa y obligaciones laborales, su hijo sigue recibiendo amor.

Lucy ya se había puesto una bata con patitos de brillantes colores, y se había vuelto de espaldas para que Janice se la atara.

–Tendrás que ponerte una bata.

Escogió una con jirafas y leones que estaba en el perchero. Lucy se estaba poniendo una mascarilla y recogiendo el pelo, y los ojos le brillaban por encima de la máscara.

Él la imitó, y Janice hizo lo mismo. Luego le mostró cómo debía lavarse las manos.

–Hoy tenemos partos múltiples –les dijo–. Gemelos prematuros –explicó, señalando una mecedora. Lucy ya estaba sentada en otra.

Quedaron instalados el uno junto al otro.

Janice le trajo a Lucy el paquetito más pequeño de vida que había visto nunca, bien envuelto en una mantita rosa, y se lo puso en los brazos. El bebé la miró con unos ojos curiosos que no parpadeaban.

–Amber –la presentó Janice con una sonrisa.

Apenas habían pasado unos segundos cuando Lucy quedó perdida en ese mundo. Eran solo el bebé y ella. La arrullaba, le hablaba en voz muy baja, la mecía.

Así era como ella se divertía.

Pero su expresión no era solo de alguien entretenido, sino que los ojos con que miraba a la niñita tenían una luz de absoluta felicidad, la más pura que había visto nunca.

La diversión pasó a parecerle superficial. Quién lo iba a decir.

–Te presento a Sam –dijo Janice.

La miró con un pánico que debió resultar más que evidente, a juzgar por lo que le dijo:

–No te preocupes, que yo te enseño. Que tenga la cabecita apoyada. ¿Ves cómo lo sostiene Lucy?

Y Mac se encontró con un bebé en los brazos que lo miraba con unos ojillos pequeños como botones, en la carita más arrugada que había visto nunca.

–Háblale –le sugirió.

–ET, llamando a casa –le dijo en voz baja, y creyó que el bebé suspiraba–. Era

una broma, hombre. Te pareces más a Yoda. Un Yoda muy guapo, eso sí.

Miró a Lucy, que arrullaba al bebé como si hubiera nacido para ello.

Él no sabía qué decir, hasta que, de pronto, lo supo.

Comenzó a cantar.

Le pareció que habían pasado apenas unos segundos cuando Janice volvió a llevarse al niño, que se había quedado dormido en sus brazos.

–Gracias –le dijo.

–No, gracias a ti –contestó él.

Hicieron el camino de vuelta a casa en silencio. Cuando pasaron por delante del minigolf, no sintió ganas de jugar.

Al verla con el bebé, lo supo. Supo lo que había querido toda su vida pero había tenido miedo de no ser capaz de conseguir, y había fingido no desear.

Aparcó delante de su casa.

–Tengo mucho que hacer aún para la gala.

–¿Es una organización benéfica, lo de los bebés?

–Sí. Se llama Brazos y abrazos.

–¿Por qué no organizamos la gala de Mama para recaudar fondos para ellos?

–Es cierto que necesitan dinero para funcionar, pero no es la organización que escogió Mama.

–Hablaré con mi corporación esta tarde, y que llamen a Janice. Lo que quieran, sea lo que sea, lo tendrán.

–No te he llevado allí por eso, para pedir una donación.

–Lo sé. Como yo tampoco te llevé a Vancouver para comprarte aquel vestido, pero te lo compré de todos modos.

–¿Que me lo has comprado?

–Claro. Y ahora ¿qué piensas, Lucy Lin? ¿Podrías enamorarte de un tío como yo?

Capítulo 9

HABÍA metido la pata. No era eso lo que quería decir.

No sabía de dónde narices había salido la pregunta. Desde luego no era su intención, ni la razón por la que había hecho las donaciones, ni el motivo para haber salido de compras el día anterior.

Y ahora lo había echado todo a perder sacando el pasado a relucir. Durante los últimos días se había convencido de que habían logrado dejarlo atrás.

Pero el pasado nunca dejaba de estar ahí, ¿no? ¿No era esa la razón por la que la había empujado a ir al Club Náutico? ¿Para que se defendiera por sí misma? ¿Acaso no era cierto que no podía mirarla sin recordar cómo era antes, sin revivir la felicidad que le proporcionaba saber que confiaba en él, cómo se sentía teniéndola en los brazos, cómo le llenaba la cara de besos?

Lucy dio un paso atrás.

–Mac..., cuando dije eso, no me refería en absoluto a lo que tuvieras o dejases de tener.

–¿Ah, no? –sonrió–. Pues me tenías engañado.

–Imagino que sí, porque no quería que supieras hasta qué punto me había hecho daño que nunca jamás me contaras una sola cosa de ti. Ni una sola que fuera importante. Y cuando te marchaste, ni siquiera me pediste que me fuera contigo. Al parecer, nada ha cambiado. Incluso estos regalos tan maravillosos son como una especie de escudo tras los que te escondes. ¿Ves esa sonrisa que tienes ahora mismo? Es la defensa más fuerte de todas.

–¿Quieres saber por qué no te pedí que te fueras conmigo? No es que no quisiera luchar por ti. Es que amabas este lugar más que a mí. Y porque veía a tu familia rota, y a tus amigos mirándote de soslayo, como si hubieras perdido la cabeza. Lo que hice fue devolverte tu vida. Lo que no entiendo es por qué no la recuperaste.

–No –respondió–. No lo hice.

–¿Por qué?

–Las cosas no funcionan así, Mac. No puedes pedirme que yo me ponga del revés para que tú puedas verme, mientras que tú sigues cerrado.

–¿Sabes una cosa? Que estoy harto de Lindstrom Beach. Ojalá nunca hubiese venido.

–¡Ojalá!

Y la vio alejarse, entrar en su casa y cerrar suavemente la puerta como quien pone punto final.

–Mama –dijo unos minutos más tarde–, me ha surgido un imprevisto y tengo que volver a Toronto. Le compré el vestido ese a Lucy. ¿Se lo darás?

–Dáselo tú –respondió ella, y subió a su dormitorio, cerrando con un portazo.

Las dos mujeres que amaba estaban enfadadas con él.

Un momento. ¿Que amaba a Lucy? Tenía que salir de allí cuanto antes...

* * *

Lucy oyó despegar el avión de Mac.

–No me importa que se vaya –le dijo a su gato–. Además, siempre he sabido que llegaría este momento.

Tenía una gala que organizar. Tenía el sueño de la Casa de Caleb al que aferrarse. Rompió a llorar.

El teléfono sonó y corrió a contestar. A lo mejor era él.

–¡Saludos desde África!

Era su madre, loca de contento. Había visto un elefante aquella mañana. Y un león. No la recordaba tan entusiasmada.

–Sabía que ibas a estar muy liada el Día de la Madre, así que he decidido llamarte hoy. No quería que tuvieras que andar localizándome.

Era un detalle de consideración al que su madre le tenía poco acostumbrada, y eso le dio valor.

–Mamá, ¿te importaría que pintase la casa de lavanda?

Era una especie de pie para luego preguntar: «¿Te importaría que transformase la casa de la familia en un hogar para madres solteras?».

–¡Pero Lucy! Me da igual de qué color pintes la casa. ¡Es tuya!

–Mamá, ¿me la diste porque sentías lástima de mí? ¿Porque creías que no iba a ser capaz de rehacer mi vida sin tu ayuda?

–¡No, hija, en absoluto! Te di la casa porque yo la odiaba.

–¿Qué?

–Era la casa perfecta, yo era la esposa perfecta del médico y tú la perfecta hija del médico.

–Hasta que la lié.

–Hace poco tiempo que me he dado cuenta de que eso no es cierto, Lucy. Cuando te quedaste embarazada, se hizo un agujero en nuestra vida perfecta, que yo creía que podríamos tapar para que todo volviera a ser lo mismo. Que tú volverías a ser la misma. Pero eso no ocurrió. Ya no querías lo que siempre habías querido. En un principio creo que todos nos enfadamos contigo porque no volvieras a tu vida de siempre. Yo me enfadé. Tu amiga Claudia, también. Ahora veo que todos éramos, en realidad, prisioneros de esa casa, intentando dar la talla de las expectativas que tu padre se había creado para nosotros, lo cual era una tarea imposible. Todo tenía que ser perfecto, y para lograrlo hacía falta tal cantidad de energía que acabé quedándome sin ganas de vivir. ¿Dices que ese agujero que hiciste nos destruyó la vida a todos? Pues yo vi la luz de la libertad a través de él. Si tu padre no hubiera fallecido, le habría dejado.

Lucy se quedó atónita.

–Lucy, pinta la casa de color lavanda. Nada desnuda a la luz de la luna. Ten grandes sueños y ama con todo tu ser. Me alegro de que no te casaras con James porque era igual que tu padre: frío, retraído, obsesionado con el control. Y para remate, mujeriego.

–Mamá... Mac ha vuelto.

De alguna manera, aquella estaba siendo la conversación que siempre había soñado mantener con su madre.

–¿Y?

–¡Que le quiero! ¡Y que ha vuelto a irse! –gimió.

–Cariño, no estoy ahí para poder tenerte en brazos y acariciarte el pelo hasta que no te queden más lágrimas. Ojalá lo hubiera hecho cuando el bebé murió.

El bebé, no el feto.

–Gracias, mamá.

–La vida tiene la capacidad de imponerse a nosotros, Lucy. Yo soy la prueba viviente de eso. Te quiero.

–Yo también te quiero, mamá. Me acordaré de ti el Día de la Madre.

–Ahora ve y cómete una buena caja de helado de chocolate. ¡Y luego ve a bañarte desnuda al lago!

Lucy se reía cuando colgó. Su madre tenía razón. Todo saldría como debía salir.

Mac se había ido.

Pero le quedaba Mama, la gala y muchos bebés a los que abrazar. En algún momento y en algún lugar, había logrado ser una mujer que pintaría de lavanda su casa, y que tenía un sueño mayor que ella misma.

Él formaba parte de esa mujer. Amarle formaba parte de todo ello.

No le había destrozado la vida. Su madre se lo había revelado. Le había dado un regalo, la había arrancado de la vida que, de no ser por él, habría acabado teniendo. Le había hecho ver las cosas de otro modo, desear cosas que no había querido antes.

Ese era el efecto final del amor: hacer mejores personas. Aunque doliera, valía la pena.

Mac era consciente de que estaba acercándose a la médula. Se había vuelto a Toronto, y por más adrenalina que hubiera puesto en juego, su vida seguía pareciéndole vacía, solitaria y dolorosa.

La quería. Quería a Lucy. Siempre la había querido.

Tenía que darle una oportunidad a sus sentimientos, y si para ello necesitaba escarbar más hondo en su interior, lo haría.

Estaba apurando demasiado, porque volvió a Lindstrom Beach la noche anterior a la gala.

Nunca había sentido tanto miedo como cuando atravesó el césped del jardín y

llamó a la puerta de Lucy.

–¿Puedo pasar?

Cuando vio que era él, Lucy tuvo miedo de abrir, y no podía culparla, pero la esperanza floreció cuando vio que daba un paso hacia atrás.

–Estás en bata.

–Es que es de noche, Mac –protestó–. Pasa y siéntate.

El salón estaba precioso de noche. Un pequeño fuego ardía en el hogar y proyectaba reflejos dorados sobre un ramo de tulipanes colocado en un jarrón; un gato dormitaba acurrucado en la alfombra delante de la chimenea; había un libro abierto sobre el brazo del sillón. ¿Cómo sería tener una vida como aquella?

No una vida en busca continua de chutes de adrenalina, sino llena de paz y felicidad interior.

Una vida en la que compartir las noches con Lucy.

No podía pensar en eso. No hasta que ella supiera toda la verdad.

Se sentó en el sofá y ella lo hizo frente a él con las piernas cruzadas.

–Lucy, si estás dispuesta a escucharme, voy a contarte algunas cosas que nunca le he contado a nadie, ni siquiera a Mama.

¿Por qué lo estaba haciendo? Pues nada más fácil de contestar: porque todo estaba empezando de nuevo. Ella le quería, y quería más de él. Siempre había sido así. Y en aquel momento, se había inclinado hacia delante y le miraba con la esperanza saliéndosele por los ojos.

Mac se consideraba a sí mismo el hombre más temerario. Ningún descenso de aguas bravas le llenaba de pavor el corazón; solo de anticipación, pero lo que iba a hacer en aquel momento, ¿no era lo que siempre había temido? Abrirse a otro ser humano. Atacar un torrente de agua enfurecida y desbordante de espuma no era nada en comparación a abrir el corazón. Nada era comparable a dejar que alguien lo viese todo de ti.

Y, una vez conociera todos sus secretos, ¿seguiría queriéndolo?

Respiró hondo. Había llegado el momento de soltarlo todo. El de revelarse a alguien, para lo cual era necesario el ingrediente más arriesgado de todos: la confianza. Confiar en ella.

Le costaba trabajo encontrar por dónde empezar, aunque, en el fondo, solo había un comienzo posible.

–Cuando tenía cinco años, mi madre nos dejó a mi padre y a mí. Lo recuerdo con toda claridad. Nos dijo que buscaba algo. Que buscaba algo más.

»Como adulto puedo entenderlo, porque no teníamos mucho. Mi padre trabajaba en la construcción de un pueblo, no muy distinto a Lindstrom Beach. No ganaba mucho, así que vivíamos con humildad en una casa muy pequeña. A medida que fui creciendo, fui dándome cuenta de que era distinta a las casa de mis amigos: sin lavavajillas, sin ordenador, ni equipo de música, ni una gran pantalla de televisión. Nos calentábamos con una estufa de leña, los muebles estaban decrépitos y ni

siquiera teníamos cortinas en las ventanas.

»Lo cierto es que no sé si mi padre no podía permitirse nada de todo eso, o es que le daba igual. Él adoraba la vida al aire libre. Desde que pude andar, me recuerdo yendo detrás de él por los senderos del bosque. Si lo miro desde el presente, creo que, para él, eso era su hogar: estar fuera de casa con el rifle, la caña de pescar o un cubo en el que recolectar moras. Y yo con él.

»Mi madre se marchó en busca de algo más, y no tengo la sensación de que aquello me traumatizara, ni nada por el estilo. Mi padre se las arreglaba bastante bien para ser como era. Me llevaba al colegio, me mantenía aseado, cocinaba comidas sencillas y, cuando me hice lo bastante mayor, me enseñó a ayudar con las tareas. Éramos un equipo.

»Mi madre nos llamaba y nos escribía, y venía a vernos por Navidad. Siempre traía montones de regalos y de historias sobre sus viajes y aventuras. Le encantaba decirme «te quiero», pero incluso entonces yo ya me daba cuenta de que detestaba la forma de vida de mi padre, y puede que incluso a él por vivir satisfecho con tan poco.

»Cuando se marchaba, siempre estallaban los gritos entre ellos por la falta de ambición de él y la falta de responsabilidad de ella. Verla llegar me llenaba de felicidad, una felicidad que se tornaba en culpa y alivio cuando se marchaba.

»Hasta que encontré ese «algo más» que andaba buscando. Literalmente. Encontré a un tío muy, muy rico. Yo tenía ocho años, y vino a buscarme para llevarme a Toronto a que estuviera unos días con ella y con Walden, su marido. Tenían una mansión en una zona llamada Bridle Path, o también conocida como la Calle de los Millonarios. Me compraron una bici, había un ordenador en cada habitación, piscina y hasta una sala de cine. Aquella primera vez en que fui a visitarlos, no podía esperar a volver a mi casa. Pero lo que no sabía era que esa visita era la primera etapa de una ofensiva a gran escala.

»Comenzó a llamarme todas las noches y a preguntarme por qué no me iba a vivir con ellos. Con ellos, que podían darme tantas cosas más. «Te quiero», me decía. «Te quiero, te quiero, te quiero».

»Lo que yo nunca entendí fue cómo fue capaz de minar a mi padre, y de convencerme a mí que solo su amor era el bueno. Me hacía preguntas sobre cómo vivíamos mi padre y yo para sacarle todos los defectos. Me decía: «Los niños pequeños no tendrían que prepararse la cena».

»O lavar la ropa. O cortar leña. O, adoptando un tono sorprendido, exclamaba: «¿Que ha hecho qué? ¡Oh, Macintyre, si tu padre te quisiera de verdad, tendrías ese ordenador nuevo que tantas ganas tienes de tener! No te ha contado que él se ha comprado un rifle nuevo, ¿verdad?».

»En una ocasión le conté que mi padre no me dejaba jugar al hockey porque no podíamos permitirnoslo, a lo que ella volvió a criticar, como siempre, las prioridades de mi padre. Luego me dijo que ella me pagaría las mensualidades para que pudiera jugar. Yo, por supuesto, me puse loco de contento y corrí a contárselo a mi padre en

cuanto colgué. «¡Papá, que sí voy a poder jugar al hockey este año! ¡Que lo paga mamá!», le dije.

»Creo que nunca había visto a mi padre tan enfadado como lo vi aquel día. Comenzó a tirarlo todo, a romper cuanto estaba a su alcance, gritando: «¡Jamás ha pagado tu dentista o tus libros, ¿y ahora quiere pagarte el hockey? ¡Jamás ha puesto un céntimo cuando necesitabas unas deportivas nuevas o tenías que comprar un regalo para el cumpleaños de un amigo, ¿y te va a pagar el hockey? ¿Qué parte va a pagar? ¿La mensualidad? ¿El equipo? ¿Los desplazamientos? ¿Los permisos que voy a tener que pedir en el trabajo?».

»Cuando por fin se quedó sin vapor, se sentó, puso la cabeza entre las manos y dijo: «Olvídalo. No vas a jugar».

»Las cosas siguieron así durante un par de años. Ella, sembrando las semillas del descontento, siendo la madre Disney, mientras mi padre se pasaba la vida peleando en las trincheras. Cuando cumplí los doce, me pasé el verano con ella y con Walden. Hice amigos en su barrio, tenía dinero para comprarme mis vaqueros Calvin Klein, nadaba en mi propia piscina, me compraron un perro. Ella no ponía reglas como hacía mi padre. Todo valía. Incluso me dejaba beber vino en la cena y tomarme una cerveza.

»Cuando el verano terminó, se sentó en el borde de mi cama y se echó a llorar. Me decía que me quería tanto que no podía soportar que tuviera que volver con *ese hombre*. Y que no tenía por qué volver. Que no tenía por qué pensar en mi padre o en sus sentimientos. Debería haberme dado cuenta de que para ella los sentimientos de mi padre no significaban nada, y los suyos, todo.

»Yo tenía doce años, casi trece, y en casa mi padre me hacía trabajar. Por aquel entonces, era responsabilidad mía que siempre hubiera leña para la estufa. Cocinaba muchas veces. Incluso me llevaba de vez en cuando a trabajar con él y me daba una pala. Solo podía salir con mis amigos si había cumplido con mis responsabilidades en casa, mientras que ella me ofrecía una vida de fiesta continua, de ausencia total de esfuerzo. Me di cuenta de todas las cosas que podía tener. Podía ser uno de los chicos ricos del colegio, en lugar del hijo de Dan Zapa.

»Llamé a mi padre y le dije que me quedaba, y en el silencio que siguió, pude oír cómo se le rompía el corazón. Pero ella me había convencido de que no importaba, de que solo yo importaba. Y así es cómo funcioné durante unos cuantos meses. Como si solo yo importase. Ella me animaba a ser así. Cuando mi padre me llamaba, a veces ni siquiera me ponía a hablar con él. Se suponía que iba a pasar la Navidad con él, pero yo no quería perderme la fiesta de Nochebuena de mi mejor amigo, así que pasé de volver con él.

Mac respiró hondo.

—¿Recuerdas que, hace tiempo, te dije que había matado a un hombre?

—Con tus propias manos —susurró ella.

—No con mis propias manos, sino con mi egoísmo. Con mi crueldad. Con mi

absoluta insensibilidad. Mi padre murió el día de Navidad.

–Oh, Mac...

–Murió en casa, solo. Consiguió llamar pidiendo ayuda, pero para cuando llegaron, era ya demasiado tarde. Dijeron que fue un ataque al corazón, pero yo sabía que no. Que lo había matado yo.

–Por Dios, Mac...

–Había matado a un hombre que siempre había sido bueno conmigo. Puede que no se le dieran bien las palabras. Quizás no le oí decir «te quiero» más que un par de veces en toda su vida, pero solo él estuvo siempre a mi lado cuando nadie más lo estuvo, quien dio la cara, quien hizo cuanto pudo por atender mis necesidades, quien me enseñó el valor del trabajo duro y la honradez. Había renunciado a todo lo que él me había enseñado por un mundo superficial y vacío, y me odié por ello.

»Y odié a mi madre. Cuando me dijo que no tenía sentido que fuera al funeral, fue la gota que colmó el vaso. Me largué y volví a mi casa y al funeral de mi padre. Nunca volví con ella. No podía. Cuando intentaron obligarme a vivir con ella, me escapé. Así es como terminé en casas de acogida.

»Hace catorce años que no nos hablamos, y dudo que vuelva a hacerlo. He visto lo que hay detrás de su ropa, de su maquillaje y su peluquería, de su casa perfecta. Se dedica a interpretar papeles, y durante un tiempo yo fui su interpretación. Jugó conmigo a ser una madre divertida y genial, porque así se sentía bien consigo mismo, aliviándose del sentimiento de culpa que tenía por abandonarme cuando era pequeño. Pero detrás de esa fachada había una mujer mala y manipuladora, la persona más egoísta y narcisista que conozco. Me utilizó para satisfacer sus necesidades, y no quise volver a saber nada de ella.

»Pasé por unas cuantas casas de acogida, enloquecido por el dolor y la culpa. Hasta que llegué a ella, a Mama Freda. Ella vio que estaba roto por dentro, y no intentó arreglarme. Solo me ofreció su amor. Le debo la vida.

El silencio que siguió fue muy largo. Ya se lo había contado todo. Ya sabía la verdad. Era un hombre que había matado a su propio padre.

–Cuando me dijiste, hace tantos años, que habías matado a un hombre con tus propias manos, creí que solo pretendías alejarme de ti.

¿Cuándo se había sentado a su lado? ¿Cuándo había puesto la mano sobre la rodilla?

–Quise decírtelo entonces, pero vi tu cara y decidí protegerme. Era lo que siempre le decía a la gente cuando pretendía protegerme y que me dejaran en paz. Añadí lo de «con mis propias manos» para darle carácter.

–Entonces, estás convencido de que mataste a tu padre –dijo ella, mirándolo a los ojos. La luz del fuego se reflejaba en su iris, de los que partía la misma luz que había visto cuando tenía al bebé en los brazos.

Entonces no era compasión, y tampoco lo era en aquel momento.

Era amor. El amor más puro que había visto en toda su vida.

–Es que lo maté –repitió, mirándola a los ojos, desafiándola.

–No –replicó con firmeza–. No es cierto.

Unas palabras tan sencillas... «no es cierto».

Puso las manos en sus mejillas y lo miró directamente a los ojos. Fue como quien recibe la absolución. Fue como si, al ponerlo por fin en palabras, el monstruo que llevaba tanto tiempo viviendo en su armario se viera obligado a desaparecer ante la fuerza redentora de la luz.

Entonces era solo un adolescente, que hacía las cosas que habitualmente hacen los adolescentes, guiados por el egoísmo, la irreflexión y la codicia. Solo pensaba en sí mismo.

Pero el que era entonces no tenía por qué ser el mismo que el del presente. No lo era.

–Tienes miedo de amar –le dijo.

–Pánico –susurró él, y nunca había dicho una verdad mayor.

Ella no intentó arreglarlo, ni convencerlo de lo contrario. Simplemente apoyó la cabeza en su hombro y lo rodeó con los brazos. Sintió sus lágrimas calientes mojarle la camisa y llegar a la piel del pecho.

Su ternura lo envolvió.

Y otra verdad se reveló a sus ojos: que ella lo llevaría de la mano.

El amor de Mama lo había llevado hasta allí, y ahora le tocaba a él dar el paso, si es que era lo bastante fuerte para dejarle hacer. Si era lo bastante fuerte para decir que sí a algo que había venido diciendo que no durante catorce años.

Decir que sí al amor.

De repente se sintió cansado, agotado en realidad. Y envuelto por sus brazos, con la cabeza en su pecho, se quedó dormido al fin, con el sueño de un hombre que no tenía por qué acudir a los sueños para poder combatir su sentimiento de culpa.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, Lucy no estaba. La cafetera estaba en marcha y había una nota:

Lo siento, pero he tenido que irme. ¡Tengo un millón de cosas que hacer aún! La gala es esta noche.

Decidió irse a casa de Mama. Durante la noche había habido una verdadera explosión demográfica allí. Sus muchos hijos de acogida entraban y salían, muchos acompañados de sus propios hijos. Había tiendas de campaña en la hierba y colchones hinchables en el suelo.

–¿Te has quedado con Lucy? –preguntó Mama, en un feliz frenesí de cocina.

–No como tú piensas. Anda, mamá, ven un momento conmigo –buscó un lugar bajo los árboles y respiró hondo–. Lucy les ha pedido a algunos de tus chicos que hablen esta noche en la gala. Escogió a unos cuantos, entre los que estaba yo, pero le dije que no. Y ahora he cambiado de opinión. Solo si tú me lo permites, me gustaría

compartir la historia que me contaste hace tanto tiempo.

–Ay, hijo... ¿y con qué propósito, *schatz*?

–Pues con el mismo que tú me la contaste entonces. Para que todo el mundo sepa que al final, si resistes con fuerza, el amor triunfa.

Mama lo miró a los ojos y asintió.

Se habían vendido todas las entradas para la gala. Había visto a Lucy ir y venir con su vestido rojo, y le había dicho que hablaría.

Le parecía extraño que siendo el gran día, el día en el que se había volcado en cuerpo y alma, parecía demacrada.

–¿No te encuentras bien? –le preguntó.

–Oh, no. Estoy bien. Es que pensaba que hacer esto... –la voz le falló—. El Día de la Madre siempre es un día duro para mí.

–¿Por qué? ¿Porque tu madre está lejos?

–Bah, es que estoy un poco tonta. Perdona. Creo que estoy desbordada.

–Todo está increíble. La subasta silenciosa está yendo de maravilla.

Lucy sonrió, pero seguía pareciendo estar desconectada, ida. ¿Tendría que ver con lo que le había contado la noche anterior?

–Creo que el kayak pintado a mano va a ser la estrella de la noche.

–¡Seguro! No he dejado de pujar por él –confesó con un guiño.

Esperaba que se riera, pero no lo hizo.

–Ah –dijo, y pareció alegrarse un poco—. Ya ha llegado.

–¿Quién?

–No he podido encontrar un cómico en tan poco tiempo, pero sí algo que espero que a Mama le guste todavía más: un imitador de Engelbert.

Esperaba que sonriera, pero no lo hizo. Más bien parecía a punto de llorar.

–Luego –dijo, y desapareció.

Después de la cena, hablaron algunos de los chicos que habían estado a cargo de Mama. Ross Chillington, actor, Michael Boylston, tiburón de las finanzas, Reed Paterson, hijo de madre drogadicta a quien Mama convenció de que tenía el mundo a su alcance... y llegó su turno.

–Hace mucho tiempo –comenzó–, en un mundo en el que la mayoría de los presentes en este salón no habían nacido aún, hubo una guerra terrible.

Y contó la historia de Mama.

Cuando terminó, la sala estaba tan en silencio como quedó el salón de su casa aquel día catorce años atrás.

–Mama se ha pasado el resto de su vida intentando encontrar a aquel soldado –continuó, con la voz llena de ternura–. Y lo encontró, una y otra vez, en cada niño perdido que acogía en su casa. Lo encontró y lo salvó. Lo salvó antes de que el mal tuviese ocasión de hacerse con él. Yo soy uno de esos chicos –añadió, orgulloso–.

Soy uno de esos chicos que se ha beneficiado de la firme creencia de Mama en la redención, en las segundas oportunidades. Soy uno de esos chicos a quienes salvó el amor. A quien redimió. Y quien, por fin y gracias a ella, consiguió ser capaz de amar a su vez. Mama –dijo, mirándola a ella–, te quiero.

Qué maravillosamente bien le sentaron aquellas palabras. Mama lloraba, como la mayor parte de la audiencia. Buscó a Lucy con la mirada. No fue difícil encontrarla con su brillante vestido rojo. Se había cubierto la cara con las manos y lloraba.

Mac se dio cuenta en ese segundo de que tenía una nueva misión en la vida. No había matado a su padre, pero era posible que hubiera contribuido a su muerte. Eso no podía cambiarlo, pero sí podía intentar redimirse. Podía pasarse el resto de la vida intentándolo, compensando todo lo que había hecho mal, amando a Lucy. Y a sus hijos. Creyendo que el amor era una luz que, cuando brillase con la suficiente intensidad, ahogaría la oscuridad. La arrasaría.

Lucy seguía sin estar bien, cuando debería sentirse en su elemento rodeada de gente. Había organizado algo increíble, pero seguía llorando y, de pronto, la vio dar media vuelta y perderse en la noche.

Esperó a que volviera, en particular cuando Engelbert tomó el micrófono y se apartaron las mesas para que diera comienzo el baile.

Mama estaba al pie del escenario y lanzó su chal a los pies del cantante, que se secó la frente con él y se lo devolvió. Parecía a punto de morir de felicidad. Michael Boylston se acercó a sacarla a bailar.

Desde luego, si estaba mal de salud, en aquel momento no daba síntomas de ello.

Aquella velada estaba teniendo algo de mágico. Los hijos adoptivos de Mama habían sido los primeros en ocupar la pista de baile, abrazando su mismo entusiasmo por la vida, sacando a los demás a bailar, personas que a veces los habían mirado por encima del hombro por ser el desecho acogido en casa de Mama.

Lucy había hecho lo que mejor sabía hacer: unir a la gente. Y de pronto lo comprendió todo.

Documentos sobre la mesa del salón que no quería que viese. Una recalificación que tenía a los vecinos soliviantados. La Casa de Caleb: un refugio para madres solteras. Su felicidad teniendo en brazos a aquellos bebés. El Día de la Madre, un día duro para ella.

Claudia se sentía superior a ella, sus amigos la habían abandonado, no había ido a la universidad, se había marchado de allí para volver después, cambiada.

–Dios mío... –musitó, y salió corriendo.

Menos mal que la tarde aún conservaba un poco de luz. Si hubiera estado un poco más oscuro, no la habría visto.

Pero su vestido rojo había sido como un faro entre la vegetación de detrás de su casa.

Se encaminó hacia el faro como si fuera un marinero perdido en el mar, hasta un claro detrás de su casa en el que había un banco de piedra. Había una pequeña cama

de flores silvestres cortadas, y en el centro de ella, una piedra pintada a mano y con un nombre escrito con la caligrafía de una niña.

Caleb.

Se sentó junto a ella.

–Hubo un bebé.

No fue una pregunta, sino una declaración. Tenía la sensación de tener la boca llena de arena.

–Me dijeron que no le pusiera nombre –estalló–. Que ni siquiera era un bebé. Solo un feto. No me dejaron enterrarlo. Se lo llevaron como si fueran desechos médicos.

Sollozaba, y sintió un dolor tan hondo como no lo había sentido en la vida.

–Era mío, ¿verdad?

–Sí, Mac. Era tuyo.

Tantas preguntas, y todas salieron a borbotones:

–¿Por qué no me lo dijiste? ¿Habías pensado decírmelo? ¿Me lo habrías dicho si hubiera vivido?

–Mac, yo estaba loca de miedo. Sabía que Mama sabría dónde encontrarte, en caso de que decidiera decírtelo. Incluso crucé el césped para ir a su casa, pero cambié de opinión. Supuse que, si volvías, no sería por amor, y que te sentirías atrapado.

–Tenía derecho a saberlo.

–Sí –contestó en voz muy baja–. Lo tenías. Y supongo que al final habría acabado haciendo ese viaje de miles de kilómetros a tu casa. Pero el bebé murió, y mi dolor era tan grande que la última persona en la que quería pensar era en ti.

Mac no dijo nada. Sentía que ese mismo dolor estaba creciendo en su interior. Su hijo. El hijo de los dos. Saberlo hacía que su vida pareciera irreal.

–¿Cuándo ibas a contármelo? –le preguntó.

–Pronto –respondió–. Había pensado esperar a que pasara este día, y si no volvías, iba a llamarte. Sabía que había llegado el momento de confiar en ti.

La miró, y supo que era verdad. Como también supo que tenía que estar a la altura de la frágil confianza que le estaba ofreciendo. Aquello había sido su secreto, su dolor intenso e íntimo, pero ya no. Aquel dolor iba a ser un lazo indestructible entre los dos.

Algo que ellos, y solo ellos, conocerían en toda su extensión y profundidad.

Tenía algo en las manos y tiró suavemente de ellas para dejarlo al descubierto.

Era una caja pequeña.

–La traigo siempre que vengo.

–¿Puedo mirar?

Su voz sonaba ahogada y Lucy asintió, con las lágrimas rodándole por las mejillas.

Dentro había un par de deportivas diminutas, con un osito bordado en un lado. Y la imagen de una ecografía.

Se llevó una de las zapatillas a los labios. No había llorado desde que su padre murió, y lloró entonces, en el Día de la Madre, por el hijo que habría podido tener.

Entonces se dio cuenta de lo que de verdad le estaba pidiendo: que compartiera con ella aquel amor que tanto tiempo había llevado sola. Se juró que jamás volvería a quedarse sola con él. Nunca. Se les estaba ofreciendo la posibilidad de redimirse, de que de un mal saliera un bien.

La oportunidad de que creciera amor en un jardín en el que había medrado la pena.

Estuvieron allí sentados un buen rato, las manos entrelazadas, con los sonidos de la fiesta llegándoles desde lejos.

–Sabes que, si te hubiera pedido que te vinieras conmigo, no lo habríamos logrado, ¿verdad?

–Sí, lo sé.

–Pero creo que ahora tenemos la oportunidad.

Lucy lo miró con los ojos muy abiertos. Mac sentía en aquel momento lo que nunca habría podido experimentar siendo un joven resentido: la complejidad de amar a alguien.

–Te estoy pidiendo que te cases conmigo, Lucy Lin. Te quiero tanto que ando medio loco.

–Sí –susurró, pero se aclaró la garganta para repetir–: Sí.

–¿Sabes una cosa, Lucy? –continuó, con la voz cargada de emoción–. No todo va a ser como andar por ahí en una bici para dos. Sufriremos, nos enfadaremos... en mí hay partes tan sensibles que se inflamarán en cuanto las toques. Va a ser un ejercicio de los que duran toda la vida: construir la confianza.

Ella apoyó la cabeza en su hombro.

–Sé dónde me estoy metiendo.

La luz de la luna se reflejaba en sus ojos y vio que brillaban, radiantes.

–Yo creo que sí que lo sabes.

Mac la tomó en brazos y, mientras ella se derretía en ellos, le dio las gracias a Dios por haberle concedido una segunda oportunidad.

Epílogo

MAC suspiró al oír un río de risas llenar el aire. Aún faltaba toda una semana para el Día de la Madre pero la Casa de Caleb, en la parcela contigua a la suya, estaba llena a rebosar. Había dos furgonetas de campistas aparcadas en la carretera. Seguro que Claudia no tardaría en pasar a quejarse.

Oficialmente no se celebraba de manera especial el Día de la Madre en la Casa de Caleb, pero las chicas que se habían refugiado en ella, ahora ya mujeres hechas y derechas, siempre volvían.

Volvían tanto si se habían quedado con sus hijos como si los habían entregado en adopción. Se diría que un hechizo las empujaba a presentarse, con lo que las risas lo llenaban todo y les llegaban a ellos desde la casa color lavanda.

La de Mama había sido derruida hacía tiempo, y Lucy y él se habían hecho una nueva, reservando un espacio especial con un dormitorio, una sala y su baño para Mama, aunque todos andaban por todas partes. Pero seguía siendo su casa, de modo que, desde la gala, muchos de los niños a los que había acogido volvían el fin de semana del Día de la Madre. Volvían al lugar en el que habían aprendido el significado de la palabra «hogar».

–¿Has visto esto?

Lucy se le acercó por la espalda.

Había varios folletos de planificación de funerales sobre la mesa, donde seguro que ellos iban a verlos.

–El otro día, la encontré mirando por la ventana y se lamentó del hecho de que podía no llegar a ver a nuestros hijos.

–Deberíamos decírselo, ¿no?

–¡No! No quiero que piense que, cada vez que saca uno de estos folletos, vamos a traerle un nieto. ¿Es que no tiene bastantes en la casa de al lado?

–Un bebé siempre es una bendición –sonrió.

Esas palabras eran un mantra para ellos, y de hecho colgaban inscritas en un pequeño panel colgado bajo el nombre de la Casa de Caleb.

Lucy lo abrazó desde detrás y se acurrucó sobre su espalda un momento con un suspiro de satisfacción.

Luego fue a la nevera, sacó una piruleta y se la metió en la boca.

–Eso no puede ser bueno para el niño.

–¿A quién quieres engañar? Lo que pasa es que no te gusta besarme después de que me haya comido una, pero no puedo evitarlo. Antojos –tapó una ensalada enorme fuente de ensalada de patata–. Esta noche cada uno lleva algo a Caleb para la cena. Entre los chicos de Mama y los míos, creo que debe de haber más de cien personas ahí. ¿Has visto a mi madre?

–Antes ha pasado por aquí con Donald en la cadera, diciendo algo sobre pañales.

Donald era el niño que había adoptado en África.

En un año, habría un niño más en aquella diversa y enorme familia en que Mac se había encontrado inmerso.

—¿Vienes? Empiezan en un momento.

—Enseguida voy.

Era curioso cómo, después de tanto tiempo, el nombre de su hijo, el hijo que no había nacido y al que él no había conocido, seguía encogiéndole el corazón.

Volvió junto a la mesa. Al lado de los folletos de funerales, Mama había dejado una tarjeta de felicitación. En la portada se leía: *Feliz Día de la Madre*. La abrió. Estaba en blanco. Volvió a dejarla donde estaba y se acercó al ventanal para dejar vagar la mirada por las familiares y brillantes aguas de Sunshine Lake.

Su hijo no tardaría en nacer, y su llegada requeriría más de él. El amor requería más de él. Había creído que iba a necesitar toda una vida para construir la confianza, pero no podía estar más equivocado porque confiaba en Lucy con los ojos cerrados. Confiaba en sí mismo, en poder llegar a ser el hombre que Mama había visto en su interior. Confiaba en la vida.

Rebuscó en el cajón de sastre hasta que encontró un bolígrafo y se sentó ante la vieja mesa de la cocina que nunca podrían reemplazar. Era la mesa del *apfelstrudel*. Se quedó contemplando la tarjeta un rato, sin saber qué poner. ¿Por dónde empezar?

Al final, decidió hacerlo de este modo:

Querida mamá.

Escribió solo unas cuantas líneas. Le dijo que iba a ser abuela pronto. Que aún no conocía a su mujer. Que a lo mejor podían verse la próxima vez que viajara al este.

La firmó, humedeció la goma del sobre, escribió la dirección y le puso un sello. Quizás, solo quizás, tendrían la posibilidad de redimirse.

Mama entró y abrió la nevera.

—¿Dónde está mi ensalada de patata? Pero la alemana, no la plasta que aquí llaman «ensalada de patata».

—Ya se la ha llevado Lucy.

—¿Vienes, cabra loca? Escucha: están cantando *Amazing Grace*.

Todas aquellas voces alzadas en una canción de agradecimiento. Su Lucy estaría en el centro de todas ellas, en su sitio.

—En un momento voy. Tengo que acercarme al buzón de correos.

Mama miró de inmediato la mesa donde había dejado la tarjeta, y Mac pensó que se podía vivir de momentos así: un corazón lleno de amor, la música de la gratitud entrando por la ventana y una sonrisa como la que Mama le dedicó.



CARA COLTER (Calgary, Alberta, EE. UU.) Ahora vive en una pequeña finca en la Columbia Británica. Ella comparte su vida con ocho caballos, un gato y su héroe, Rob. Ellos tienen tres hijos y un nieto. Licenciada en periodismo, Cara ha estado haciendo su vida con las palabras de toda su vida adulta. Antes de encontrar su hogar en la novela escribió materiales didácticos, artículos de periódicos, artículos de revistas e incluso los sermones.